

HISTORIA
DE
ANTEQUERA

SU AUTOR

TRINIDAD DE ROJAS

TOMO I

NARRACION HISTÓRICA



ANTEQUERA

Imp. de M. Perez de la Manga, calle de Estepa, 85

1879

R. 1.241=9

Á LA CIUDAD DE ANTEQUERA

TRINIDAD DE ROJAS.

PREÁMBULO.

Este libro no ha sido escrito para los sábios: á éstos solo dirijo una palabra: indulgencia.

Profano en la ciencia, y alejado del cultivo de las letras desde hace muchos años, tenía ya casi olvidadas y perdidas mis primeras investigaciones históricas, referentes á esta ciudad antiquísima. Las exigencias de la amistad y los estímulos de algunos buenos antequeranos, que desean poseer una historia extensa de este pueblo, me han obligado á desenterrar del polvo, en que yacian, los mermados restos de abundantísimos datos acopiados durante largo tiempo, á coordinarlos en breves dias, y á darlos á la estampa con el doloroso convencimiento de su notoria imperfeccion.

Sirva esta franca manifestacion de disculpa al atrevimiento.

PREMIUM

Esta obra es el escrito para los años a estos años.
dijo una palabra importante.
Problema en la ciencia y el arte del cultivo de las plantas.
debe para muchos años, en el estado de las cosas y palabras.
mis primeros investigadores históricos, los cuales a esta
ciudad americana. Las exigencias de la ciudad y las ex-
tremos de algunas buenas circunstancias que hacen pasar
una historia externa de este pueblo, me han obligado a de-
sentar el libro, en que quiero, los miembros de la
abundancia de los copias durante largo tiempo, a con-
ditarlos en breves días, y a darlos a la estampa con el de-
lucido convencimiento de su notable importancia.
Si en esta forma manifestación, de disculpa al lector
miendo.

INTRODUCCION.

El asunto de este libro es Antequera: pero antes de penetrar en su desenvolvimiento histórico, quiero, lector, aunque en pálido bosquejo, trazarte su monografía.

Poblada por unas treinta mil almas, asienta la alegre ciudad su centro en anchurosa cañada: desde ella se dilata, recostándose por un lado sobre la desnuda falda del morisco Viscaray, ascendiendo por otro hasta el antiguo Portichuelo, buscando mas allá las marmóreas páginas de su época romana en la vetusta Puerta de los Gigantes, descendiendo luego entre ruinosos muros, derruidas puertas y carcomidos torreones hasta tocar el agua del rico Nacimiento de la Villa, tendiéndose, en fin, por otra parte en suaves ondulaciones hacia la rica vega, que la brinda fastuosa alfombra.

Sosteniendo la vieja campana de los cien quintales, descuellan enhiesto sobre elevada colina el árabe castillo. Vistoso panorama se descubre desde sus aportillados muros y desmanteladas torres. Cifándolo, y como besando sus plantas, aparece en primer término la blanca ciudad de anchurosas calles, salpicada de huertos y jardines, erizada de esbeltas torres, de macizas cúpulas, de blancos campanarios. Interrumpiendo la monotonía de sus viviendas, se alzan en medio de ellas sus seis parroquias, sus diez y siete monas-

terios, sus varios asilos de caridad, sus numerosas capillas, su alhóndiga, su pósito, sus irregulares plazas, su circo, sus paseos, sus viejas ruinas.

La ciñe, aunque rota á trechos, verde y esmaltada faja de ricas y pintorescas huertas, que van á confundirse en el ancho semicírculo de su deleitosa vega, rival de la granadina, sino tan espaciosa, más poblada y pintoresca. Limitarla al Norte la deprimida sierra y blanca poblacion de Mollina y la vieja Camorra, célebre desde la antigüedad por los intrincados laberintos y magestuosas estalactitas de sus inexcrutables cavernas, célebre quizás en el porvenir, si las investigaciones históricas llegan á fijar en ella el asiento de una ciudad rival en heroismo de Sagunto y de Numancia. Tras estas sierras, cerrando el horizonte, se alzan escalonadas otras que apenas la vista alcanza, entre las que descuellan los altos picos de Cabra y Araceli. Volviendo los ojos hacia el parage, por donde asoma su radiosa frente el astro del dia, lo primero que atrae la mirada es la escarpada é histórica Peña de los Enamorados, cuyo pié besa el Guadalhorce, al llegar á las puertas de la fértil vega, que cruza de Nordeste á Oeste, hasta salir del término, y perderse luego en los salvajes tajos de Gaitan. Mas allá la sombría sierra de Arcas, espeso bosque, en no lejanos tiempos, de robustos encinares, y la del Conjuero árida y riscalosa, y la de Gracia con su blanco santuario y murado recinto; y más acá la Angostura, perpétuo cuartel de bandidos que hoy se cruza sin miedo en alas del vapor; y más cerca aún, casi á la salida de la poblacion, el gigantesco dólmen llamado Cueva de Menga, y la Carnicería de los Moros, extrañas ruinas, aún no bien explicadas, en las que se encuentran en revuelta confusion mezcladas las huellas de las civilizaciones arábica y romana.

Desde la Angostura, y tomando su nombre, comienzan á elevarse, cerrando el horizonte, sombríos cerros de fertilidad escasa, que se enlazan con los de Caracate, viniendo estos á morir donde empieza á nacer el pintoresco de S. Cristóbal, á cuya espalda existen aún las ruinas del popular y tradicional Santuario de los Remedios. Corre al pié de este cerro el rio de la Villa, cuya feráz ribera pueblan y esmaltan

fábricas, molinos, huertas, arboledas, jardines, arcos, puentes y ruinas.

Hacia el Mediodia se presenta la vieja parroquia y barrio de S. Juan en el fondo de una cañada, restos de muros y torreones esparcidos, casi á nuestros pies una fuerte y caracterizada torre arábiga, convertida en capilla de la Virgen de Espera; frente á ella la Rábita, escarpado cerro, que coronan las ruinas del santuario de la Virgen de la Cabeza, parage no há muchos años de populares y alegres romerías, sitio memorable desde la reconquista por la heroica defensa que en sus cumbres hizo el valeroso Obispo de Palencia contra los moros granadinos; mas allá Cerro Santo, Cerro de Marica, alturas de Sta. Lucia y Martin Anton, asientos de campamentos cristianos durante el cerco de la musulmana Medina Antekira; y el cerro de la Corona, y el Hacho, atalaya de primer orden por su posicion y solidez; más lejos el rico Nacimiento de la Villa, bajo la planta de la maravillosa sierra del Torcal que lo alimenta; y luego esa sierra, llena de misterios, apoyando por la Escararuela uno de sus hombros en la de Chimeneas, la más alta de toda la provincia, y el otro en la de las Cabras por el Puerto de la Boca del Asna, parage donde sucumbieron al empuje de las armas cristianas ochenta mil infantes y cinco mil ginetes granadinos.

Aún cuando la vista mas allá no alcanza, la imaginacion vuela en estos momentos del lado allá de esas sierras que limitan el horizonte. Tras ellas existen parages célebres que la historia pátria no puede olvidar. Allí estuvo la libre y orgullosa República Aratispitana, de la que solo restán confusas ruinas y rotas lápidas: allí los castillos moros de Cauche, Gébar y Asnalmará que ciñeron un nuevo laurel á la frente del invicto alcaide de Antequera: allí, en las vertientes de Cerro Leon, el importantísimo y poco estudiado municipio de Osqua, donde se alzaba el célebre panteon erigido por Marco Agripa.

Retrocedamos; que aún quedan bajo el dominio de la mirada, allá por el Poniente, hacia las vertientes del Hacho la Magdalena, parage donde brota el abundoso manantial que surte á la poblacion de cristalinas aguas, y se sostiene de-

sierto y solitario el antiguo monasterio y hospedería de los alcantarinos; y mas allá los pintorescos, aunque pobres cerros de Matarratones y Gandia; y la vega otra vez, y en ella el Castillon, cerro escarpado que aún nos deja ver en sus vertientes, entre otras elocuentísimas ruinas, las gradas del Circo y los restos de la Naumaquia, donde se solazaban los opulentos pobladores de la gran Singilia.

Si con esta breve reseña has podido, lector, trazar en tu imaginacion el cuadro que he pretendido bosquejar, figúrate, para completarlo, un cielo espléndido y transparente de purísimo azul en los días de tranquila atmósfera; inquieto, variado y turbulento, cuando el *Solano* esparce los húmedos vapores en revueltos cortinages; rico y variado, cual ninguno, en cambiantes de luz y de colores, cuando el sol en su ocaso baña los flotantes pabellones de nubes con sus últimos fulgores; diáfano, magestuoso y lleno de poesía, cuando el Véspero asoma con su inmenso séquito de astros, tan fulgentes y radiosos que traen á la memoria el espléndido cielo de las regiones boreales.

Añádase á esto un clima primaveral, que, si bien suele ser rudo en sus alternativas, rara vez desciende á cero, y nunca sube á esas elevadas temperaturas, que agostan la lozania y enervan la vitalidad. Dirijase la última mirada al llano, y se logrará una aproximada idea del paisaje, viendo lo que hace siglos veía el célebre geógrafo árabe Ebn-al-Jatib. Hé aquí sus palabras, hablando de Antequera: «Es un lugar de hermosa apariencia con que se adorna el rostro del año, sitio de prosperidad, de sembrados y de rebaños y de abundantes alimentos y de numerosa poblacion: sus espaciosas campiñas, ricas en toda clase de plantíos y de pastos, así recientes como secos, se ven regadas por muchos arroyos y largas acequias que semejan ensortijadas serpientes; y así no hay tierra que la supere en los dones de la agricultura, como tampoco en la muchedumbre de su sal.» (1)

Pero aún no está completo el cuadro: fáltanle, para darle

(1) Ésta y cuantas llamadas se hagan en adelante las encontrará el lector al final del tomo.

vida y carácter, las figuras, la entonacion, el colorido local. Fuerza será por tanto trazár estos rasgos característicos y esenciales, abordando de frente las gravísimas dificultades que tal trabajo ofrece. Hágase el sacrificio en aras de la verdad histórica.

La altivez, la independencian, la indocilidad, el individualismo, tales son los rasgos peculiares del carácter antequerano. El mismo geógrafo árabe, antes citado, escribia á este propósito por los años 873 de la Hegira lo siguiente, hablando de nuestro pueblo: «era un corcel demasiado impetuoso, libre y alborozado, y no podian asegurarla firmemente soldados armados de pies á cabeza, ni armaduras espaciosas; era escasa en diversiones y falta de dulzura y benignidad; su gente era de mala y altiva condicion, no recibian cordialmente al peregrino y andaban en frecuente trato con los enemigos.»

Esto se escribia á mediados del siglo XV refiriéndose á épocas anteriores. Han transcurrido mas de cuatro siglos, y el juicio del cronista de Mohamad V, á pesar del lapso del tiempo y el cambio de razas, podria muy bien copiarse hoy con levisima modificacion por cualquier escritor concienzudo, que intentara bosquejar el momento histórico presente.

En otro lugar de este libro se ampliará lo que en este solo puede presentarse como la indicacion de un bosquejo: aquí no es permitido extender y desarrollar todo lo que germina en el pensamiento ante el fenómeno singularísimo de esta persistencia de carácter, cuyo principio puede buscarse, con grandes probabilidades de acierto, mucho mas allá de los tiempos de la dominacion arábica. Allí se rechazaran apreciaciones erróneas, y se colocará bajo el aspecto moral y social en su verdadero punto de vista á este pueblo tan calumniado, tan deprimido, tan mal comprendido y peor juzgado; á este pueblo, que, entregado á sus propios recursos, y aún luchando á veces con gravísimos obstáculos y contrariedades de todo género, ha sabido hacer prosperar su comercio, aumentar y perfeccionar su agricultura, y desarrollar en brevísimo tiempo, de una manera muy notable, su industria; á este pueblo, que si bien durante algunos perí-

dos ha dejado enmohecerse la brillante cadena de sus tradiciones literarias, no la ha roto, sin embargo, por completo; que, si, arrastrado por las tumultuosas corrientes del libre exámen, ha amenguado algun tanto la energía de su fé, no ha abjurado, sin embargo, de las creencias religiosas de sus mayores; que, si ha permitido mas descaro y generalidad al vicio, no por eso ha ascendido en la escala de la criminalidad.

Y todo esto se ha realizado á través de borrascosos períodos, en los que, de una parte las torpezas de gobernantes que desconocian la localidad, y de otra el virus empozoñado de una errónea gestion administrativa hacian silbar los borrascosos vientos de la discordia, herian la dignidad de un pueblo siempre altivo, recrudecian mal apagados odios, y sembraban por todas partes la confusion, el desconcierto y la desconfianza. De aquí forzosamente el gasto inútil de su enérgica vitalidad en estériles luchas de hermanos contra hermanos, y la consiguiente paralización de su progresivo y rápido encumbramiento.

Pero basta de negras tintas que pueden tornar demasiado sombrío un cuadro que empezó á bosquejarse con alfombra de flores, con aguas cristalinas, con pintorescas montañas y espléndido cielo andaluz.

Terminémoslo con una ligera excursion por las calles de la ciudad.

Para el que en ella há nacido y vivido de continuo, nada notable ofrece la poblacion: anchurosas y alegres calles, buenos edificios, puro ambiente, numerosos templos, ruidosas campanas, sobrados casinos y cafés, innumerables tabernas, mucho movimiento agrícola é industrial, muchas mugeres hermosas, pocos vagos, pintorescos alrededores y... nada más: lo que en cualquiera otra ciudad de su índole é importancia. Pero para el observador, y para el viagero, que por primera vez penetra en ella, ofrece muchos móviles de observacion y estudio. Tiene el bellissimo aliciente de los grandes contrastes; especialmente si la excursion se verifica en esos períodos, no de desbordamiento, pero sí de agitacion política, y á esas horas de la noche, en que luchan con sus sombras el escaso alumbrado del Municipio y los abundantes farolillos,

que cuelga la devocion, ó la tradicional costumbre, ante la multitud de imágenes cristianas que decoran, desde remotos tiempos, calles, plazas y avenidas de la poblacion.

La sombra de todas las edades que sobre esta ciudad pasaron, la huella de todas las razas que ha cobijado su cielo, el recuerdo vivo de todas las evoluciones históricas de su laboriosa existencia se manifiesta elocuente y palpable, haciendo de ella un desordenado museo y abigarrado mosaico, que lleva el pensamiento á saltos desde las livianas termas á los sagrados bosques, del claustro á la mezquita, del púlpito á la tribuna, de la lógia á la capilla, de la orgia al calvario.

Sí: que no están lejos del que hasta hoy se ha creído templo druídico esas ruinas extrañas, que eruditos anticuarios juzgan romanas termas; ni de los restos arábigos tampoco distan los santuarios cristianos; y las leyendas moriscas se confunden con las tradiciones religiosas, y las narraciones de milagros con las de novelescas aventuras; y las tablas caricaturescas y los desnudos bustos paganos y los exvotos piadosos se cobijan en abigarrado conjunto bajo la bóveda del templo cristiano. En una misma calle, y á una misma hora, resuena la reposada voz del orador sagrado y el vibrante acento de embrionario tribuno: en otra se percibe confusamente el equívoco rumor que se escapa de la sala de los disciplinantes y los recatados pasos de los que penetran sigilosos su oscuro patio, para inscribir sus nombres en las listas de la internacional: los báquicos cantares de ébria turba interrumpen por otro lado la monótona salmódia del Viacrucis, que entona, salpicándolo de dislates, otra turba de devotos en la pendiente subida del calvario; y mientras al pié de una cruz se oye el crujir de las tradicionales bofetadas, detrás de otra cruz se escucha el chasquido de impúdico beso, con que rezagada pareja profana la religiosa ceremonia. Al pié del viejo torreón romano hierve la moderna caldera del químico; sobre los derruidos muros arábigos se alzan las *ramblas* de la mas popular de nuestras industrias; el epígrafe imperial se respalda con otro epígrafe eclesiástico; la enseña cristiana horada el muro mahometano y se aposenta sobre el desnivelado arco que precede á la

Puerta del Agua, donde la devoción mas absurda embadurna improvisado marco con cal y almagra; se incendia un templo y se saca en procesion á un santo; se ataca rudamente la tendencia aristocrática y se simpatiza, sin embargo, entre el pueblo y la nobleza; se defiende el progreso indefinido y se siente apego á la tradicion; se cruzan tranquilamente en medio de las calles la capucha del fraile y el gorro del republicano; una misma ráfaga de viento esparce con frecuencia el canto llano de la religiosa y el canto *flamenco* de la cortesana que se desliza en alegre comparsa bajo las rejas del monasterio.

Basta.

Antítesis permanente entre el pasado y el porvenir, Antequera continúa en una especie de equilibrio inestable, siendo hoy lo que en antiguos tiempos fuera, el prototipo de los pueblos meridionales con todas sus aparentes inconsecuencias, con sus discupables vicios, con su impresionabilidad exagerada, con sus aspiraciones constantes, con su indolencia periódica, con sus irregulares esfervescencias, con su actividad intermitente, con su innata hostilidad á toda clase de imposiciones, con su extraña mezcla de credulidad y desconfianzas, con su indocilidad perpétua, con su altivez proverbial, con su inagotable manantial de generosos sentimientos y con su inmenso y envidiado tesoro de hermosísimas mugeres.

CAPÍTULO I.

Tiempos prehistóricos.

Costumbre ineludible, con fuerza de ley, parece ser en el historiador dar ante todo cuenta de los primeros pobladores de la nacion ó localidad, cuyos sucesos vá á narrar, cuya complexa existencia se propone desenvolver. Empresa es por cierto difícil, cuando se trata de pueblos, razas ó naciones de remoto origen; difícilísima, y casi imposible, cuando, circunscrito el terreno y precisado el objeto, la investigacion ha de recaer exclusivamente sobre una pequeña fraccion de territorio, sobre determinada localidad. Añádanse á las naturales oscuridades de los tiempos remotos, la carencia de criterio histórico en los escritores mas antiguos y el afan de los nacionales por ennoblecer sus pueblos, remontando su origen al principio de los siglos, y se comprenderá entónces hasta que punto es árdua y penosa la empresa.

Pero, pues la no interrumpida costumbre ha dado ya carta de-naturaleza y sancion de justicia á esta especie de obligada introduccion, fuerza será comenzar por ella. Precisan además en el caso presente este paso, de una parte la natural curiosidad del lector, que no debe quedar defraudada, y de otra la favorable circunstancia de ofrecer nuestro

suelo á la investigacion histórica esas sublimes páginas de talladas rocas, que en la Cueva de Menga nos dejaron las rudas generaciones de los tiempos prehistóricos.

Momento es ya de entrar en materia, dando cuenta de lo que sobre el particular opinaron antiguos escritores, para venir á terminar con lo que el criterio moderno acepta como mas probable.

Supone el canónigo Yegros (1) que Antequera, de fundacion romana, es posterior á la destruccion de Singilia, con cuyos restos se constituyó; creyendo á la vez que los primitivos pobladores de la comarca fueron los inmediatos descendientes de Túbal, nieto de Noé. El P. M.^o Cabrera, (2) inspirándose en Mariana y Florian de Ocampo, opina que fué esta ciudad alzada, en el lugar que todavia ostenta las venerables ruinas de Singilia, por los descendientes de Túbal 2,298 años antes de Jesucristo; que la poblaron Armeños y Caldeos, y que despues se aumentó con los Túrdulos, que habitaban el territorio de la actual provincia de Córdoba. Fr. Cristóbal Fernandez, (3) aceptando como cierta la existencia del rey Abides, nieto de otro rey Gargoris, cree verosímil la fundacion de Antequera en los tiempos de aquel *ilustrado* monarca, que, segun afirma, dió á los españoles leyes, estatutos, y provechosas enseñanzas para el ejercicio de las artes, de la industria y de la agricultura.

Siguen con escasas variantes las indicadas opiniones otros varios escritores que de esta localidad se han ocupado, ya directa, ya incidentalmente, hasta que otro hijo del pais, (4) en época reciente y en una obra de la que no ha llegado á publicar mas que algunas entregas, presenta á los Celtas como primeros pobladores de Antequera, ó mejor dicho, de la comarca antequerana.

La crítica no puede aceptar las afirmaciones ni las conjeturas indicadas: elocuentes páginas de piedra hablan muy alto en contra de ciertas apreciaciones. ¿Será acaso más exacta en todo ó en parte la opinion del moderno historiador, últimamente citado?

Lo procedente es averiguar quiénes fueron los primeros pobladores de Andalucía, en cuanto la oscuridad de los tiempos prehistóricos lo consienta, y determinar en que forma y

salvages que les precedieran: más aún: del primer hombre que se viera en la necesidad de aumentar ó multiplicar sus propias y naturales fuerzas. Ahora bien: añádanse palancas á medida que mayor sea la resistencia, y la resistencia será vencida. «Dad á mi palanca un punto de apoyo en el espacio, y haré rodar el mundo», decía el gran Arquímedes. Si este desarrollo de fuerzas no se cree suficiente, añádase el plano inclinado, y el problema quizás quedará resuelto. Y resuelto parece en el presente caso; puesto que el plano inclinado existe desde la cantera del Cerro de la Cruz al parage que sirve de asiento á la interesante construccion que tanto ha hecho pensar á sábios y curiosos. *Hacia abajo las piedras ruedan*, dice una frase vulgar. ¿Será absurdo comprender, no ya la posibilidad, sino hasta una relativa facilidad de que esas rodasen, aunados los esfuerzos de toda una tribu para este solo trabajo?

Basta: otro orden de consideraciones reclama la atencion.

Extrañas tradiciones, bastante populares hace años, inexplicadas ruinas á no gran distancia, inmediatos vestigios de antiguas excavaciones y la existencia de un verdadero *túmulus*, á espaldas de la Cueva, hicieron brotar en algunas imaginaciones exaltadas de la poblacion la idea de minar el terreno en los parages más indicados; en la persuacion de hallar forzosamente en ellos extensos subterráneos, antiquisimos sepuleros, quizás inmensos tesoros. Abrieron, al efecto, los más entusiastas una excavacion profunda en el último departamento del *dólmen*, perforaron el terreno en direccion al arruinado castillo que domina la ciudad, cortaron el *túmulus* inmediato hasta su base; ¡esperanzas fallidas! nada de lo que aguardaban se halló. No fueron, sin embargo, perdidos para la ciencia el impropio trabajo y el tiempo y el capital invertidos en él. A más de algunas monedas árabes y romanas, que en las capas superficiales aparecieron, á mayor profundidad dejó la edad de piedra contemplar y descifrar algunos de sus toscos y misteriosos caracteres; interesantes y aún no bien comprendidas páginas, que, recogidas por los inteligentes y acumuladas á otras no ménos instructivas, irán poco á poco formando los interesantísimos anales de la ciencia prehistórica. No eran esas curiosas armas

de pedernal, que en otros puntos de este mismo término y más profusamente en Cauche y el Valle de Abdalazis suelen hallarse, las joyas encontradas. Menos bellas, pero más instructivas, consistian éstas en toscas herramientas de picapedrero, semejantes en su forma á las actuales, y hechas de una roca oscura, verdosa y resistente, que no se encuentra en las inmediaciones, ni quizás en todo el término. ¿Seria aventurado presumir que esas herramientas sirvieran para tallar las caras interiores de las piedras que forman el monumento?

Para la historia de la dominacion árabe no se hallaron nuevas páginas; puesto que no pudo comprobarse la existencia de la subterránea galería de comunicacion con el Castillo; pero en cambio se adelantó un paso de importancia para penetrar en la más oscura y no ménos interesante historia de los primeros pueblos, que dejaron en nuestro territorio huellas indelebles de su larga estancia.

Acerca del nombre con que es conocida esta imponente construccion, hase dicho bastante por los eruditos, buscándole el origen, ya en las etimologías, ya en la tradicion; y si bien en uno y otro campo puede cosecharse algo no desatendible, no deja de abundar en ambos la mala semilla. Asertos infundados han sido sostenidos por personas, que á su reconocida competencia unen su no reconocida ligereza: y esto ha dado motivo á que se desfigure y bastardee, entre las personas extrañas á la localidad, la verdadera denominacion de la Cueva, por el desordenado afan de hallar, aún á lo mas vulgar, razonada explicacion científica. Motiva esta ruda afirmacion la MEMORIA SOBRE EL TEMPLO DRUIDA HALLADO EN LAS CERCANÍAS DE ANTEQUERA, que hace ya algunos años presento á la Academia de S. Fernando un conocido arquitecto. (15) Supone el autor de la citada memoria que la tradicional Cueva de Menga era conocida en el país con el nombre de Cueva de Mengal, y con esta pequeña inexactitud facilita la explicacion, que busca en el nuevo nombre con que confirma el viejo monumento, haciéndolo proceder de la palabra céltica *men-lach* (piedras sagradas). Pero así como en la citada memoria no son exactas las perspectivas interior y lateral del edificio, tampoco lo es la indicacion de

haber sido hallada por el autor tan rica joya arquitectónica con el supuesto nombre de Cueva de Mengal.

El pueblo de Antequera y sus historias impresas y manuscritas la han apellidado constantemente CUEVA DE MENGA. Hubiérase el autor limitado á indicar la semejanza entre el *Mencha* antiguo y el Menga de hoy, y nada habria que tacharle; ni escritores posteriores hubieran repetido, por ligereza, lo que con poco trabajo habrian reconocido como infundado error.

Y lo mismo que en etimologías ocurre en tradiciones: así como existe una del siglo XVII que, con todos los caracteres de verosimilitud y esenciales rasgos de las leyendas populares, dá razon aceptable del nombre, hay otra, de desconocida época y descabellada fantasia, que, aunque ceñida con el ropage galo, trasciende á cuento, inventado *ad hoc* en época no lejana, para interpretar el origen del misterioso recinto.

En otro lugar de este libro, donde todas las tradiciones antequeranas apurecerán coleccionadas, puede ver el lector las dos que aquí se indican.

Dado ya á conocer, en cuanto es posible, este inmenso geroglífico de rocas, colocado, á modo de hito gigantesco sobre elevada cumbre, en la noche de la Historia, ¿qué resta en pos?

Allá en lejana perspectiva, sobre otras cumbres, que de ésta separan desconocidos valles envueltos en densas sombras, aparecen, entre las vagas neblinas de un crepúsculo indefinible, gentes que, saliendo de esos valles sombríos, remontan aquellas cumbres con la frente erguida. Son los Turdetanos. Rumor de voces extrañas resuena en las opuestas vertientes. Otras gentes llegan á la cumbre. El sol de la Historia derrama sobre ella sus primeros rayos.

CAPÍTULO II.

Fenicios y Cartagineses.

Chanaanens, según el texto mosaico, *Fenices*, según la denominación Helena, fueron estas gentes atrevidos navegantes y arrojados é inteligentes mercaderes, que se dieron á conocer en las playas *erithreas*, comerciando con el Egipto, la Asyria, el Iran y la India. Aparecen más tarde en la Palestina; se aposentán en las faldas del Libano; se extienden sobre las riberas del Nilo durante cinco siglos, y las abandonan, cuando aún faltaban diez y siete para la era cristiana. Se les vé en las tierras africanas, fundando á *Hyppona* y en las asiáticas á *Sydon* y *Tyro*, entre otras ménos importantes: y cuando Josué, el gran caudillo de los hebreos, invade la Palestina y arrolla sus pobladores hacia las costas, las grandes metrópolis Tiro, Biblos y Arada no bastan á albergar tantos y tantos fugitivos; y entonces, aquellas fustas veloces, que tan célebres se hicieron en sus tres viajes de exploración á las costas béticas, se hacen á la mar desde Tiro, cargadas de emigrantes, y comienzan á fundar colonias comerciales, entre otros varios parages, en las playas africanas y en las costas del Sur de España. (1)

Aparecen en éstas *Gadir*, *Malaca*, *Abdera* y *Sexi*, donde se desarrolla prodigiosamente el comercio y la industria minera: brota luego *Hispalis* en las márgenes del Guadalquivir: continúan afluyendo inmigrantes tyrios y multiplicando sus poblaciones: son recibidos estos colonos con sincera cordialidad por las incultas tribus iberas ó celti-beras; se fusionan con ellas por medio de enlaces; les comunican su alfabeto, importado del Egipto; las enseñan sus conocimientos metalúrgicos y las hacen partícipes de su cultura, once siglos antes de la era cristiana.

Si los sidonios, antes que los tyrios, avanzaron por la Turdetania hacia la Lusitania, pasando por *Ostipo* y *Ventipo* (Estepa y Casariche), y consiguientemente por las inmediaciones de Antequera, problema histórico es, aún no resuelto; pues, como dice un escritor contemporáneo, «no es posible conjeturar cuando debió verificarse esta invasion, si despues que los tyrios se habian asentado en las frondosas márgenes del Guadalquivir, ó luego que los cartagineses mandaron sus ejércitos al reparo de los gaditanos.» (2)

Sigue Tyro opulenta y preponderante hasta los tiempos de Pygmalion y Elissa: se desposa ésta con Zicharbaul, gefe de la aristocracia, que muere asesinado por disposicion de su cuñado Pygmalion, representante de la democracia tyria: huye la viuda con la nobleza perseguida; buscan en África un asilo entre los colonos sidonios; y, no lejos de la Tunez de hoy, echan los cimientos á la que, andando los tiempos, habia de ser la famosísima Carthago.

Tyro, en tanto, unos seis siglos antes de la era cristiana, sucumbe á manos del despota de Babilonia, y buscan tambien en Carthago refugio sus moradores. Y desligadas ya por completo de la metrópoli, Gadir en España y Carthago en África, comienzan á desarrollarse con vida propia y diferente rumbo. Gadir, atenta solo á su engrandecimiento del presente y al afianzamiento de su prosperidad, la hace estribar toda en la progresiva riqueza de su territorio; y realiza su pensamiento con el poderoso auxiliar del comercio marítimo y el perfeccionamiento de las artes útiles. Carthago, sin desatender el comercio, fija sus ojos en el porvenir, comienza á madurar un pensamiento político y fia su futura

suerte á la fuerza de las armas, que con astuta actividad organiza.

La colonizacion griega, muy posterior á la fenicia, no ofrece verdadero interés para la historia de Antequera; pues ni sus armas es probable se acercaran á esta comarca, ni su influencia se haria sentir apénas en este territorio independiente, y tan lejano, en aquellos tiempos escasos de comunicaciones, de la mas próxima colonia griega, que era la de *Moenace*, situada segun unos en Almayate y segun otros en las ventas de Mesmiliana. Verdad es que hay autor que afirma la entrada de los griegos en la comarca de Ronda; (3) cierto es tambien que el Gibralfaro malagueño revela una procedencia griega; pero ni lo primero, que solo conjeturalmente puede aventurarse, ni lo segundo, que solo tiene la importancia de una etimologia, son datos bastantes á probar la influencia griega en este territorio.

No hay, por tanto, necesidad de ocuparse de este periodo histórico.

Pero hé aquí que llega un dia, (se ignora cual), en que, multiplicadas extraordinariamente las colonias fenicias por el pais de los turdetanos, Malaca aparece ya rico y floreciente emporio de extrangeros comerciantes, mientras no hay dato histórico alguno que revele la existencia de ciudad fenicia en la comarca antequerana. Pero si aún no aparece la ciudad, si los pobladores indigenas no recibieron yugo ni dominacion de los emigrados de Tyro, es probable que recibieran, al ménos, su civilizadora influencia, como, segun textos atendibles, la obtuvieron en general todos los pueblos turdetanos.

El noble orgullo de éstos se subleva un dia contra el engrimiento y la preponderancia de los colonos extrangeros; y, llenos de varonil entereza, declaran la guerra á la colonia. Tan briosa y resuelta fué la acometida, tan rudos los ataques y tan afortunados, para los naturales, los primeros encuentros, que Cádiz, la fuerte y opulenta Cádiz, el núcleo del poder fenicio, apretada, y á punto ya de sucumbir, pide auxilio á su hermana de Africa, la rica y poderosa Cartago. Lo inexpugnable de las fortalezas gaditanas presta á esta campaña una importancia suma: y esto ha hecho pensar á

algunos, que, así como al conflicto de Cádiz acudirían probablemente con todos sus recursos las demás colonias implantadas en el país, así al asedio concurrirían todos los nacionales limítrofes á esas mismas colonias, disgustados ya de su preponderancia y amenazados, quizás, en su amada independencia. Si Málaga fenicia formó con los defensores sobre los baluartes gaditanos, no será aventurado suponer que los pueblos de la comarca antequerana formarían, por el contrario, entre los sitiadores.

No hay datos históricos: precisa, por tanto, no salir del campo de las conjeturas: pero cuando se estudian bien los precedentes en la Historia y en la tradición, y se medita luego á fondo sobre el fenómeno de la permanencia constante de un determinado carácter en ciertos pueblos, las conjeturas son casi siempre lógicas y bien fundadas. En otro lugar mas adecuado tendrán estas indicaciones explicación cumplida.

Carthago respondió al llamamiento de Cádiz; y aún cuando no pueda fijarse con precisión la época en que los ejércitos cartagineses invadieron la Bética, consta que desembarcaron en Cádiz, conducidos por una poderosa escuadra al mando de Maharbal; que salvaron la colonia, alejando los sitiadores; dispersaron sus fuerzas; reprimieron el alzamiento de la Turdetania; colonizaron luego en el interior, minando el prestigio fenicio á medida que el púnico engrandecían y comenzaron á realizar el pensamiento que de mucho tiempo antes venían acariciando. Brindóles para ello adecuado pretexto el llamamiento de sus atribulados hermanos de Cádiz; cuya nacionalidad desaparece de la península hispana, cediendo el puesto á la cartaginesa, al espirar el siglo V antes de J. C.

No dieron, ciertamente, pruebas los Cartagineses, en los primeros años de su establecimiento en estas comarcas, de aquella *fé púnica*, que tan célebre baldon grabara en su memoria. Siguiéron las huellas de sus predecesores los fenicios entendiéndose bien con los naturales del país, y ocupándose solo, al parecer, de sus negocios comerciales. Pero ya su política cruel, su ambición desmedida, su avaricia sin límites y su calculado y previsor egoísmo preparaban la con-

quista definitiva de las feraces comarcas andaluzas.

Importantes expediciones marítimas de exploracion en Europa y África, las conquistas de Cerdeña, Córcega y las Baleares, las guerras sicilianas y la de infamante memoria, llamada *de los Mercenarios*, suspendieron hasta el año 228 antes de J. C. la definitiva realizacion de la proyectada conquista.

Sin causa que la motivase, sin razon que pudiera justificarla, sin el pretexto más leve, que le sirviese de disculpa, el Senado cartaginés decretó la guerra de España, y su célebre y reputado general Amilcar Barca al frente de poderoso ejército empuñó ejecutivamente las operaciones, que dieron por inmediato resultado la conquista del territorio que hoy comprenden las provincias de Sevilla, Córdoba y Málaga. La comarca antequerana quedó, á partir de esta época, tributaria de la orgullosa república cartaginesa; no sin que protestase contra el yugo extranjero, como protestan los pueblos libres, con las armas en la mano; pues apenas trascurrido un año, y cuando aún Amilcar se hallaba al frente de su poderoso ejército, los pueblos de la Bética, al mando de Istolacio, famoso guerrero céltico, alzaron el grito de independencia, que desgraciadamente fué presto ahogado por las victoriosas huestes africanas, y el noble caudillo condenado al afrentoso suplicio de cruz.

No es de presumir que permaneciesen inactivos durante la lucha los pueblos que baña el Guadalhorce, cuyo carácter levantado, altivo é indómito tan tenazmente se ha conservado á través de las razas y de los siglos. Hé aquí por lo que poco ha dijimos que los pobladores de esta comarca protestaron con las armas contra el yugo opresor del extranjero: y si bien ó mal las esgrimieron todos, díganlo los nueve años de continuos combates y la muerte de Almicar en la última de sus batallas.

Sucede á Almicar su suegro Asdrúbal, que muere asesinado. despues de haber conseguido casi por completo la sumision del país, apoderándose de las costas, penetrado hácia el interior de la península hispana, levantado ciudades, posesionándose de puntos estratégicos y pactado alianzas provechosas.

Ya por este tiempo habia adquirido fama y prestigio extraordinario por su valor, por sus talentos, por su astucia y por su constancia Annibal, hijo de Almícar, y el ejército y el senado cartaginés nombráronlo sucesor del infortunado Asdrúbal.

Allá por los años 218, antes de J. C., Annibal al frente de ochenta mil guerreros abandona las comarcas andaluzas, para llegar á las puertas de Roma. Contra su hermano, que habia quedado representándolo, se subleva en 215 la marinería cartaginesa, y uniéndose á ella las fuerzas de Galbo, levantan la serranía de Ronda, penetran en las tierras de esta provincia, caen sobre las huestes cartaginesas, las colocan en inminente peligro de derrota y las obligan á atrincherarse y permanecer á la defensiva. De triunfo en triunfo, los sublevados logran al fin apoderarse de la formidable fortaleza y ciudad de *Escua*, donde ampliamente se abastecen de armas y efectos, que en aquella plaza abundaban. La indisciplina y el engreimiento de los vencedores proporcionan á poco á los cartagineses propicia ocasion para la revancha: y la toman completa, reconquistando la posicion y ciudad perdidas, y degollando sin piedad á cuantos de sus heróicos defensores no lograron romper las filas sitiadoras y buscar salvacion en los espesos bosques que la fortaleza circundaban. Este corto y azaroso periodo entraña verdadero interés para la historia de Antequera; puesto que en sus inmediaciones, y tal vez en su término, debieron tener lugar los acontecimientos que acaban de apuntarse. En sus inmediaciones, si *Escua* concuerda con Archidona, como supone Lafuente Alcántara; en su término, si es la *Osqua* de Cerro Leon, como indica Guillen Robles, y parece confirmar el estudio de los barros, sepulcros y otras antiguallas que en gran profusion se encuentran en aquellos parages. Cuando Asdrúbal se atrincheró, temiendo el empuje de los rebeldes y rehusando el combate que le ofrecian, hizolo *«en una eminencia inmediata á un río*. Frente á frente los contrarios trabaron durante algunos dias choques parciales, sostenidos á veces con encarnizamiento por los númeridos contra la caballería sediciosa, y otras por la infantería africana, certera en sus flechas, contra la española, que jamás esquivaba el combate. No pudiendo los

insurgentes asaltar las trincheras cartaginesas, dirigiéronse hacia Escua y la tomaron á viva fuerza.... Asdrúbal, que desde su campamento veía crecer la indisciplina y el desorden, mandó á sus soldados que callada y sigilosamente y sin desplegar banderas, acometiesen á la recién ocupada fortaleza.»

(3) El historiador que esto narra sostiene la concordancia de Escua con Archidona: si su opinion prevaleciera sobre la de los que suponen que Escua era la Osqua de Cerro Leon, no sería entónces muy aventurado ubicar el campamento de Asdrúbal en la Peña de los Enamorados, deduciendo esta conclusion de las frases contenidas en el párrafo que acaba de copiarse. La Peña de los Enamorados es en efecto «una eminencia inmediata á un rio;» El Guadalhorce: «frente á frente» de ella se extiende una llanura amplisima donde perfectamente pudieron «trabár durante algunos dias choques parciales la caballería sediciosa y la núnida y la infantería española y la africana:» lo accidentado del terreno y las naturales defensas de esa histórica y legendaria peña hacen facilisima la fortificacion de un campamento, y casi imposible por tanto, el que «los insurgentes pudiesen asaltar las trincheras cartaginesas:» desde la Peña se divisa perfectamente á Archidona; y en aquellos tiempos, en que las zonas inmediatas á los cerros estaban pobladas de espesos bosques, era además háto hacedero á Asdrúbal destacar exploradores que observasen los movimientos de los triunfadores de Escua, pudo, por tanto, el general cartaginés ver «recer la indisciplina y el desorden» en el campo enemigo, y aprovechar en su consecuencia el momento oportuno de atacar y vencer. Si á todo esto se añade la existencia de confusos y borrosos restos de fortificaciones, que todavía pueden observarse en aquella eminencia, á la que tanta celebridad dieran luego dos enamorados, la suposicion, antes indicada, no parecerá muy destituida de fundamento.

Sea, pues, cualquiera de las dos opiniones citadas la que prevalezca, la comarca antequerana tuvo que sufrir forzosamente los azares y consecuencias de esta sangrienta lucha.

Corren con fortuna varia los años hasta los primeros del siglo III, antes de J. C., en que los romanos entran por las Andalucías, y derrotando, en una y otra campal batalla, á

los cartagineses, y tomando, una en pos de otra, todas sus plazas fuertes, los arrollan hasta Cádiz, en cuyos inexpugnables baluartes buscan, en vano, un refugio que al fin deja de serlo el año 205 ante la espada de Publio Cornelio Scipion.

Pero si bien las plazas cartaginesas de la Bética sucumbieron, casi sin lucha, al impetuoso empuje de las armas romanas, no fué á éstas tan fácil subyugar la indómita altivez de sus aliadas, las tribus indígenas que no lejos del Guadalhorce moraban. Al santo grito de independencia alzaronse en son de guerra contra la gran república, dominadora de tantos pueblos, y escribieron con su sangre generosa en los débiles muros de Astapa la mas brillante página que trazaran pudieran los siglos en la mas grandiosa epopeya de sus héroes.

Hallábase esta ciudad situada sobre una pequeña eminencia en las últimas ondulaciones de la sierra de la Camorra, como á tres leguas de Antequera, y muy próxima á la villa de la Alameda. (4) Desprovista de naturales defensas, mezquina en muros y baluartes, sin un soldado cartaginés que la alentase, abandonada á sus propios recursos; pero alentada por su heroísmo, inspirada por la lealtad á sus aliados los cartagineses, escitada por su odio á los romanos, y endurecidos sus habitantes por la prolongada lucha de guerrillas, asaltos, emboscadas, sorpresas y nocturnas correrías, que durante algun tiempo habian venido ejerciendo en las comarcas vecinas por Roma dominadas, se aprestaron valerosamente á la lucha, sin tener para nada en cuenta la probabilidad de sus desastrosos resultados.

Lucio Marcio resolvió su exterminio y ellos resolvieron su inmortalidad.

Hé aquí como describe un autor moderno (5) su memorable defensa y gloriosa caída.

.....«Se preparó á la resistencia dispuestos sus habitantes á perecer á ejemplo de los saguntinos antes que rendirse. Estrechamente cercados por Marcio, agotados todos sus medios de defensa, y desesperanzados de ser socorridos, sus heroicos moradores resolvieron morir antes que ser esclavos. Al efecto levantaron una inmensa pira en medio de la plaza pú-

blica de su ciudad; pusieron sobre ella sus ancianos, sus hijos, sus mujeres y todas sus alhajas; rodearonla con cincuenta hombres determinados, armada la diestra de la espada, y la siniestra con una tea encendida, y despues de hacerles jurar que en el caso de asomar las cohortes romanas sobre el muro de la ciudad, darian muerte á las prendas queridas de su corazon y fuego á la leña, á fin de salvar sus cadáveres de la profanacion extrangera, salieron al campo y acometieron gallardamente las trincheras del enemigo. La refriega fué porfiada; el valor sucumbió ante el número, y los héroes de Astapa murieron todos cubriendo con sus cuerpos los cadáveres romanos que sus espadas habian amontonado.....»

«Cuando los soldados de Marcio penetraron en la ciudad, solo encontraron ruinas, huesos calcinados y cenizas para erijir un trofeo á su bárbara victoria.»

«El heroismo de Astapa ha sido menos ensalzado que el de Sagunto; y, sin embargo, es una gloria más pura de la historia de España. Sagunto fué una colonia griega; Astapa una ciudad española; Sagunto luchó con virtud inmortal y sucumbió como solo en España se sabe sucumbir; pero tenia por aliado al Senado y al pueblo romano, y en este aliado veia un socorro ó un vengador. Astapa luchó y sucumbió de la misma manera por conservarse fiel á un aliado reducido á la impotencia, próximo á desaparecer de la haz de la tierra y que no podia darle ni siquiera un historiador ó un poeta que gravara su nombre en las páginas de oro de la historia de los héroes.»

Pues bien: si Astapa estuvo asentada en el parage que indicado queda, opinion que el lector puede ver explañada en el correspondiente apéndice, hasta Antequera llegan, envolviéndola, los reflejos de su imperecedera gloria; porque en la comarca antequerana se realizó esa epopeya trágica y grandiosa sin precedentes en su pasado ni imitaciones en su futuro en ningun otro pueblo de la tierra.

España, dice Tito Livio, fué la primera provincia cuya conquista emprendieron los romanos, y la última sojuzgada: este hecho habla muy alto en pro del heroismo, del valor y de la independenciam de sus pobladores y constituye una

inmarcesible gloria hispana. «La conquista de nuestro país, dice otro historiador andaluz (6) costó á los romanos tanta sangre y tantos esfuerzos como la del resto de la península.» Esto, comprobado con los heroicos sacrificios que á *Aurungi*, *Illiturgi* y *Castulo* arrancara su lealtad en obsequio de sus aliados, destaca una envidiada gloria andaluza. Astapa, sobreponiéndose á todos estos heroismos, á todas estas grandezas, á todas las temeridades históricas y legendarias eleva sobre esas glorias, una gloria de nuestra comarca.

Sépanlo los que ignorado, olvidado ó poco valorado tienen este hecho inimitable, que solo los grandes corazones pueden sentir y las grandes inteligencias comprender.

La sangrienta apotheosis de Astapa fué el suspiro de agonia de la decaida y mermada independencia, que aún conservaban en su alianza con Cartago los indómitos pueblos de estas comarcas.

Las armas de Roma, dirigidas por Scipion el victorioso, acabaron por completo con la insurreccion hispana y con la dominacion cartaginesa que habia durado más de 200 años. En el 201, antes de J. C., enseñóranse al fin de Cádiz, último baluarte del poderío cartaginés, y dan comienzo á la nueva era, en la que, en pos del trastorno, devastaciones y desastres consiguientes á tan obstinada lucha, confederacion, fueros, libertades, todo lo antiguo y puramente nacional, que fenicios y cartagineses respetaran, desaparece, en no largo periodo de tiempo, ante la asimiladora y absorbente influencia de la civilizacion romana.

Hasta esta nueva época, en la que ya aparece Antequera con denominacion indubitada y situacion conocida, no existe verdadera historia local, siendo, por tanto forzoso al historiador limitarse á hablar en términos vagos de la comarca; sin poder determinar la situacion ni la importancia ni el nombre de la poblacion; porque, griegos y romanos los primeros historiadores que de aquellos tiempos se ocupan, omiten los nombres de la mayor parte de las poblaciones hispanas, dando por excusa, como Estrabon, la difícil y semi-bárbara pronunciacion de ellos, ó se reducen, como Plinio, á enumerar tan solo aquellas localidades, cuyos nombres tenian fácil pronunciacion latina.

Probable es que Antequera fuese una de las omitidas por tal causa; y esto nos priva de conocer su primitivo nombre y exacta posicion; si por aquellos tiempos, como es de suponer, atendidas las condiciones de esta comarca, existia alguna poblacion más ó ménos importante en el parage que hoy ocupa la ciudad ó en sus fértiles inmediaciones.

CAPÍTULO III.

Estado social de estas comarcas durante sus primeras épocas. —Gobierno: armas: insignias: táctica: carácter: costumbres: trage: derecho: beneficencia: religion: agricultura, industria y comercio: idioma: antigüedad de su civilizacion.

Los datos que sumariamente se van á exponer en este capítulo no atañen estrictamente á la comarca de Antequera, ni se ciñen con exacto rigorismo á época perfectamente distinguida.

Las tres á que se refieren aquellos, por mas que en el sentido histórico-narrativo aparezcan con alguna claridad determinadas, en su desenvolvimiento social se presentan confundidas, y el pueblo ó los pueblos, objeto de esta investigacion, no han podido hacer llegar hasta nosotros el mapa de sus comarcas, ni las etapas de su marcha en el camino de la civilizacion. Por eso las indicaciones tienen que ser aquí forzosamente un tanto vagas y faltas de método y determinacion; pero el buen sentido del lector sabrá hacer las aplicaciones y distinciones, que en obsequio á la brevedad se omiten, y explicarse la aparente contradiccion que parece

surgir entre los pomposos elogios de Estrabon y la existencia de ciertas bárbaras costumbres. No le será esto ciertamente difícil, si tiene en cuenta el fenómeno frecuente de la coexistencia ó amalgama de barbárie y cultura en las sociedades que caen del lado allá de la cruz, y especialmente en las que por su remota antigüedad se encuentran en un estado rudimentario de desenvolvimiento.

Ante la carencia de datos circunstanciados, la prudencia aconseja ceñirse, dentro del campo de las conjeturas, á lo que más directamente parezca relacionado con la localidad.

GOBIERNO. Difícil, si no imposible, es asignar alguna de las formas conocidas á los primitivos pueblos de esta comarca. No existiendo, como indudablemente no existia, en cuantos poblaban la Bética la idea de nacionalidad, de presumir es, que cada localidad ó, por lo ménos, cada comarca viviese de vida propia, con absoluta independendencia de sus limitrofes. Ni aún la idea de confederacion estable se puede suponer existente; pues, si confederaciones hubo, fué sin duda en momentos determinados y por motivos de guerra; pasados los cuales, cada cual de los confederados volveria á su antiguo retraimiento. No otra cosa prueba la presencia de algunos señores poderosos, ó mas bien guerreros de prestigio, que, como Istolacio Indibil, Mandonio y Corbis, pudieron agrupar bajo su bandera algunas gentes, confederadas para la defensa de sus hogares y su libertad, amenazados por extranjería ambicion.

Con arreglo á lo que dan á conocer las expediciones de Cneyo y Publio Scipion, y á cuanto se halla en Polybio y Tito Livio, puede asegurarse que en los primeros tiempos, y mucho despues solo existían pueblos independientes, de muy desigual cultura, sin verdaderas costumbres civiles, sin constituir una verdadera sociedad, reducidos á débiles agrupaciones, con el circuito una poblacion rústica sobre las cumbres por término y unas cuantas atalayas por fronteras, ó, á lo sumo, extendidos por el territorio de una pequeña comarca. El hecho de que los turdetanos, (cuya civilizadora influencia se ejerciera en esta region) viviesen, segun Estrabon,

en gobierno civil y político, no contraría lo anteriormente expuesto; toda vez que la afirmación del célebre geógrafo se refiere al estado en que esos pueblos se encontraban á la llegada de los romanos á la Bética; y sabido es, cuánto ya en esta época habian influido en ellos las civilizaciones fenicia y cartaginesa, y aun quizás, si bien en menor escala, la que aportaron las colonias griegas. Y sin embargo, tambien parece ser cierto, que ya ocho siglos antes de J. C., segun afirma Herodoto, el bagel de Sámos que arribó á Tarrés, en la Bética, encontró á los tartesios obedientes al imperio del viejo Argantonio: primer dato histórico de gobierno regular en las comarcas andaluzas.

ARMAS. Usaban, como defensivas, la *pelea*, escudo en forma de adarga como los de los macedones; la *cebra*, escudo pequeño y ligero, compuesto de piezas de cuero sin madera, y otro escudo de gran tamaño, tomado de los galos. Tambien deben incluirse entre las armas defensivas las *horcas* y los *lobos*, que servian para rechazar á los que asaltaban las murallas y consistian, aquellas en unos largos palos con puntas, y éstos en unos garfios de hierro. Asegúrase tambien, aunque no está el hecho comprobado, que llegaron á usar las cotas. Como armas arrojadas manejan la *falaria*, dardo largo con un hierro de tres pies en una punta, al cual solian atar estopa y pez, que encendian al arrojarlo al enemigo desde la muralla; la *trágula*, arma de gran empuje, que, segun Suidas, tenia la punta en forma de anzuelo; los *sudes*, especie de chuzo de madera con las puntas tostadas, para darles mayor dureza, ó revestidas de huesos y pedernales; proyectiles de piedra y de plomo que arrojaban con hondas de esparto, de pita, de cabellos y de *melencrenas*, especie de junco flexible y resistente. Estos proyectiles, segun Estrabon, lograban mayor alcance que las saetas, puesto que llegaban á trescientos pasos con la fuerza suficiente para traspasar una adarga, como en ocasiones ocurrió. Como armas de combate usaban la espada española, celebrada por Polybio, la cual era de dos filos, corta, fuerte y de duro temple, la *machaera*; cuchillo de un corte, largo y

puntiagudo, (1) y el venablo y la lanza, de invencion española, segun Varron. Pero antes que todo esto, es decir, cuando aún no conocian la fabricacion del hierro, usaron muchas de estas armas, y mas que todas ellas el hacha, construidas de pedernal y posteriormente de cobre. Como armas de ataque y defensa de plazas estuvieron en uso las ballestas, las bastidas y las catapultas, usadas ya cuatrocientos años antes de J. C. El ariete no fué conocido hasta la llegada de los cartagineses.

INSIGNIAS. Consistian estas en banderas y estandartes.

TÁCTICA. Aunque es casi general la creencia de que la manera de batallar de los primitivos pueblos hispanos era una continua y agitada escaramuza, sin observar formacion alguna, mezcladas las mujeres con los hombres, y rompiendo siempre el combate en confuso tropel, acompañado de espantosos gritos, está ya fuera de duda que los celtíberos acostumbraban adoptar como orden de batalla el *cuneus*, ó forma triangular de cuña, cuya formacion llegó á hacerse temible á los enemigos. Solian interpolar la caballeria y la infanteria, y cuando ésta se encontraba fatigada, los ginetes descendian de sus caballos, los sujetaban al suelo con pequeñas estacas que siempre llevaban adheridas á las puntas de las riendas, y se colocaban al lado de los infantes. Sus caballos eran fuertes y ágiles, trepaban con facilidad por las montañas, y casi siempre llevaban dos ginetes, uno de los cuales descendia en el momento de comenzar el combate. A la llegada de los romanos, ya tenian bien cimentada la costumbre de acampar, y lo hacian en buen orden, con fortificaciones, puertas, cuerpos de guardia y cuanto requiere la seguridad de un ejército organizado, que asienta sus reales en país enemigo.

CARÁCTER. El sentimiento de independencia más acen- tuado, la indocilidad constante, el individualismo llevado á

la exageracion, la tendencia al aislamiento, el ejercicio continuo de una amplia libertad personal, apenas por nada ni por nadie limitada, y una alta concepcion de la lealtad y la buena fé en los pactos parecen ser los elementos constitutivos del levantado y enérgico carácter de los pueblos indígenas de estas comarcas. Aunque mas cultos que sus congéneres los pobladores de las grandes regiones montañosas, participaban indudablemente del mismo carácter agreste, fiero, indómito, belicoso, independiente y retraido, que constituia la fisonomía peculiar de la raza celtibera. Su larga lucha con los romanos, la observacion de Livio, que apuntada queda en el capítulo anterior, y su manera de sucumbir en Astapa nos suministran con ruda elocuencia las pruebas de su dureza é inflexibilidad y los rasgos mas característicos de su moral fisonomía.

COSTUMBRES. Con tales condiciones de carácter, no era fácil que la paz los enervara: y por mas tiempo que gozacen de ella, nunca, como dice Orosio, su ánimo se debilitaba. Bien es verdad, que tampoco ocasion propicia para ello se presentaba, puesto que la guerra y el continuo ejercicio de las armas eran su ocupacion diaria y favorita; y hasta tal punto llegaba su aficion á ellas, que, cuando no tenian con quien guerrear en su país, lo hacian en otro suelo y á suelo de extrañas gentes. Dedicados, aún en la vejez, á rudos trabajos corporales y al ejercicio de la agricultura y ganadería, se conservaban siempre ágiles, robustos, sufridos, sóbrios, fornidos, fuertes, constantes, sufridores de trabajos, pródigos de su sangre y despreciadores de la muerte. Tan despreciadores, que solian dársela, despeñándose, cuando la ancianidad los imposibilitaba, y por medio del tósigo, de que siempre iban provistos, cuando se veian en peligro de esclavitud.

Los rios, por violentos que fuesen, los pasaban montados en odres dentro de los cuales metian sus ropas; y, según César, no salian á campaña sin llevar gran provision de cueros.

Las mujeres cuidaban de los quehaceres domésticos y de

las labores del campo. Preparaban una especie de cerveza, cuya confeccion es hoy desconocida, y el pan de bellotas, que era el mas usual.

Escaseaba el vino, y solo solia consumirse en los festines de familia, en los cuales se sentaban los concurrentes en el suelo ó en bajos poyos por órden de antigüedad y dignidad.

Celebraban con frecuencia danzas guerreras, ejecutadas al compás del rudo golpear en los escudos, ó acompañadas, cuando mas, de una trompeta.

Colocaban al rededor de los sepulcros de los guerreros tantos obeliscos como enemigos habia muerto en batalla el héroe á quien honraban.

Sus viviendas eran rústicas y humildes, y sus lechos haces de yerba seca esparcidos por el suelo.

TRAGES. Usaban crecidos y sin aliño la barba y el cabello, y adornado éste con penachos levantados, cuando no llevaban cubierta la cabeza con el casquete coronado de plumas ó con la capucha del *sago*. Era este, segun se vé en Appiano y Diodoro Sículo la vestidura usual y corriente, y consistia en un sayo ó túnica corta de lana burda, negra ó parda, abrochado al cuello con hebilla; «á modo de herreuelo que se abrocha por el collar,» segun expresa Ambrosio de Morales. Ceñíanlo á la cintura con un toscó cinto de dimensiones fijas, y estaba muy mal visto que el guerrero engordase mas de la comun medida. La caballería usaba calzon, calzas y el *sago* con mangas. Las mujeres solian ostentar frecuentemente rústicos bordados en su traje.

DERECHO. Sus ideas en este punto eran tan rudimentarias, que aún la de propiedad puede decirse que estaba en embrion. Así no es extraño hallarlos entregados con frecuencia al despojo de sus colindantes, sosteniendo guerras injustificadas y tomando parte en luchas ajenas, sin verdadera conciencia del papel que en ellas representaban. Lo mas concreto que en este punto se encuentra es la existen-

cia de la pena de muerte por lapidacion y el hecho significativo de sacar el reo fuera de la frontera, para ejecutarlo, cuando la sentencia era dictada en causa de parricidio.

Afirman Estrabon y Polybio, hablando de la civilizacion turdetana en la Bética, que aquellos pueblos poseian leyes escritas en verso, cuya existencia databa de 1.500 años antes de J. C.; pero ni estos textos pueden aceptarse en un sentido estrictamente literal, á causa del problema cronológico que de su interpretacion ha surgido, ni, aún dado el hecho en toda su descarnada veracidad, hay datos que puedan localizarlo en nuestra comarca. Aquí existe una densa sombra, y aún no ha brillado la luz que pueda disiparla.

BENEFICENCIA. Triste idea de la humanidad de aquellos pueblos, de quienes Estrabon hace tan pomposo elogio, nos suministran los escasísimos datos que, acerca de este punto, han llegado hasta nosotros. Los hechos mas característicos, indubitados y existentes á la llegada de los fenicios, que pueden consignarse son: el uno la costumbre de inmolarse á los ancianos achacosos ó decrépitos, para evitarles los dolores de una muerte lenta y la vergüenza de una existencia inútil: el otro la exposicion de los enfermos en los caminos públicos, por si algun transeunte conocia su enfermedad y queria aplicarles el oportuno remedio.

¡A cuantas contradictorias reflexiones se prestan estos dos actos ejecutados por un mismo pueblo y en un mismo momento histórico!

Las afirmaciones de muchos escritores acerca de la mayor humanidad y cultura de los turdetanos, cuya civilizadora influencia debió hacerse sentir en esta comarca, no contraría en modo alguno lo que asentado queda anteriormente: esta mayor humanidad y mayor aplicacion á la agricultura, las artes útiles y el comercio, de que nos habla Estrabon, solo debe referirse á la época en que los romanos pisaron esta tierra; tierra virgen hasta entónces de extranjería dominacion, aunque trabajada por la lucha, las ambiciones, los conatos de dominio y la influencia más ó ménos directa de tres pueblos civilizados.

RELIGION. Todo lo que en resúmen puede deducirse, con menores probabilidades de error, entre las incompletas y poco armónicas noticias que restan, debe presentarse bajo el aspecto conjetural y sin determinacion exacta de tiempo ni localidad, reducido á cuatro periodos.—I. Culto indigena y primitivo, sin templos, ni sacrificios, ni otras manifestaciones externas permanentes mas que las aras, si así puede llamarse á las grandes piedras agrupadas de tres en tres ó de cuatro, en cuatro sobre las que tal vez ofrecerian al *Dios sin nombre* las primicias ó la porcion escogida de los frutos de la tierra. Este culto originario tributábase á un Dios único, puesto que la idolatría no aparece hasta la llegada de los fenicios. Hasta esta época, segun Masdeu, la religion revelada se mantuvo entre los españoles todos por medio de la tradicion.—II. Politeismo indeterminado, vario é inconstante, con marcada tendencia al culto preferente de ciertas divinidades favoritas, (Elman y Eudovélico entre ellas) y á la adoracion grosera del *Dios sin nombre* por medio de fiestas bélicas y cruentos sacrificios.—III. Culto druidico, mas ó menos ortodoxo y degenerado, introducido por la raza céltica. En él, sin perjuicio de Bel, Dis, Teutates Taramí y otras divinidades, se prestaba frecuente adoracion á multitud de fenómenos y objetos naturales. Sus ritos mas importantes eran los sacrificios cruentos de hombres y animales y la solemne recoleccion del muérdago bajo la encina sagrada. El dogma druidico admitia la inmortalidad del alma, la trasmigracion del espíritu, la eternidad de la materia en su sustancia, aunque no en la forma, la idea moral de premios y castigos y la existencia, por tanto, de otro mundo y otra vida.—IV. Modificacion y aun radicales alteraciones, á consecuencia del natural influjo que lenta y progresivamente fueron ejerciendo las civilizaciones fenicia, cartaginesa y griega. No se borra por completo lo existente; pero se modifica y hace mas complejo al entrar su competencia con las antiguas divinidades otras nuevas, entre ellas, quizis la Diana de las colonias griegas, y muy probablemente el Hércules fenicio, del cual se conserva un tronco de está-

tua, encontrado en las confusas ruinas de la inmortal As-tapa.

AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO. No existen datos que puedan revelarnos hoy las manifestaciones agrícolas é industriales de aquellos pueblos en sus primeras épocas; y respecto á su comercio solo consta, que realizaban el tráfico por medio del cambio de objetos, y en algunas ocasiones por pequeñas láminas de plata, cortadas expresamente, segun las iban necesitando.

Pero, andando los tiempos, aparecen los fenicios. Industriales y traficantes siempre, y nunca francamente conquistadores, aportan á estas comarcas las primeras semillas de la civilización. Probablemente alcanzaria también á ellas, aunque en menor escala, la importada por los griegos asiáticos, que llegaron en pos é invadieron algunas tierras no lejanas del litoral; si bien no hay datos que prueben su residencia ni sus excursiones por las próximas riberas del Guadalhorce. Sabido es, por el contrario, que los fenicios cuidaron con esmero de preservar y defender la Bética del dominio griego; pero el que la preservaran de su dominación y preponderancia, no prueba que pudieran también preservarla por completo del influjo de su civilizadora propaganda, que, aún á través de la posterior influencia púnica, ha dejado algunas huellas, suficientemente definidas, en la esfera de las etimologías, ya que no en la de los monumentos.

Lo que resulta indubitado, segun el texto de Estrabon, es, que á la llegada de los romanos la Turdetania y la Turdulia (regiones ambas de la Bética) eran ricas, opulentas, feraces, abundantísimas en frutos, con rios y canales navegables, con extraordinaria actividad mercantil y grandes y numerosas naves, que con frecuencia partian de estas costas para el puerto de Ostia. Los frutos de estas comarcas que, por su abundancia y bondad, más alimentaban su comercio marítimo, eran trigo, vino, aceite, cera, miel, pez, grana, sal, carnes, «peces compuestos», ganados abundantes y lanas excelentes. Abundaban igualmente en estas regiones los metales, y, segun afirma el geógrafo antes citado, «en ningu-

na parte de la tierra se ha hallado tanto oro, plata, cobre ó hierro, ni tan bueno como en ella.» El oro se explotaba, mas que en minas, en las arenas de rios y torrentes por medio del labado.

Sobre esto mismo existen curiosos datos en Plinio, Posidonio y Diodoro Sículo, en cuyas obras consta hasta que punto habia llegado el adelanto de los turdetanos en la industria minera, toda vez que en sus profundas y oblicuas minas ya no era, para ellos, un obstáculo el encuentro de corrientes subterráneas: extraian sus aguas por medio de las conchas egipcias, aparato inventado por Arquimedes y usado frecuentemente por los egipcios, y continuaban tranquilamente la explotacion. Era tal la riqueza de estas felices comarcas que, segun el testimonio de antiguos escritores, en la expedicion de los cartagineses á las órdenes de Almicar, cogieron aquellos á los turdetanos pesebres y tenajas de plata (2).

IDIOMA. Gran número de escritores, está contexte en afirmar, que el alfabeto fenicio puro fué la base del turdetano, predominante en la Bética; pero tambien parece cierto, que el mismo alfabeto fenicio, reformado por los griegos, fué, á su vez, la base del celtibero. ¿Cuál de los dos predominó en esta localidad, implantada en la region de los túrdulos? Para los que consideran á éstos diferentes de los turdetanos, y creen además en la existencia de los celtas en esta comarca ó en sus mas próximas inmediaciones, indudablemente fué el segundo. El primero, por el contrario, para los que rechazan la ingerencia céltica en estas regiones, y en túrdulos y turdetanos no ven mas que un mismo pueblo con dos distintas denominaciones, usadas quizás en épocas diversas, y con aplicacion mas bien á la comarca que al pueblo ó tribu. (3)

Problema es este de escasa monta en una obra de la índole y tendencias de la presente; y con haber indicado su base fenicia, parece no hay necesidad de extenderse en mas amplias consideraciones. Lo que en este punto resulta indubitado es, que prevaleció en estas regiones, como en las de-

más de España, la costumbre de escribir de izquierda á derecha; al contrario de los fenicios.

Más oscura que la cuestion del alfabeto se presenta la del idioma, que, á pesar de las profundas investigaciones de que ha sido objeto, permanece todavía circuida de sombras y envuelta en el misterio. Suponen unos autores que la lengua de estos pueblos fué la hebreo-fenicia; otros, que un dialecto del hebreo; algunos, que el euskaro, conservado por los vascos.

Que los turdetanos tuvieron su idioma propio, (4) y que otro tanto acontecia á los celtíberos, parece incuestionable; pero, lenguas muertas una y otra, y no de indubitado éxito las soluciones que hasta la fecha se han dado á los restos de inscripciones, no existe todavía bastante luz para poder asentar con garantías de acierto opinion determinada.

Tampoco, por las condiciones especiales de esta comarca, de que ya queda hecho mérito, se puede afirmar cual de entrambos fué el idioma que en ella prevaleció. No existen inscripciones y la Historia guarda silencio.

CIVILIZACION. Para terminar este capítulo, no parecerá inoportuno consignar, aunque en breves frases, las aserciones de Estrabon y Polybio, que en tan magníficos y pomposos términos hablan de la cultura de los turdetanos. Si éstos y los túrdulos eran un mismo pueblo, como afirma Estrabon, ó dos pueblos distintos, como cree Polybio, su civilizacion era indudablemente la misma; y á ambos pueblos se refieren en sus elogios los autores citados.

«Son reputados, dice el célebre geógrafo, por los más doctos de toda España hacen uso de la Gramática, tienen escritos monumentos de antigüedad, poëmas y leyes en metro de seis mil años (como dicen)». (5)

Reduciendo estos años á nuestro modo actual de medirlos, resulta, segun autores que del asunto se han ocupado extensamente, que sus leyes escritas en metro, reflejo de su avanzada cultura, databan de una fecha que se remonta á mil y quinientos años antes de J. C. (6)

Es decir, que más ó menos interrumpida y uniforme, la

civilizacion de estas comarcas y el código de sus leyes, asombroso monumento literario en tan remota época, son en cierto modo contemporáneos del libro de Moysés, del de Job, de las obras de Sanchoniathon y de los Vedas de la India, y anteriores, por tanto, á las civilizaciones que reflejan LAS DOCE TABLAS y los escritos de Numa, Solon y Licurgo.

Esa fué la civilizacion de estas felices regiones: esos son los rancios pergaminos de nuestra alcurnia intelectual: recházelos en buen hora el que desdeñe tan valiosa ascendencia.

CAPÍTULO IV.

Los Romanos.

Como dicho queda anteriormente, ya en esta época aparece Antequera con situación y nombre indubitados; hay además gran copia de materiales para el edificio de su historia: no escasean tampoco los restos de ornamentación para el decorado de ese monumento; pero dispersos aún esos materiales, rotos y carcomidos esos restos; revueltos unos y otros en los escombros que han ido amontonando los siglos; demolidos muchos por la piqueta de la ignorancia; mutilados otros por la codicia; bastardeados algunos por inconsistentes restauraciones; disgregados y esparcidos los más por la impericia y por el sórdido interés, se hace hoy casi imposible agruparlos, ordenarlos, soldarlos y formar con ellos una obra, no ya monumental, ni aun medianamente concluida.

Podrá, á lo sumo, bosquejarse un conjunto que no resulte inarmónico; alzarse un edificio con estilo y carácter determinados; pero tiene forzosamente que adolecer la obra de faltas, de cohesión, de trabazón y enlace continuos, de pulimento cumplido, de esa especie de proceso cronológico que en esta clase de edificios viene en cierto modo á fantasear

la idea de su desarrollo en el tiempo y en el espacio. Ascender desde los cimientos á la coronacion, sin dejar atrás cosa alguna, es imposible; muros horadados, ángulos derruidos, zócalos aportillados, puertas cegadas, techumbres perdidas han de aparecer á cada momento; dando consiguientemente por resultado, no el retrato verdadero de un original, sino la sombra emborronada de su esqueleto desarticulado; la mancha mejor ó peor tocada del fócil inerte y carcomido, en vez de la detallada fotografia del organismo vivo y completo. Por eso, en vez de intentar la articulacion del esqueleto, la construccion de la obra ó la reconstruccion del organismo; como solucion menos expuesta á errores, se ofrecerá á la contemplacion del lector una coleccion de cuadros ó puntos de vista que, con el posible órden cronológico presentados, vengan á formar en su conjunto el museo histórico de la época que se bosqueja. Narrando unas veces, describiendo otras, deduciendo aquí, conjeturando allá, segun el asunto y el momento adecuados sean, quizás pueda el autor ofrecer las formas, para que el lector, moldeándolas en su buen criterio, deduzca de ellas el fondo mas rigurosamente exacto y propio.

Y basta de preámbulo.

I.

La República.

Cuando las armas de Roma arrojaron sobre los mares los últimos restos del poderío cartaginés en la Andalucía; cuando despues de doscientos años de continuo batallar, casi agotados ya los recursos y los ejércitos de aquella gran república, dominadora del Orbe, lograron soguzgar las indómitas tribus españolas, un nuevo órden de cosas, una nueva manera de ser vino á cambiar por completo, antes

aquí que en otras regiones de la Hispania, el aspecto moral y político de estas comarcas.

Pero antes de que se asentase y prevaleciera la nueva organizacion, constituyendo un modo de ser estable y homogéneo, estas comarcas sufrieron las consecuencias desastrosas y las convulsiones violentas de la sangrienta lucha, y los dolores consiguientes á la laboriosa gestacion de aquel nuevo gérmen, que en tan agitado seno se fecundaba, para producir mas tarde el sazonado fruto de planta exótica, por la fuerza aclimatada.

Este largo y agitadísimo periodo comienza en el momento en que los romanos arrojan la máscara que habia ocultado su perfidia á los ojos de las sencillas tribus hispanas, que solo vieron en ellos al enemigo del cartaginés, y no al falso amigo y astuto aliado que en hospitalaria sombra forjaba silencioso las cadenas de su tiránico imperio.

Cuando Scipion, triunfante, abandonó el territorio, y el gobierno quedó encomendado á sus lugartenientes Léntulo y Acídino, comenzó la serie de continuos agravios, rapiñas, injusticias, violencias, inmoralidades, exacciones y parcialidades é inconveniencias de todo género, que, como consecuencia legítima, trageron en pos otra serie de motines, turbaciones, venganzas, represalias y desmoralizacion general, que, escitando los ánimos, sublevando las conciencias y poniendo en combustion todas las energías del país, preparó aquella vasta conjuracion, que tanto dió que pensar y que hacer á la Roma republicana, cuando corrian los últimos años del siglo II, antes de J. C.

Verdad es que los pueblos del litoral de esta provincia parece que tomaron poca ó ninguna parte en la lucha, y se aliaron, confederaron é identificaron con Roma en los primeros tiempos; puesto que ya Málaga y Fuengirola aparecen como ciudades federadas, y la primera de estas acuña moneda en el siglo II, antes de J. C. Pero los hábitos, forzosamente pacíficos, del pueblo comercial no podian predominar en las regiones del interior, alejadas de las costas, situadas en el tránsito de las belicosas expediciones y favorecidas para la lucha, las sorpresas, las emboscadas y las tenaces defensas por lo accidentado y agreste de su suelo y

el genio aventurero é indócil de sus pobladores. Si no hay datos bastan'es á conocer la parte activa que éstos tomaran en la guerrera empresa, hay los estrictamente necesarios para probar que la comarca antequerana no se exinió de sus consecuencias, y hasta llegó á ser en ocasiones el teatro donde se representaron algunas escenas del pavoroso drama. Y que Antequera ó su comarca tomara parte activa es de presumir, si se atiende, de un lado al carácter indócil y levantino de los hijos de este suelo, de otro á los recuerdos vivos, que del heroismo y la independiente bravura de Astapa conservarían todos los pueblos comarcanos, y bajo otro punto de vista á la circunstancia de no conocerse datos históricos que prueben la existencia de poblacion romana por aquellos dias en esta localidad.

Una ligera excursión histórica por los anales de aquellas épocas memorables justificará la afirmacion consignada.

Cuando los representantes de Roma en estas provincias, apercibidos de la escitacion que en ellas fermentaba, comunicaron á la metrópoli el estado del país, el Senado Romano creyó poder ahogar en gérmen la sublevacion que amenazaba desbordarse, organizando en estas regiones una marcha administrativa análoga ó idéntica á la de otras provincias, que ya por este medio habian logrado identificar con Roma. Dividida, pues, la España en dos provincias, la citerior y la ulterior, vinieron á ellas otros tantos pretores encargados de su gobierno. Esta medida reveló á las indómitas tribus indíenas la tendencia tiránica y opresora de la poderosa república, y vino á ser la tea incendiaria que prendió fuego á los combustibles hacinados por las primeras arbitrariedades.

La agreste Alpujara lanza enérgica el entusiasta grito de independencia que repiten los ecos de los profundos valles y estrechos desfiladeros de sus fragosas montañas. Acude en vano á sofocar la insurreccion el pretor Marco Elvio. Son derrotadas las legiones. Cayo Sempronio Tuditano sucumbe y muere. Roma se alarma. Uno de sus cónsules, Caion el Censor, viene á España con 30.000 hombres, y acude luego presuroso á la Bética en auxilio de Elvio, cuyas legiones abatidas se encontraban estrechamente bloqueadas por

los túrdulos: por los pueblos de estas regiones, por las tribus de esta comarca, enclavada en el riñon de la Turdulia.

Auxiliaban á éstos los celtiberos, á los que al fin Caton hizo abandonar el territorio, despues de dificiles y costosos triunfos, contra unos y otros adquiridos, y despues tambien de haber arrasado numerosas fortalezas, que no pudo dejar al abrigo de las acometidas de los indigenas.

Pacificadas estas regiones, vuelve Caton á la citerior y luego á Roma, dejando al frente de la ulterior para que la rigiese y gobernase á Scipion Nasica, que bien poco tiempo permaneció inactivo. Los lusitanos invaden la Bética en ruda acometida: talan, saquean, arrasan, incendian, cautivan, llegan hasta las cercanias de Málaga, devastan la costa, derrotan á los romanos mandados por Manilio y Calpurnio Pison, á los que dejan cuatro mil hombres fuera de combate en la sangrienta batalla. Vencedores aquí, son á la vez vencidos junto á Loja por Scipion Nasica, y pierden en el rudo encuentro cuantos cautivos y riquezas habian acumulado en sus afortunadas excursiones. Méenos afortunado que éste Lucio Emilio Paulo, sucumbe en Lachar al impetuoso empuje de las bandas insurrectas, huye su ejército despavorido, y deja seis mil combatientes sobre el campo de batalla (año 192 antes de J. C.). Más astuto Sergio Galba, pretor de la Lusitania, atrae con engaños y promesas falaces á las tribus montañesas á un valle, y, cuando indefensas y confiadas se hallaban, las cerca y ataca, y asesina villanamente nueve mil hombres. De esta infame asechanza logró escapar un pastor, que entonces nadie conocia, y despues ha admirado el mundo todo: Viriato. A la banda lusitana, que presto formó, uniéronse á seguida multitud de hombres independientes, emprendedores, activos, amantes de su libertad y saturados de odio hácia los romanos. Aquel pastor era la encarnacion del genio guerrillero de España; y bien pronto lo dió á conocer inquietando sin cesar al enemigo, fatigándolo con sus rápidas marchas y contramarchas, atacándolo cuando más lejos lo suponian, rompiendo sus cohortes, diezmándole sus guerreros, apoderándose de sus convoyes, copando destacamentos, haciendo prisioneros de importancia suma, como el pretor Vetilio, y posesionán-

dose, por último, en estas regiones de numerosas y bien acondicionadas fortalezas.

Una de ellas era Escua, rescatada más tarde por el cónsul Serviliano; y sea esta plaza la actual Archidona ó el despoblado de Cerro Leon, (sobre lo que ya en el capítulo II quedan apuntadas algunas consideraciones), en nuestro territorio, en nuestra misma comarca, tuvieron lugar esas importantísimas empresas de aquella guerra memorable; y, como consecuencia de ellas, el pacto, para Roma humillante y vergonzoso, por el cual de potencia á potencia Viriato y Serviliano concertaron, no penetrar éste en la Lusitania y retirarse aquel de la Bética. (Año 141 antes de J. C.)

Quinto Servilio reemplaza al año siguiente á Serviliano: rompe el pacto; surge de nuevo la guerra: Viviaio se hace invencible y los romanos se convierten en asesinos de aquel héroe, á quien no supieron vencer en honrosa lid.

La sangre del invicto caudillo, de tan infame manera vertida, apagó el fuego de la guerra, y Roma respiró tranquila.

Cuarenta y dos años de paz inalterable hicieron prosperar en estas comarcas los fecundos gérmenes de las riquezas que su suelo atesoraba: la agricultura se levantó pujante: comenzaron á florecer las artes; y la vida civil de Roma arraigó por fin en esta tierra, hasta entonces refractaria á la implantacion de extranjera simiente.

Pero la insaciable avaricia de los pretores, lo injustificado de los tributos, la parcialidad en los repartimientos, la dureza de los cuestores, los apremios vergonzosos y la insolente actitud de cuantos romanos desempeñaban cargo público hicieron cundir el descontento y comenzaron á agitar los ánimos. La nueva division de España en diez distritos militares, (1) á cargo de otros tantos legados, dió exesiva preponderancia al elemento de la fuerza con menoscabo del derecho. Desacertada medida del Senado Romano, que indudablemente produjo la conjuracion de *Castulon* y *Jersion* el año 98, antes de J. C., conjuracion que el gran Sertorio, tribuno entonces de escasa nombradía, logró sofocar con su audacia y condiciones de carácter.

Pero si aparentemente la paz se restableció en la Bética,

en ella como en toda la sociedad romana cundian el mal estar y los temores de próximos trastornos. Existia en esta sociedad un cáncer, cuya extirpacion se hacia cada vez mas dificil, y cuyo desarrollo creciente iba corroyendo, lo mismo en las extremidades que en el corazon, el gran coloso romano, la fastuosa república que, olvidada de sus primeras virtudes, se entregaba al vicio, á la relajacion, á la molicie y al mas culpable y criminal abandono. No comprendia que con su desatentada conducta preparaba franca entrada al despotismo del imperio.

Y así ocurrió. En el seno de esa república surgieron al fin, determinando los marcados síntomas de su decadencia, dos elementos hostiles: el aristocrático y el popular. Mario y Sila aparecieron. Corramos un velo sobre sus sombras ensangrentadas.

El terror no domina solo en Roma: se extiende, ramifica é invade esta provincia. A ella llega proscrito y fugitivo Marco Craso y halla generosa hospitalidad en la comarca malagueña.

A los ocho meses, cuando el triunfo de su partido le permitió salir de la cueva, donde habia vivido oculto, pagó aquella hospitalidad, reuniendo una hueste de aventureros, imponiendo tributos á varios pueblos y saqueando la capital de la comarca, que tan seguro asilo le prestara en su desgracia. ¡Baldon eterno sobre la memoria del bandido: del que luego fué triunviro con Cesar y Pompeyo: del que el año 53 antes de J. C., murió decapitado y con la boca llena de oro derretido, prisionero del rey de los Partos! (2)

Las afortunadas correrías de Sertorio, desde que, llamado por los lusitanos, desembarcó en las inmediaciones de Tarifa y cruzó luego la Turdetania, tuvieron largo tiempo en agitacion estas comarcas. Su genio organizador y su fortuna en los combates le hicieron concebir atrevido y grandioso pensamiento: la constitucion de la Hispania en república independiente. Desde que con acertadas reformas inició su realizacion, que desgraciadamente no pudo terminar, la España se romaniza y el caudillo romano se españoliza. Sertorio no es ya el ciudadano de Roma; es el hijo adoptivo de España, que generaliza en ella la cultura del Lacio. España no es

ya la esclava romana que forcejea sin tregua por romper las cadenas que la aprisionan: es la jóven liberta que adquiere conciencia de próxima autonomia y se constituye y engalana á la usanza de su antigua señora. Un congreso en Eborá y una Universidad en Huescar (3) parecian anunciar al mundo la consolidacion del nuevo estado. Todo fué, sin embargo, un hermoso sueño de algunos años, del que despertaron nuestras felices comarcas al chasquido de la copa estrellada por Perpena y el subsiguiente crugir de los puñales asesinos en las entrañas de Sertorio.

Con su muerte, Pompeyo triunfa por completo y la Bética vuelve á ser una provincia de Roma, que disfruta cerca de veinte años la paz oprobiosa de la sumision forzada.

El 69 antes de J. C., cruza por vez primera las regiones béticas Cayo Julio Cesar, cuestor á la sazón en ellas á las órdenes del pretor Astintio Tuberon, y cuatro años mas tarde desempeña él mismo la pretura.

A partir de esta época comienzan á acentuarse decididamente los síntomas de decadencia de la que en otro tiempo fué grande y severa república. En las provincias, lo mismo que en la metrópoli, cunden los gérmenes de division con el olvido de las virtudes cívicas y la ambicion de medro personal. Riquezas y engrandecimiento son las únicas aspiraciones de los grandes ciudadanos de Roma: rapiñas é intrigas los medios de realizarlas. La Bética, entre tanto, gozaba de esa calma superficial que algunas veces ostentan los mares, mientras se agita en sus profundidades la borrasca: es la calma que suele preceder á las grandes tempestades. Los republicanos dejaron al fin de serlo, y Cesar, Pompeyo y Craso, los tres ambiciosos más grandes de su tiempo, se repartieron las provincias romanas: ¡y Roma lo consintió! Tocó á Pompeyo la España: murió Craso: se rompieron con la muerte de Julia los vínculos que estrechaban á César y Pompeyo: se miraron desde aquel momento como rivales: bajo cada bandera se cobijó un partido, y la lucha estalló. Corrian por entónces los años del 50 al 60 antes de J. C.

¿Qué participacion tomaron los terratenientes de esta comarca en la sangrienta lucha? ¿Combatieron bajo las banderas de César ó bajo las de Pompeyo? ¿Formaron en un

solo bando ó militaron individualmente segun sus particulares afecciones? Cuando vencido Pompeyo y ausente Cesar, quedó encargado del gobierno de estas tierras Quinto Casio Longino, ¿qué parte de sufrimientos cupo á la comarca antequerana durante el periodo de exacciones, rapiñas y arbitrariedades de aquel monstruo de insaciable avaricia? Qué participacion tuvo en las tramas de venganza que contra él se concertaron en estas regiones? ¿Cuál en la sublevacion posterior, y en la correria vandálica que aquel insaciable avaro practicó antes de encerrarse en Málaga con el tesoro robado á los pueblos de la comarca? Se ignora.

Los hijos de Pompeyo renuevan la guerra y nuestro país vuelve á sufrir sus azares. Parece que la mayor parte de Andalucía era pompeyana: consta, sin embargo, que *Ulia* (Montemayor) y *Obulco* (Porcuna) seguian la bandera de César. Llegó éste á Obulco el año 47 antes de J. C., organizó sus huestes, comenzó las operaciones, rindió á *Ategua* (Teba la vieja), que defendian los de Pompeyo; y de triunfo en triunfo vino á concluir con su rival y con la guerra en los Campos de *Munda*. Se agitaron algun tiempo los partidarios de Pompeyo, como se agita el cuerpo del herido en las últimas convulsiones de la agonía. La muerte de Cesar les prestó los últimos alientos; pero la transaccion de Sexto, el hijo menor de Pompeyo, determinó el desarme de sus parciales, su marcha á Roma y la conclusion definitiva de la lucha. Era el año 43 antes de J. C.

La conclusion de esta guerra y la conclusion de la república coinciden. Aparece el triunvirato de Octavio, Lépido y Antonio. Triunfa Octavio de sus colegas y nace el Imperio.

I.

El Imperio.

A medida que los tiempos avanzan, la situación de los pueblos vá siendo mas clara y definida. La república fué para nuestras comarcas un periodo de elaboracion continua y fatigosa; una lucha de intereses propios y de agenos intereses, en nuestras tierras ventilados, algunas veces con tendencias determinadas y distintas, otras en embrionaria confusion mezclados y sin consciente y seria aspiracion movidos. El imperio viene en pos á coordinar los materiales dispersos, anular los heterogéneos y levantar en estas regiones el suntuoso edificio de la verdadera civilizacion romana. ¡Fenómeno extraño para muchos es el que se desarrolla en estos dos momentos históricos!

La república, que para tantos pensadores es la realizacion de la teoría del derecho, la solucion práctica del problema social, la única constitucion equitativa y justa de un estado, y por consecuencia la exclusiva forma de gobierno, á cuya sombra puede florecer la libertad, ser un hecho la igualdad y tener consistencia los lazos fraternales que unan á los ciudadanos entre sí,..... la república, repito, en vez de llenar esa mision sagrada, siguió las ensangrentadas huellas de los grandes déspotas de todos los tiempos y de todas las latitudes. Francamente conquistadora, no soñó mas que en allegar provincias á su imperio y riquezas á su tesoro; y como las provincias hispanas fueron las que más lucharon por su independenciam, y las regiones béticas las que más preciosos metales atesoraban en sus entrañas, de aquí el continuo guerrear de los generales romanos y el continuo robar de sus pretores y subalternos en este privilegiado suelo.

El imperio, por el contrario, desmintiendo la concepción política de su constitución ideal y desarrollo práctico, vino á «unificar pacíficamente el mundo, á acercar y relacionar todos sus súbditos, á infundirles las ideas de su civilización y de su derecho, á concluir con el aislamiento que caracterizó la vida de la antigüedad, á abrir, en fin, la ancha vía triunfal por donde había de marchar el cristianismo». (4)

¿Siguió llenando siempre aquella nobilísima misión que comenzara á su advenimiento el coloso imperial? No: mil veces no. ¡Desdichada condición de las instituciones humanas! Grandes, y hasta cierto punto virtuosos, comienzan la república y el imperio; pequeños y enlodados en el vicio entrambos mueren. ¿Estarán los organismos sociales sujetos á la misma ley que rige á los organismos de la naturaleza, y en cumplimiento ineludible de ella les será forzoso nacer, crecer, encumbrarse, languidecer y morir? ¿Será, quizás, contra lo que profundos pensadores afirman, que las formas son lo accidental y transitorio, y los hombres lo esencial y necesario? ¿qué la idea es la forma y el hombre el fondo?

Historiemos.

Mucho debió la España al imperio: quizás debióle más la Bética: Antikaria le debe sus primeras marmóreas páginas históricas.

Abolidos los grandes mandos militares; divididas en Lusitania, Tarraconense y Bética las que antes eran provincias Citerior y Ulterior; declarada la Bética, en que Antikaria radicaba, provincia senatorial por Cesar Octavio Augusto, el elemento civil se desarrolla con la Paz Octaviana; la vida del derecho romano en toda su amplitud comienza en nuestro suelo, y las tradiciones republicanas y el sentimiento popular continúan vegetando en las conciencias y en los corazones de sus moradores, que, por el hecho de ser provincia senatorial la suya, no tienen que reconocer como jefe supremo al Cesar, que con férrea mano rige y gobierna la Lusitania y Tarraconense; sino al Senado y pueblo de Roma, como en los pasados tiempos de la República.

¿Qué móvil indujo á Octavio á declarar senatorial esta sola provincia, en tanto que las otras provincias hispanas

eran designadas imperiales? ¿Era, como algunos creen, la convicción del carácter pacífico y poco guerrador de sus naturales, comparado con el de las otras regiones, ó era, como alguno supone, el convencimiento profundo de lo arraigadas que en nuestras comarcas estaban las tendencias republicanas, y, como consecuencia de este convencimiento, la levantada idea de evitar perturbaciones con bruscos cambios, y la interesada mira de no enagenarse con estas perturbaciones la provechosa amistad de tan fértiles comarcas? Difícil es con seguro criterio desentrañar el oscuro fondo de este problema. Aceptables son las bases de entrambas opiniones; pero no deja de tener la primera algunos puntos vulnerables. Si se atiende meramente al resultado y al conjunto de las páginas guerreras de aquellas épocas, parece cosa indubitada la mayor aptitud y tendencia belicosa de la Tarraconenses y Lusitania sobre la Bética; pero si se examinan detalladamente las condiciones topográficas y geográficas de las tres provincias; si se parangonan los padecimientos que á cada una la guerra trajo; si se pesa lo que cada cual de ellas perdía ó ganaba en la lucha, si se numeran los hechos parciales de levantamientos y sublevaciones, se avaloran las circunstancias en que tuvieron lugar y motivo, y se suman los días de lucha, de desastre, de exacciones, de fatigas y de exterminio que por las tres provincias pasaron, quizás la balanza, después de vacilar en el fiel, marcará tendencia bética. Sucumbió primero, es cierto; pero esto quizás no pruebe otra cosa que la armonía perfecta entre la universalidad y la individualidad de su raza. Una frase vulgar, bastante gráfica por cierto, podrá explicarnos esta idea mejor que una disertación extensa. Dice esta frase, aplicada á esas naturalezas precoces, que tanto abundan en las regiones andaluzas, y tan prematuramente languidecen y mueren: «ha vivido muy deprisa.» Pues bien: la Bética «vivió muy deprisa»: es decir, que recorrió la misma ó mayor jornada en menos tiempo que las otras provincias. Esta conclusión no puede, sin embargo, aplicarse en absoluto á toda la región andaluza en una época en que no existía unidad de miras, ni de intereses, ni de carácter, ni de costumbres, ni de criterio social. La división, el aislamiento y las independencias

locales y regionales predominaban; y por consiguiente los desenvolvimientos sociales, materiales y políticos tenían lugar, según los territorios y los acontecimientos, en épocas y circunstancias diversas. Bien meditado el problema puede deducirse del exámen concienzudo de sus factores esta solución.—Los triunfos de las armas romanas eran más fáciles y menos costosos en la totalidad de la región bética que en las regiones de las otras provincias; pero las conspiraciones ocultas, los alzamientos y las sublevaciones parciales eran á la vez más fáciles, frecuentes y repetidas en la primera que en las segundas.—Es decir, en éstas habría más tesón y más energía; en aquella más inquietud, más impresionabilidad y más predisposición á los cambios.

Es muy posible que Octavio en su alta penetración comprendiera esta manera de ser de nuestra región, y entregando las riendas de su gobierno al Senado, á la vez que alhagaba la vanidad de éste, destruía los pretextos de nuevas inquietudes; se evitaba la molestia de ellas, y dejaba á aquella sombra de soberanía popular, llamada Senado, la pueril satisfacción de administrar alguna provincia y la responsabilidad de su propia gestión.

Esta serie de consideraciones y el fenómeno de la permanencia de carácter en determinado territorio, idea ya tocada que en otro lugar tendrá explicación cumplida, inclinanme á la segunda solución, medianamente aceptable en la mayor parte de la región bética, y perfectamente sostenible en la comarca antequerana.

En ocasión oportuna se consignarán de esta afirmación las pruebas necesarias, si no para justificar el móvil, para evidenciar la permanencia del fenómeno.

La narración de sucesos reclama nuevamente nuestra atención.

Sucede á Octavio el sanguinario Tiberio; primer monstruo imperial, de los muchos que Roma amamantó en su seno para azote de la humanidad y escándalo de la Historia. A su madre, Julia Augusta, se erigió estatua en Antequera por Marco Cornelio Próculo, pontífice, en ella, de los césares; según se prueba por el siguiente epigrafe que los mármoles antikarienses nos han conservado.

IVLIAE·AVG·DRVSI·*fil-DIVI·aug.*
 MATRI·TI·CAESARIS·AVG·PRINCIPIS
 ET·CONSERVATORIS·ET·DRVSI·GER
 MANICI·*genitrici*·ORBIS
 M·CORNELIVS·PROCVLVS
 PONTIFEX·CAESARVM (5)

Esta inscripcion y muchas más, de que despues se dará conocimiento, han sido publicadas por varios autores con variantes y errores de importancia, que de unos en otros se han ido trasmitiendo. En esta obra se sigue el texto del Dr. Hübner, á quien el autor de ella acompañó en sus investigaciones epigráficas por la comarca, sacando calcos, que conserva, de las mas importantes lápidas. Era Antequera el único punto de España, donde existia Colegio de Pontífices de los Césares; y el epigrafe trascrito nos ha conservado el nombre de uno de esos pontífices. (6)

Sucedén á Tiberio Calígula, Cláudio, Nero, Galba y Otho, en cuyo tiempo se localiza la residencia de los conventos jurídicos, especie de tribunales de justicia parecidos á nuestras actuales audiencias, y se establece la division territorial, que designaba las poblaciones comprendidas en cada uno de estos conventos. Cuatro de ellos comprendia la Bética: el Cordubense, el Hispalense, el Gaditano y el Astigitano, al cual, establecido en Écija, pertenecia Antequera y la mayor parte de la provincia de Málaga.

Estos tribunales, compuestos de la gente mas granada del país y presididos por el gefe romano de la provincia, (7) existian, segun parece, desde la época de Octavio, y aun antes quizás, pero sin localidad determinada, donde ejercer sus funciones, sino con residencia accidental y movable al capricho del pretor. Fué pues un progreso y laudable determinacion la de Otho, que produjo los beneficiosos resultados de

la mayor seguridad y comodidad de los litigantes, evitándoles molestias y aminorando los abusos á que se prestaba la facultad de los pretores para mudar la residencia cuantas veces placia á su capricho.

Muere por el suicidio este príncipe, á quien tantos beneficios debió la Bética, el 14 de Abril del año 69 de J. C.; declarando que se daba la muerte, no por la vergüenza de su derrota, acaecida el dia antes en Bedriaco, sino por no ser causa de que se continuase derramando sangre romana.

Ocupa el trono su competidor Vitelio, monstruo de glotoneria é infamante memoria, que muere á los ocho meses despedazado por el populacho, sin que durante su reinado puedan historiar estas comarcas otra cosa, mas que las agitaciones militares que desde Roma irradiaban á las mas apartadas provincias del imperio.

Afortunadamente para ellas, se eleva al solio Vespasiano el justo, el virtuoso, el reformador incansable y decidido protector de España. Nuestras comarcas le deben grandes vias de comunicacion, monumentos, puentes, y la consolidacion del derecho del Lacio, que dió á los naturales de toda la Península.

Antequera, agradecida á sus beneficios, le erigió estátua por decreto de los decuriones. Hé aquí la inscripcion que testimonia el acto y el duunvir que dedica el monumento.

IMP·CAESARI
VESPASIANO AVGVSTO
PONT·MAX·TRIB
POT·VIII·IMP·XIII
COS·VIII·PP

L·PORCIVS SABELLVS II·VIR

PECVNIA SVA·D·D·D (8)

Durante su reinado recorre como cuestor nuestras co-

marcas Cayo Plinio, *el mayor*, recogiendo en ellas riquísimos datos para su gran obra *Historia Natural*, y dejando por doquiera, que pasaba, gratos recuerdos de su bondadoso carácter y justa y sabia administración.

Sucédele el año 79 de J. C., su hijo Tito, el destructor de Jerusalén, el que dejó muertos en aquella guerra, según Favio Josefo (9) más de un millón de hombres, y esparció por el imperio noventa y siete mil cautivos, tocando á Mérida recibir en su seno los primeros judíos que pisaron la Península. Este príncipe, al que España llamó glorioso, y apellidó su época *Delicias del género humano*, murió á los dos años, sin que nuestra comarca pueda registrar durante su imperio suceso alguno de importancia.

Viste luego la púrpura Domiciano el odioso, el cruel, el sanguinario; aquel monstruo de iniquidad, cuyo nombre fué borrado de los monumentos y sus estatuas derribadas de sus pedestales, tan pronto como su muerte permitió al Senado sacudir el terror que le infundía y expedir aquel decreto célebre. Nuestras comarcas sufrieron su tiranía y las depredaciones de su procónsul; pero no las sufrieron en silencio, sino protestando y elevando una petición al Senado contra los atropellos y las injusticias de que eran víctimas. Esta protesta dió ocasión y motivo á la enérgica defensa que de los intereses de la Bética hicieron Plinio *el joven* y el andaluz Erenio Senecion, consiguiendo con su elocuencia y desición la condena del delincuente y la confiscación de sus bienes.

No era la primera vez que esto ocurría en nuestras comarcas durante el imperio. Ya se habían levantado en tiempo de Tiberio, irritadas con las rapiñas y arbitrariedades de Bibio Sereno, gobernador de la Bética por exigencia y recomendación del déspota. El Senado halló las quejas plenamente justificadas, y Bibio fué condenado á destierro; pero Tiberio, resentido, oprimió y vejó cuantas veces pudo á los patricios andaluces.

La insoportable tiranía de Neron produjo otro alzamiento, y en las regiones andaluzas se proclamó emperador á Galba. Si en el primero de estos alzamientos tomó parte activa Antequera, hecho es, hasta hoy ignorado; pero del segundo

queda una imperecedora página escrita en mármol.

Pocos pueblos podrán ostentarla parecida, porque pocos son los que en épocas de tiranía se atreven, no ya á conspirar en la sombra, ni á lanzarse al campo del combate con las armas en la mano, sino á levantar en monumento imperecedero su protesta y su profesion de fé. Y esto fué lo que Antequera hizo, alzando una estatua á la libertad y grabando en su base la siguiente inscripcion:

LIBERTATIS
AVG·SIGNUM·CVM
SVA·BASI·C·FABIVS·C·F·QVIR·FABIANVS
PECVNIA·SVA·D·D

Volvamos á Domiciano.

Entre las arbitrariedades de aquel déspota hay una medida de bastante trascendencia para nuestra comarca, y con la cual se relaciona, al parecer, uno de los mas importantes epígrafes oscuenses traído á Antequera desde las ruinas de aquel célebre y cercano municipio, por los años de 1580 á 1585. Segun Suetonio, habiendo notado Domiciano *«la gran abundancia de vino y la escasez de cereales juzgó que el excesivo cultivo de la vid producía el que no fuese atendido el del trigo y en su consecuencia mandó que en Italia nadie plantase viña nueva, y que en las provincias se cortase la ya puesta, en términos que en donde más se dejase la mitad»* (10). Aunque el edicto imperial no fué rigurosamente cumplido, se desceparon sin embargo muchas viñas, decayendo extraordinariamente este importante ramo de producción y comercio en muchas comarcas y probablemente en las nuestras.

Hé aquí el epígrafe de que antes se ha hecho mencion:

P·MAGNIO·Q·F·QVIR·RVFO
 MAGONIANO·TR·MIL·III
 PROC·AVG·XX·HER·PER·HISP·BAET·
 ET·LVSITAN·ITEM·PROC·AVG·
 PER·BAETIC·AD·FAL·VEGET·
 ITEM·PROC·AVG·PROV·BAETIC·AD
 DVCEN·ACILI·PLEC·AMICO·OPTIMO
 ET·BENE·DE·PROVINCIA·
 SEMPER·MERITO·D·D·

El airoso pedestal que esta inscripcion contiene se conserva original en el Arco de los Gigantes. Equivocadamente interpretadas algunas de sus frases por casi todos los autores que de este monumento hicieron mencion expresa, no aparecia con importancia alguna, hasta que hace pocos años fué estudiado en el original y en esmerados calcos por algunos antiquarios nacionales y extranjeros (11). Entonces las frases PROC·AVG·PER·BAETIC·AD·FAL·VEGET· se completaron de este modo: PROCurator AVGuſti PER BAETICam AD·FALernas VEGETandas; y resultó de la nueva lectura un hecho completamente desconocido: que Publio Magnio Rufo Magoniano habia venido á estas comarcas con el cargo de *procurador imperial para la aclimatacion de las vides de Falerno en la Bética*. «Lo que no se sabe con figeza, dice un autor moderno, (12) es si con anterioridad al edicto de Domiciano se cultivaba la vid en estas comarcas, si el mandato imperial fué en ellas puntualmente obedecido y si Publio Magnio Rufo Magoniano vino á reparar el daño causado con este motivo, ó bien fué anterior á dicho Soberano, y el primero que dió impulso y desarrollo á la viñería en los fértiles campos de la Bética.»

Efectivamente no consta si este enviado vino á reparar

los males causados por Domiciano ó, antes que ese emperador, á impulsar y desarrollar la viñería; pero siendo un hecho probado el cultivo de la vid en la Bética con mucha anterioridad á la época del sucesor de Tito, por mas que el respetable autor citado lo ponga en duda, no será aventurado el creer, que la mision del procurador imperial fué la de reparar el daño. Lo que no puede ni aun conjeturarse es si las vides falernas existieron antes de la venida de Publio y él las restauró y propagó, ó si era esa especie aquí desconocida y el citado personage fué el que la introdujo y aclimató.

De cualquier modo, este monumento epigráfico nos dá á conocer «la ascendencia que puede señalarse á nuestro vino, tan afamado antes, cuando el estraviado espíritu de especulacion no lo habia sugetado á torpes adulteraciones.» (13)

Muere Domiciano, asesinado por sus propios servidores el año 96 de J. C., y entra á sucederle el anciano Nerva, bajo cuyo imperio prosperan nuestras comarcas, cunden las ideas de tolerancia religiosa, se emprende la construccion de notables monumentos y se prohíbe terminantemente, por medio de un edicto, procesar á los cristianos por causa de sus creencias. Para coronar su breve pero tranquilo y beneficioso reinado, adopta y nombra por sucesor al andaluz Marco Ulpio Trajano, «primer extranjero que vistió el manto de púrpura de los Césares en Roma, de la misma manera que andaluz fué tambien el primer extranjero, Balbo, que obtuvo en Roma los honores del triunfo.» (14)

Conocidos son los beneficios que á todo el Imperio, á España, y especialmente á Andalucía, dispensó aquel soberano, que algunos siglos despues de su muerte todavia se evocaba como modelo de príncipes. Soberbias obras públicas, lujosos monumentos, sabias leyes, libertad de pensamiento, ejemplos de moderacion y templanza y triunfos militares contra los Partos, los Asirios y los Dacios son las huellas gloriosas que señalan su paso por el imperio.

La comarca antequerana perpetuó su agradecimiento y afecto á *el mejor de los príncipes*, como le llamó su época, erigiéndole estátuas en Aratispi y Nescania, (Cauche y el Valle.)

Incrustado en un ángulo de la torre del primero de estos pueblos se conserva el pedestal en que aquella se alzaba, y en él se lee la inscripción siguiente:

IMP·CAESARI·DIVI·NERVAE·F·
 DIVO·TRIANO·OPTVMO
 AVG·GERM·DACICO·PARTHICO
 PONTIF·MAX·TRIB·POTEST·XXI·IMP·
 XII·COS·VI·PATER·PATRIAE·OPTVMO·
 MAXVMOQVE·PRINCIP·CON
 SERVATORI·GENERIS·HVMANI
 RES·PVBLICA ARATISPITANORVM
 DECREVIT·DIVO·DEDICAYIT

La de Nescania dice así:

IMP·CAESARI
 DIVI·NERVAE·F· *Ncr*
 TRAIARNO·AVG
 GER·DACICO
 PONT·MAX·TRIB
 POT·XIII·IMP·VI·COS·VI
 PP·OPTVMO·MAXVMOQVE
 PRINCIPI·NESCA
 NIENSES·DD·

No faltaron, sin embargo, en la época de este esclarecido príncipe motivos de fundadas quejas y conatos de se-

dicion. Por los años 98 de J. C., era procónsul de la Bética Cecilio Clásico, hombre avaro, vicioso y audaz, que acaparó tesoros y riquezas sin cuento, oprimiendo y esquilmando los pueblos que administraba. Sus rapiñas é ilegales y arbitrarias exacciones agotaron la paciencia de las comarcas andaluzas, que resueltas á no tolerar mas audacia tanta, elevaron al Senado sus protestas y reclamaciones. Defendió la causa de nuestras comarcas Plinio, el Joven, sobrino del célebre naturalista; y tan fundadas eran las quejas, y tan enérgico y hábil estuvo el defensor, que el culpable, avergonzado, acudió al suicidio, por no sobrevivir á su afrenta. Los tesoros robados fueron devueltos, y los cómplices y encubridores condenados á destierro.

El año 117 de J. C., muere Trajano, dejando el cetro, que empuñara diez y nueve años, á otro andaluz; á Elio Adriano, mezcla de grandeza y pequeñez, de ciencia y superficialidad. No registra la historia local hecho alguno de importancia en nuestra comarca, durante su mando, á no ser que Antequera fuese tambien agraciada en el perdon de los tributos atrasados, que otorgó á la region bética, á su paso por ella, por los años 120 á 130 de J. C. Alguna prueba de munificencia quizás dejara, cuando Aratisperi y Singilia (Cauche y el cortijo del Castillon) le levantaron estatuas.

Hé aquí los monumentos epigráficos que nos han transmitido el hecho. El de Aratisperi dice:

IMP
 CAESARI DIVI
 TRAIANI PARTHICI F.
 DIVI NERVAE NEPOTI
 TRAIANO HADRIANO
 AVG PONTIFICI MAX
 TRIB POTEST XII COS III P P
 RES P ARATISPITANA
 D D

Se encuentra esta inscripcion original en la torre de la iglesia de Cauche.

La de Singilia, que á continuacion se inserta, puede verse en el Arco de los Gigantes de esta ciudad

IM CAES·DIV·TRAIANI
 PARTHICI·F·DIVI·NER
 AE·N·TRAIANO·HADRIANO
 AVG·P·M·TRIB·POT·VI·IMP·VI
 COS·III·P·P·M·ACLIVS·C·F·QVIR·RVG·A·SING
 DE·SVA·P·D·D

Muere Adriano el 138 de J. C., y le sucede Antonino Pio que impera mas de cuarenta años, dando á los pueblos que gobierna durante tan largo periodo tranquilidad y bien estar sin tasa.

El 161 muere, y entra á regir el imperio Marco Aurelio, *el filósofo*, escelente principe y experto general, procedente de familia andaluza. En su reinado tuvo lugar en la comarca antequerana un suceso de extraordinaria importancia, que merece detallada mencion.

Sarracenos, moros ó mauritanos, (que con todas estas denominaciones los designan autores varios,) formaban las feroces tribus africanas, que las armas de Roma habian empujado sobre las cordilleras del Atlas en la época de Antonino Pio. A los diez años de imperar Aureli rebasan la línea romana, pisan las costas, cruzan el estrecho, abordan las playas de esta provincia, se internan y, tras devastadoras correrias, ponen sitio formal á la rica y populosa Singilia, á esa preclara ciudad, cuyas venerables y destrozadas ruinas pueden todavia contemplarse en el cortijo del Castillon, á una legua de Antequera. Singilia resiste enérgica el *dilatado sitio*, mantiene á raya á las feroces hordas que ha-

vian esparcido el terror en la provincia, y da tiempo con su valor, y su constancia á que acudan fuerzas en su socorro.

A el procurador imperial en la Bética, G. Vallio Maxumiano cupo la gloria de reunir y mandar estas fuerzas, libertad con ellas la populosa ciudad sitiada, derrotar las bandas invasoras y obligarlas á buscar precipitadamente el refugio de sus naves, que abandonaron las costas béticas con rumbo á las africanas.

Declaró el municipio singiliense su patrono al que acababa de ser su libertador, y le erigió estatua sobre una gruesa columna de mármol rojo, en la que se gravó esta inscripcion importantísima.

G·VALLIO MAXVMIANO
 PROC·AVGG· E·V
 ORDO SINGIL BARB·
 OB MVNICIPIUM
 DIVTINA·OBSIDIONE
 ET BELLO MAVRORVM
 LIBERATVM
 PATRONÓ
 CVRANTIBVS
 G·FAB·RVSTICO ET
 L·AEMIL·PONTIANO

El original de esta inscripcion, tan importante en la esfera histórica, se encuentra perfectamente conservado en la casa que habita D. Javier de Rojas en esta ciudad, calle de la Carrera. De él ha sido recientemente sacada esta copia con escrupulosidad suma, á fin de evitar los errores y las omisiones con que aparece en casi todos los libros y manuscritos que la insertan. Pueden consultarse tambien como traslados fieles de este célebre monumento epigráfico los que

incluyen el Doctor Berlanga en sus **MONUMENTOS HISTÓRICOS DEL MUNICIPIO FLAVIO MALACITANO**, y el Doctor Hübner en el **C. I. L. II. 215**. No tuvo este sabio alemán ocasión de consultar el monumento auténtico cuando los de Antequera y su comarca, pero pocos días después le fueron entregados por el autor de este libro calcos esmerados, en los que hizo idéntica lectura á la que acaba de consignarse.

Con la verdadera lección de este epigrafe la historia hispana, no ya meramente la local, se ha enriquecido; puesto que marca la época y revela la importancia de la primera invasión de los moros en la península española. Y téngase en cuenta, que no es una mera algarada ó correría mas ó menos afortunada y rápida, no: es una verdadera campaña: **BELLO MAVRORVM**; y una compañía con elementos importantes y numerosa hueste; pues no de otro modo se concibe que se atreviesen á atacar, asediar y prolongar el sitio de tan importante y bien defendida plaza como Singilia. Y que lo prolongaron, la inscripción lo prueba: **DIVTINA OBSIDIONE**.

Fué pues la comarca antequerana el primer teatro de la guerra de los moros en la Andalucía: qué parte tuviera la localidad en aquella lucha, se ignora; pero, no constando en documento alguna que Antikaria fuese asaltada, invadida, ni aún sitiada, es de presumir que el turbion africano pasara como devastador torrente por sus campos, lamiendo impotente el pié riscoso de sus fuertes muros y almenadas torres.

Muere Marco Aurelio el 180 de la era cristiana, y muere con él el periodo de prosperidad y grandeza que inaugurara Vespasiano: periodo en que la paz y la justicia reinaron; y como consecuencia de ello, la riqueza y el bien estar cundieron por la dilatada estencion del imperio, y muy señaladamente por las regiones andaluzas, donde la agricultura, el comercio y la industria florecieron con toda la exuberante lozanía de tan fértil zona.

A partir de esta época, la escena cambia por completo, y el primer actor que se presenta al mundo lleno de lodo y sangre es Cómodo, hijo y sucesor del virtuoso Aurelio. Siguenle Pertinax y Didio Juliano que mueren asesinados. Vie-

nen en pos Septimio Severo, el cruel perseguidor de los cristianos, Caracalla, el fratricida, Macrino, que lo asesina y muere á su vez asesinado; y para digna coronacion de ese edificio de la maldad y del crimen aparece Heliogábalo, el mas repugnante monstruo de lujuria, afeminacion y desenfreno; que todo lo corrompe, mancha y envilece.

Descansa Roma y las provincias de aquella agitacion de cerca de medio siglo, al ocupar el solio Alejandro Severo. Este príncipe ilustrado, que no pudo, á pesar de su empeño, contener los dos torrentes que amenazaban el imperio, (la corrupcion y los bárbaros,) dictó sin embargo sabias medidas y colocó en los gobiernos probos representantes, que dieron dias de ventura y sosiego á nuestras provincias. Pero muere asesinado por el godo Máximo, que perece del mismo modo en 238 de J. C.

Desde Máximo hasta Valeriano, (que ocupa el solio el año 259 de nuestra era, vence á los godos y es luego vencido por Sapor al año siguiente,) media un periodo de crímenes, debilidades y confusion histórica, en el que nada importante puede recolectarse para aumentar el rico tesoro de nuestros anales patrios. En la época de este desgraciado príncipe los bárbaros se desbordan: su hijo y sucesor Galieno los vence: muere éste desastrosamente en 268 de J. C. y sube Cláudio al solio de los césares. Pero nada importante para nuestra comarca registra la historia en su reinado, ni en los que siguieron, hasta Probo, que derogó el edicto de Domiciano sobre las viñas, mejoró la administracion, fomentó las obras públicas, derrotó á los bárbaros que habian penetrado en las Galias, abrió numerosas vias de comunicacion, y pronunció aquella célebre frase, tan extraña en los lábios de un soberano de sns tiempos: «Si los dioses me conceden vida, pronto el imperio *no necesitará soldados.*» (15)

Pasan en pos, sin dejar rastro, que indique sus pasos, Caro, Carino y Numeriano; y aparece el astuto y pérfido Diocleciano, que durante dos años consecutivos riega con la sangre de los mártires este suelo privilegiado, en que tan fecundo desarrollo encontrara la divina semilla esparcida por los discípulos de Jesús.

Es inútil seguir reseñando la agonía del coloso imperial.

Las últimas agitaciones de aquel cuerpo de crépito y corrompido irradiaban hasta sus más lejanas extremidades, y las ruinas, la sangre, el vicio, el más repugnante cinismo y una enervación física y moral, que llegaba hasta el aplastamiento del paciente, eran por todas partes los síntomas determinantes de su inmediata disolución. Si la degradación no llegó en la Bética á la repugnante altura que en Roma, cuestión es aún no perfectamente dilucidada, pero hay fundados motivos para inclinar de este lado la opinión.

Al tratar más adelante del cristianismo y de las invasiones, habrá ocasión de presenciar los últimos momentos de prolongada agonía de aquel imperio que abarcaba el mundo.

Más como ya en esos momentos, la historia adquiere tan diversa fisonomía, antes de abandonar el verdadero y característico período romano, conviene dar á conocer más detalladamente nuestra localidad romana, y completar el cuadro con una ligera reseña de los demás municipios que, en su término é inmediaciones, por aquellas épocas florecieron.

Esto, y algunas consideraciones sobre el estado social de la comarca desde que en ella se asentó la civilización de Roma, cerrarán este importantísimo período de la historia patria.

III.

Antikaria.

Se ha disertado prolijamente por varios escritores, no ya sobre el pueblo ó caudillo que echara los cimientos á esta ciudad antiquísima, sino acerca de la verdadera etimología, significación y construcción del nombre que ostenta. Si en lo primero ha llegado el excesivo afán de lejanos abolenos hasta atribuir su fundación á Hércules egipcio, (16) sin más fundamento que el hallazgo de una estatua de aquella di-

vinidad; en cuanto al nombre no han sido menores las exageraciones que ese mismo afán ha lanzado en el campo de las conjeturas, produciendo perturbaciones históricas de consideración, por muchos escritores y durante mucho tiempo sostenidas. Cuando el principio de autoridad en materia de letras predominaba sobre las conciencias, y el *magister dixit* era una especie de veto sagrado, ante el cual retrocedía sumiso el criterio individual, el libre exámen venía á ser una especie de profanación que arredraba al más osado, y los errores se transmitían y perpetuaban. Hubo, pues, un reverendo padre, Fray Francisco de Cabrera, hombre indudablemente estudioso y docto, que en su «Historia de Antequera» atribuyó á aquel héroe mitológico la fundación de esta ciudad. Muchos, de los que en pos de él escribieron, apadrinaron su gratuita afirmación, y mantuvieron, no solo esa creencia destituida de fundamento, sino la existencia de dos Antequeras sucesivas, la *vieja* y la *nueva*; fundada la primera, con el nombre de Singilia, en el paraje que hoy ocupa el cortijo del Castillon, arruinose, no se sabe como ni cuando, y fué edificada la nueva con los restos de aquella en el cerro, donde aún se alzan el árabe castillo y aporcelladas torres que dominan todavía nuestra ciudad. Pero ni dicen cuando esto ocurriera, ni manifiestan la causa de haber desaparecido la antigua, sin dejar más que restos, ni emiten prueba alguna que justifique el hecho de haberse con aquellos restos fundado la nueva población.

Esta opinión, á todas luces insostenible, ha cundido, sin embargo, extraordinariamente, llegando hasta ser apadrinada en nuestros días por hombres doctos de innegable y reconocida ilustración; pudiéndose citar entre otros al clásico é inspirado poeta D. Juan Capitan. En un soneto, inserto en el tomo 1.º de sus poesías, Jeréz (1856) se lee lo siguiente:

«Hay por el tiempo un muro desgastado,
Dó, colonia de Cariós, Antequera
De *Singilia* y *Nescania* fué heredera
Y creció con arábigo legado.»

La crítica moderna ha hecho ya patente el error, probando que no hay tal sucesion, sino por el contrario coexistencia de ambas poblaciones con absoluta independenciá y separacion municipal. Las inscripciones, que de una y otra se conservan, pueden convencer plenísimamente á cualquiera que se tome el trabajo de estudiarlas, y puede de este estudio deducirse con grandes probabilidades de acierto una mayor antigüedad á Antequera que á Singilia. En el curso de esta obra, y en el exámen, que de los monumentos epigráficos de la comarca se ha de hacer en lugar oportuno, tendrá cumplida probanza la indicacion recientemente consignada, acerca de la respectiva antigüedad de cada uno de estos municipios. Por ahora basta con dejar asentado su diversidad y coexistencia; que ocasion es ya de examinar cuanto acerca del nombre de Antikaria se encuentra en los escritores que mas directamente se han ocupado del asunto.

Llámanla autores antiguos Antiquaria, nombre que traducen ó interpretan por «Conservadora de Antigüedades,» citando en apoyo de tal parecer el verso de Juvenal: *Ignotos que mihi tenet Antiquaria versus*; y, como concluyente probanza, la circunstancia de haberse fundado Antequera con las ruinas de otros cuatro municipios, que segun el Padre Mariana, eran Singilia, Nescania, Anzia é Iluro. (17) Acerca de esta herencia de ruinas hase ya dicho lo suficiente, y en otro lugar se dirá lo sobrado, para que por ahora no haya necesidad de tocar nuevamente tan envejecido asunto.

En su obra ya citada, opina el Padre Cabrera, y otros muchos con él, que el nombre de Antequera es «deducido por corruptela de *Anzia aquaria*; á lo cual no estorba que haya habido otra ciudad llamada Anzia, y que Antequera se llamase Anzia tambien, añadiéndole por distincion *Aquaria*, por la abundancia de aguas que gozaban y gozan sus términos.....» para diferenciarla «de otra Anzia, ya destruida, de quien hace mencion Mariana, lib. 17 cap. 5.» (18) Con probar que jamás por estos contornos ha existido ciudad alguna con el nombre de Anzia, queda destruida por completo la conjetura y anulada la etimología.

Y la prueba es fácil.

El error ha procedido de la mala lectura de los mármoles antikarienses, y de haber tomado varios anticuarios, como original, una lápida, relativamente moderna, en la que se habia copiado con escaso esmero una inscripcion antiquísima: quizás la primera que en sus plazas erigiese el municipio de Antikaria. Ya en los años de 1790 á 1794 un sabio antequerano, que ocultaba su nombre con el sendónimo *Bebrinzaez*, (19) corrigió á Cabrera y demás es critores que su opinion siguieron; y con razonada y profunda critica rebatió el error, consignando, que «Antequera ocupó antiguamente el recinto que hoy ciñen por partes sus murallas, capáz de dos á tres mil vecinos, sin incluir sus arrabales, cuyos vestigios se conocen aún *extra Muros* á Levante y Poniente del Castillo, y en todo el sitio que llaman de *Martin Anton* y Hermita de *Santa Lucia*, como tambien al rededor de la *Virgen de la Cabeza* y sitio de *Capuchinos Viejos*. En todos estos parages se descubren con frecuencia pedazos de Ladrillos, Cántaros, Tejos y otros vestigios de los tiempos del alto Imperio, que sirven de guia á los Anticuarios para conocer la antigüedad de las obras; y dentro de las Murallas mismas junto á la iglesia de *San Salvador*, así por la parte del Sur, como por la de Levante, se vén aún grandes pedazos de *Hormazos* del tiempo de los antiguos Españoles, verdes ya con el tiempo, y mas difíciles de romper que la piedra de mayor dureza.»

«A esto se llegan otros irrefragables monumentos de haber estado siempre aquí Antequera, sin haberse llamado nunca ANCIO, ni SINGILIA. Su verdadero nombre fué ANTÍKARIA, que consta del Itinerario de Antonino, y de su Medalla, que estampó el P. M. Flores, Tab. LL. n. 6. Esto tambien confirman varias de sus Inscripciones, halladas allí mismo, ú muy inmediato á sus antiguos Muros....» El párrafo que literalmente acaba de copiarse pertenece al docto escritor Sanchez Sobrino, anteriormente citado, y se halla á la página 115 y 116 de su «Viage topográfico desde Granada á Lisboa.» Este sabio antequerano, á pesar de no haber tenido á la vista la inscripcion original que desvanece todas las dudas, y haber tomado por auténtica una copia defectuosa, vió muy claro con su buen criterio, y leyó ANTÍKARIA,

donde otros reputados escritores habian creído poder leer ANTIAE.

La base en que este sabio funda su opinion es, como se vé, la concordancia del Itinerario de Antonino con la medalla del P. M. Flores; medalla que él mismo vió y examinó detenidamente, por lo cual, dice: *«puedo deponer sobre su legitimidad, é integridad perfecta en cuanto al nombre ANTIK, é Antikaria:»* (20) Aun cuando la critica moderna rechaza la autenticidad de esta medalla, que muchos tienen por apócrifa, sin que falte quien crea en la existencia de otras con el mismo nombre, queda otro monumento de todo punto irrefragable, y es la inscripcion, á que anteriormente se ha aludido, que á continuacion se inserta, y que á todas horas puede verse original incrustada en un ángulo de la fachada lateral izquierda de la iglesia parroquial de Santa Maria.

GENIO
MUNICIPII ANTIK
IVLIA·M·F·CORNELIA
MATERNA MATER
M·COR·AGRICOLAE
TESTAMENTO·POIVI
IVSSIT.

Como se vé, el ANTIK. está perfectamente claro é indubitado. La forma de la K en el original, aunque usada en epigrafia, y conocida por cuantos á esta clase de estudios se dedican, no es sin embargo la usual y corriente; y esto indudablemente dió motivo á que copistas, poco versados en la interpretacion de los monumentos epigráficos, creyeran ver en esa K, extraña para ellos, no un signo completo, sino un residuo deteriorado del diptongo AE, y leyeran, en su consecuencia, ATIAE; creando de esta manera un municipio

imaginario que jamás ha tenido existencia real. Otros, á causa de lo desgastado de la lápida, no vieron, ni la K, ni los residuos del diptongo, y trasladaron mutilado el texto, poniendo exclusivamente ANTI; pero procediendo con diferente criterio, á pesar de apoyarse en la misma base, los más, como el P. Cabrera, leyeron ANTI^{ae}, y los ménos, como Bebrinzaez, ANTI^k. Hoy el problema está perfectamente resuelto: los estudios hechos sobre el original por los doctores Hübner y Berlanga y los calcos y minuciosas copias sacadas por el autor de este libro no dejan lugar á dudas. Antikaria, con esta inscripcion y con otras dos que á continuación se insertaran, ha recobrado su perfecta y antigua denominación, desvaneciéndose por completo las sombras que la envolvian.

Hé aqui las otras dos inscripciones que corroboran y evidencian la anterior, á la que algunos escritores dan la primacia sobre todas las de la localidad en el orden cronológico.

P·QVINTIO·P·F·

HOSPITI ANTIK·

HOSPITALIS F

P·QVINTIVS HOSPITALIS

D·S·P D·D· (21)

QVINTIAE·P·F·GALLAE

ANTI^k·HOSPITALIS·F·

P·QVINTIVS·HOSPITALIS

D·S·P·D·D·

El anonimo de Solana, la historia m. s. de Cabrera y otros muchos escritores de los dos últimos siglos cambian

el ANTIK de estas dos inscripciones en ANTIAE; pero como ya sobre esto se ha dicho lo muy suficiente, al tratar de la inscripcion anterior, no hay necesidad de insistir en el asunto.

Queda, pues, demostrada la autenticidad del nombre Antikaria, sin los ablenços, ni composiciones que durante mucho tiempo se aceptaron como verdades ó fundadisimas conjeturas. Faltamos ahora indagar, si para ello hay términos hábiles, la etimología de esta denominacion, hoy ya completamente indubitada; por mas que otra cosa se lea en las lápidas del Arco de los Gigantes. Copias equivocadas, que las mas de ellas son, no pueden fundamentar una opinion seria.

La combinacion de Antia y Acuaría, ya se ha visto que es insostenible.

La opinion de Covarrubias, que en su «Tesoro de la Lengua Española» supone haberle dado los moros el nombre de Antequera, que significa *la victoriosa y exelente*, es igualmente inadmisibie, puesto que ya desde la época romana es conocida con ese nombre.

Restan dos opiniones que son las mas sostenidas y menos destituidas de fundamento, aunque ninguno de los autores que las sostienen escribe Antikaria, sino Antiquaria. Segun unos, este nombre significa, *conservadora de antigüedades*; y cuádrale bien, añaden, por haber acopiado en su recinto lápidas, estátuas, monumentos y restos abundantes de los municipios anteriormente nombrados, que segun estos autores preexistieron á la fundacion de Antequera. Esta preexistencia, ruina y heredamiento probado queda que es suposicion gratuita; pero, aún así, se sostiene por algunos la etimología; haciendo observar: que, aún cuando no guardara en su seno, al figurar ya con nombre indubitado, antigüedades romanas, las conservaba importantísimas de épocas anteriores; quedando como prueba de ello los vestigios primitivos, de que habla el autor del Viage Topográfico, y el monumento de imperecedera memoria, llamado Cueva de Menga.

Los sostenedores de la otra etimología afirman, que el nombre Antiquaria procede de ser debida la fundacion de esta ciudad á una colonia militar de veteranos, á los cuales

por aquellos tiempos no solo se daba la denominacion de *Veterani*, sino la de *Antiquari Milites*: y añaden que se pobló con esta tropa escogida «por ser esta (plaza) frontera contra los moros de África que pasaban á el Andalucía en tiempo de Romanos (como se probará adelante largamente en la explicacion de la piedra que comienza: G.VALLIO-MAXVMIA-NO.)» (22) Ya de ella tiene el lector conocimiento por lo que aparece en la pag. 73 de este libro. Juzgue ahora, segun su criterio, lo que más acertado presuma; pues sin datos suficientes para evidenciar una solucion determinada, es forzoso permanecer en el campo de las conjeturas, sin extralimitarse en aventuradas excursiones, interin la clara luz de las verdades históricas no ilumine las oscuras sendas de lo desconocido.

Tenemos una denominación indubitada, dos explicaciones etimológicas no despreciables de ese nombre, la certeza de haber coexistido este municipio con los que algunos escritores suponen que le precedieron y la conviccion profunda de su remota antigüedad. Cual fuera esta, ya considerada independientemente, ya con relacion á las demas poblaciones comarcanas, ni está averiguado, ni parece factible indagarlo en el primer concepto, ni posible probarlo en el segundo; por mas que en la esfera puramente conjetural pueda aventurarse algo en pró de la mayor antigüedad de nuestro pueblo. Que de los primitivos pobladores de la Bética quedan elocuentes vestigios en nuestra localidad, dicho está ya en varios parages de esta obra y últimamente en la página 79: que ni tan importantes ni tan indubitados se encuentran en los sitios que las otras ciudades romanas ocuparon, pruébanlo recientes excursiones, verificadas en varios puntos de la zona; pues ni las argamazas de Cauche, ni las rocas falladas del Castillon presentan en sus emborronados trazos caracteres perfectamente legibles. Con relacion, pues, á ese período en que comienza á alborear la Historia, Antequera, hasta hoy, ostenta indubitado derecho de prioridad. Ciñendo la investigacion á la época romana, la carencia de otros datos de mas clara determinacion cronológica obliga á recurrir al exámen de los epígrafes imperiales. Estos tambien acusau una mayor antigüedad en favor de Antequera; puesto

que ninguno de los demás municipios puede ostentar entre los suyos un monumento de esta clase que se eleve con certeza á época anterior á la venida de J. C., como lo ostenta Antequera en el que comienza LIVIAE-DRVSI; inserto en la pag. 64, y dedicado á Livia Drusila, mujer de Augusto y madre de Tiberio, nacida el año 56 antes de J. C. y muerta el 29 de nuestra era. Este *Ulises con faldas*, como la llamaba su nieto Calígula, fué durante mucho tiempo el árbitro absoluto de su marido, del imperio y del mundo. Antequera, al erigirle imperecedero monumento, no aduló á la emperatriz, honró al valor y al talento. No adula á poderosos el pueblo que en más calamitosas épocas erige estatua á la libertad: LIBERTATIS-AVG.

El exámen de los demás monumentos epigráficos podrá á lo sumo arrojar algunos reflejos dudosos y de claridad escasa en esta oscura noche de la historia local; mas no una intensa luz, que permita aventurarse entre las sombras, que, tal vez, se disipen un dia, pero que hoy permanecen aún bastante densas y casi impenetrables. El trabajo sería im-probo y el resultado de valia escasa.

Años más ó ménos en el pasado de una tan prolongada existencia suponen bien poco ciertamente: más importante es consignar la evolucion en el tiempo de esa laboriosa vida, cuyas glorias y pesares guarda en débiles ecos la Historia, testifican marmóreas páginas, se ocultan en las ignoradas tumbas que nuestras plantas huellan y el Solano esparce por los espacios en el polvo leve de sus carcomidos restos.

La historia de las vicisitudes y desasocios que, como uno de tantos, este pueblo sufriera durante la República y el Imperio, narrada queda en la rápida excursion que condensan los dos párrafos precedentes: la de su manera de ser en la esfera de la política y del derecho se consignará en el capítulo inmediato, al trazar á grandes razgos el estado social de la comarca: la de su vida y accidentes meramente locales se encuentra diluida y apenas puede extraerse en pequeñas y mal analizadas dosis de los restos monumentales y de los escasos, incompletos y esparcidos datos histórico-geográficos que el estudio de los antiguos escritores puede suministrarlos.

Su verdadero nombre, su antigüedad, su situación y la capacidad de su recinto consignados quedan ya.

Para aquilatar su importancia no hay datos suficientes, pero existen puntos de partida para el raciocinio. Examinemos rápidamente algunos.

A ser cierta, y desde luego es probable, la opinion que deduce el nombre de Antikaria de *Antiquari milites*, por haber poblado esta ciudad una colonia de veteranos, y la indicacion de considerarla en cierto modo como fronteriza de los moros africanos, segun queda anotado á la pag. 83; desde luego salta á la vista la importancia militar de la poblacion. Sabido es que estas COLONIAS MILITARES, inventadas por L. Sila, y continuadas por Julio César, Augusto y algunos más, se establecieron para premiar importantes servicios de las legiones de veteranos. Eran, á más de premio por servicios, descanso á las fatigas de una larga vida, llena de azares y peligros. El hecho, pues, de ser á un tiempo mismo descanso y premio hace brotar espontáneamente dos consideraciones que avaloran más y más las ventajosas condiciones de la localidad designada para el establecimiento de una colonia militar. Como premio no podia señalarse á los colonos un terreno estéril, insalubre, aislado y de importancia y valor escasos, sino, por el contrario, un parage fértil, salubre, risueño y situado en las mejores condiciones topográficas y climatológicas. Como descanso, no podia tampoco designarse una localidad desmantelada, abierta, sin buenas defensas naturales y artificiales dentro y fuera del murado recinto, sino, por el contrario, una plaza importante y bien defendida, que pudiese impunemente rechazar con éxito cualesquiera acometidas, asedios y ataques de toda clase de enemigos. Estos son conceptos aplicables á toda colonia militar: si la fundacion de la de Antikaria obedeció además al móvil de constituir aquí una especie de centinela avanzado contra los moros africanos, claro es que para que fuese descanso, sus muros, sus torres, sus defensas naturales, sus obras destacadas y sus atalayas debieron ser numerosas, formidables é importantísimas. Probable es que así lo fueran, cuando nada de ella dice la Historia al ocuparse del cerco dilatado que sufrió Singilia y de la guerra que

por aquellos días con los moros africanos tuvo que sostener el cerebro G. Vallio Maxumiano. Quizás aquellas feroces hordas que á una legua de distancia sitiaban con tenaz empeño la populosa y bien defendida Singilia, retrocederian con espanto ante el aspecto militar y formidable aparato de guerra de las defensas antequeranas. No consta que jamás fuera tomada, ni aún seriamente sitiada; mientras á sus inmediaciones, plazas tan importantes y fuertes como Escua y Singilia sufren, ya las penalidades del asedio, ya los horrores del asalto. Esto, apoyado por otros datos que en oportuno lugar tendrán cabida, induce á creer que, así como Singilia era la ciudad del lujo y de la riqueza, Antikaria era la plaza aguerrida é inexpugnable, que en sus altos muros mantuvo siempre enhiesta la bandera de su altivez, tremolada sin tregua por el indómito carácter de sus pobladores.

Cuando se fundara esta colonia, no consta: se ignora igualmente la época en que adquirió el carácter de municipio. Con éste nos la dan á conocer sus inscripciones y la Historia. Hay aquí un periodo cubierto de oscuridades, y se carece todavia de luz que alcance á disipar las sombras. Interin esa luz no brille es forzoso bordear el abismo y seguir adelante.

Mayor importancia aún, que en el concepto militar, tuvo Antikaria en la esfera juridico-religiosa. Dióselo el Colegio de Pontífices de los Césares, creado en ella, y la circunstancia de ser el único punto de España donde existia tan renombrada y prepotente corporación. Creó estos colegios Numa Pompilio, formándolos con cuatro miembros elegidos entre los patricios; pero, andando los tiempos, fueron tambien admitidos los plebeyos y ampliado el número hasta quince (23). Sabido es, segun Pomponio (24) y Ciceron, que á estos colegios correspondia la declaracion de las *ucciones* de la ley, si no en su totalidad, al ménos en todo aquello que más ó ménos directamente se enlazaba con cualesquiera manifestaciones de la idea religiosa. «Por lo tanto, dice Heinneccio, les tocaba señalar los días de los juicios, é indicar á los litigantes los en que era ó no permitido pleitear; declarar los derechos domésticos, pues tambien en las familias habia ceremonias sagradas, siendo así que, constituidas en las casas

Las mujeres casadas y los hijos, se hacían con autoridad de los pontífices las nupcias, las arrogaciones y las adopciones. Finalmente interpretaban los derechos concernientes á todas las cosas sagradas y religiosas.» ¿Qué importa, pues, que los jurisconsultos fueran los inventores de casi todas las acciones, si el secreto de ellas estaba también en manos de los pontífices, y eran éstos además los únicos y legítimos intérpretes de la ley y de las fórmulas en una tan lata esfera, puesto que la religiosa se extendía hasta el fondo del hogar doméstico, y el concepto de cosas sagradas tenía por aquellos tiempos una tan amplia determinación?

Si de las *acciones* pasamos á Fastos, la importancia de estos cuerpos colegiados se aumenta extraordinariamente, puesto que á ellos correspondía señalar los días fastos, nefastos é intercesos; es decir, aquellos días en que era permitido juzgar, los en que se vedaba el hacerlo, y los que eran en parte hábiles y en parte inhábiles. Fórmulas y fastos formaban una especie de teoría de procedimientos, misteriosa y secreta para la plebe, que patricios y pontífices custodiaban con esmero.

El pueblo entero tenía, por tanto, que acudir á ellos en perpétua consulta; y sus contestaciones eran, para los no iniciados, como las respuestas de un oráculo. (25)

Y el único oráculo de esta índole, que en toda España existía, radicaba en Antikaria: no tenía rivales ni participes en su poder: toda la Península venía á ser su cliente: calcule por estos datos el lector, cual sería la importancia del Colegio antikariense, cual su influencia en la esfera del derecho y cuales las consecuencias prácticas de su poderío.

No hay suficientes datos para seguir paso á paso las vicisitudes, que como toda institución humana ésta sufriera; pero es de presumir, que, lo mismo aquí que en Roma, su preponderancia decayera, cuando la plebe se hizo dueña del secreto que velaba las misteriosas fórmulas y fastos pontificios, á consecuencia de la publicación que de ellos hizo Cn. Flavio; y más tarde Sexto Elio, por haber inventado los patricios nuevas y reservadas fórmulas escritas en caracteres desconocidos del vulgo, para evitar que de ellas se apoderase. (26)

Inscripciones de antiguos mármoles, compiladas por Gruter en su imperecedera obra, ofrecen ejemplos de algunos Fastos; y Nicolai, entre otros, recopila «las antiguas notas judiciales en el libro de *siglis veterum*. (27)

De la existencia de este colegio de pontífices en Antequera ya se dió noticia y probanza en la pag. 64, insertando la inscripcion que uno de esos pontífices, M. Cornelio Próculo, dedica á Julia Augusta, y podriase comprobar con alguna otra en este momento; pero con objeto de no interrumpir tan frecuentemente el texto, tendrá cabida más adelante en el apéndice que ha de recopilar todos los monumentos epigráficos de Antikaria y de los municipios comarcanos, que en modernos tiempos le legaran algunos de sus preciosos restos.

A pesar de esta importancia, que en la esfera del derecho acaba de reseñarse, cuando Augusto suprimió los tribunales móviles, estableciéndolos en puntos fijos, no tocó á Antikaria ser cabeza de ninguna de aquellas demarcaciones territoriales, llamadas *Conventos jurídicos*, á pesar de haber sido establecidos cuatro en la Bética. Radicaban éstos en Córdoba, Ecija, Sevilla y Cádiz, y eran conocidos con los nombres de *Cordubensis*, *Astigitanus*, *Hispalensis* y *Gaditanus*. Al segundo de estos perteneció Antequera, y con ella la mayor parte de la provincia, incluidas *Málaga*, *Iluro*: *Escua*, *Singilia*, *Nescania* y otras muchas importantes poblaciones. ¿Por qué motivo, al alborear del imperio, Antikaria comienza á declinar, si no en el desarrollo de la vida práctica y artística, puesto que sus artes y bienestar progresan, al menos en la esfera oficial de su antigua preponderancia? ¿Es, quizás, que aquella colonia militar primitiva se mostraba demasiado bravía, y aquel Colegio de pontífices no era con las tendencias imperiales todo lo bien avenido que los Césares hubieran deseado? ¿Seguiria, tal vez, germinando la idea republicana, ó al menos la de una desdeñosa independencía en este suelo, jamás propicio á vanidades de magnates ni á imposiciones de extrañas influencias? ¿Quién sabe! ¿Por todas partes sombras, en las que apenas se filtra un débil rayo de dudosa luz! Todo cuanto puede consignarse con alguna certeza, es, que Antikaria, á partir de esta época, quedó reducida á la categoría de una poblacion subalterna, que desarrolla lentamente su

existencia y prosperidad material, erige monumentos y levanta indistintamente estatuas á los Césares y á la Libertad. Algunos escritores modernos hablan de edificios públicos importantísimos que en ella existían. Madoz en su Diccionario, dice lo siguiente: «Por otra inscripción se sabe había en *Antikaria* un templo ó panteón dedicado á todos los dioses, hecho fabricar por el célebre Marco Agripa, después de su tercer consulado, y reedificado por Lucio Septimio Severo y Marco Aurelio Antonino.» Hablando del mismo asunto Lafuente Alcántara en su Historia de Granada, se expresa en estos términos: «Entre todos los monumentos que hermoseaban á nuestras ciudades, era notable el panteón que construyó en Antequera Marco Agripa por los años 27, antes de Cristo; en él se mostraban, representados con sus atributos, todos los dioses gentílicos; y era tan célebre, que hubo de restaurarse á principios del siglo III por mandatos especiales de los emperadores Severo y Antonino Caracala.» En comprobación de su aserto, sostenido también por Masdeu y otros, cita el Señor Lafuente un texto del P. Sanchez Sobrino, y en el apéndice epigráfico inserta la inscripción comprobante, que es como sigue.

M·AGRIPPA·L·F·COS·III·FECIT
 IMP·CAES·SEPTIMIUS·SEVERVS
 PERTINAX·ARABICVS·PARTICVS
 PONTIF·MAX·TRIB·POT·XI·COS
 III·PP·PROCOS·ET·IMP·CAES·
 MARCVS·AVRELIVS·ANTONINVS
 PIVS·FELIX·AVG·TRIB·POT·V
 COS·PROCOS·PANTHEVM
 VETVSTATE·COLLAPSVM·CVM
 OMNI·CVLTV·RESTITVERVNT

A pesar de la respetabilidad de los hombres que la sos-

tienen y de los comprobantes que aducen, su afirmacion carece de sólido fundamento. No es de extrañar que el señor Madoz incurriera en tal error, pues sabidos son los medios de que tuvo que valerse aquel distinguido hombre político para confeccionar tan larga obra en tan corto tiempo; pero si lo es, y mucho, que en él incurriera el concienzudo historiador granadino, que registró en esta ciudad escrupulosamente monumentos, archivos y obras originales, y en el mismo texto del P. Sanchez Sobrino, que por nota inserta, pudo ver lo erróneo de su opinion. Dice el citado escritor antequerano: (y lo copia el granadino en su nota tomo I. pág. 160): «Por cierto no debia ser inferior poblacion la que habia en Cerro Leon, de donde se trajo esta lápida á Antequera, cuando tenia panteon á similitud del de Roma y hecho, como aquel, por el célebre Marco Agripa.» pág. 165.»

En efecto; aquella lápida, segun consta en antiguos manuscritos de respetable autoridad, fué traída á Antequera, con algunas otras, de que en lugar oportuno se tratará, desde ese distante cerro, donde todavía pueden estudiarse las ruinas del importante municipio de Osqua; el imaginario Osone de algunos antiquarios, que equivocaron la Q con la O, y dieron nacimiento con este error á una poblacion que jamás ha tenido existencia real.

Si ese panteon existió, no fué ciertamente en Antequera, sino en Osqua, donde elevó sus altares á los dioses. Pero aún hay más en el asunto. Doctísimos escritores dudan hoy de la autenticidad de esa lápida que conmemora la creacion y restauracion del famoso templo. Decláranla falsa, y, siéndolo, la existencia del célebre panteon se desvanece, por falta de documento auténtico, claro y terminante que la consigue. No teniendo hoy medios hábiles de estudiar el procedimiento y razonada critica, que á esos escritores haya servido para deducir la falsedad de la inscripcion; y en contra la opinion contexte de los que aseguran que fué encontrada en las ruinas existentes en Cerro Leon, y traída desde ellas á Antequera, la cordura aconseja suspender el juicio y no emitir opinion determinada en el asunto. Los nombres de los escritores, que consignan su falsedad, son respetables: respetable es tambien una tradicion no interrumpida y apoyada

en deposiciones, escritas por autores serios y casi contemporáneos á la época de la traslacion del monumento epigráfico *In dubis libertas*, podria decirse, aplicando el célebre texto al presente caso; pero en esta duda vale más que la libertad de eleccion la suspension del juicio, hasta que, examinados todos los factores, pueda darse, con fundadas probabilidades de certeza, la solucion del problema. Es sensible no poder consignar esta gloria histórico-monumental en Antequera ó sus inmediaciones: pero la verdad histórica tiene exigencias, que jamás por nada ni por nadie pueden ser desatendidas. Al tratar de Osqua, y al ofrecer al lector la coleccion de todas las inscripciones de la comarca, tal vez nuevos puntos de vista permitan dar algun paso mas entre las sombras que todavía envuelven el debatido panteon de Agripa.

Hasta ahora no tenemos templo: solo poseemos algunos altares y no perfectamente auténticos á los ojos de la crítica moderna. El dedicado á Isis y Serapis, que Lafuente Alcántara y otros escritores mencionan, y cuya lápida existió en la calle de Santa Maria, segun afirma el autor del Viaje Topográfico, parecia comprobado por la inscripcion siguiente:

SEX·PEDVCAEIVS SEX· F
HEROPHILVS
ISI ET SERAPI
DD L· M·

Pero hoy tachan como falsa esta inscripcion respetables autoridades en la materia. (Hübner: C. I. L. 1806).

A los que, segun algunos autores, (28) dedicó Postumio «en Antequera el uno á Apolo y Esculapio, y el otro al genio protector del famoso venero de Fuente Piedra,» se atribuye hoy diferente origen, suponiendo que radicaban en Nescaña. Esperemos nuevos datos para resolver la cuestion. En-

tre tanto, hé aquí las inscripciones que de ellos han conservado la memoria.

POSTVMIVS
CASTRENSIS
APOLLINI ET
AESCVLAPIO
AVG-DD.

—
FONTI DIVINO ARAM.
L-POSTHVMIVS STVLLIVS
EX VOTO D-D-D.

De otra ara, dedicada á Hércules Gaditano, da noticia Medina Conde en Las Conversaciones Malagueñas, insertando como comprobante esta inscripcion.

:::ERCVLE
GADITA
L·AV·L·L· ANTI.
ET·A·AVI·ECI·
V·S·L·V·M

La moderna crítica arranca también á Antequera la paternidad de este monumento y la entrega á Carthago. (29)

Quédanos, pues, tan solo, y aún no para todos los críticos indubitado, el que, según el P. Cabrera, estaba dedicado á Apolo, en cumplimiento de un voto. Dice así la inscripcion:

M-CORNELIVS OPTATVS
 ANCIPIITI MORBO RECREATVS
 VOTVM·A·L·S· (30)

Es probado que tampoco perteneció á Antequera otro dedicado á Hércules, mármol que creyeron antikariense los que no tuvieron á la vista las detalladas narraciones de su traslacion á Antequera, juntamente con la estatua, desde un parage inmediato á Mollina y la Alameda, donde todavia se encuentran vestigios de poblacion. El sitio, la clase de ruinas, la tosca construccion de la estatua y los caracteres de la inscripcion, unidos á otros datos de que se hará mérito en lugar oportuno, quizás suministren suficiente prueba para ubicar el asiento de una poblacion tan olvidada como famosa y digna de perpétua memoria.

Por ahora baste con la inscripcion:

SACRVM· HERCVLI
 C·F·SEVERVS
 v· S· L· M

Resulta, pues, de la breve reseña bosquejada, que aquella Antikaria del Colegio de Pontifices, aquella poblacion, á la que se habia atribuido tan suntuoso monumento religioso y numerosas aras, se queda un dia sin templo y sin altares.

«Los dioses pasan:» hubiera podido decir un filósofo de aquellos tiempos: pero quizás con mejor acierto pueda observar un crítico de los presentés, si en realidad pasaban ó es que no llegaron á hospedarse en nuestro suelo. ¿Constituian aquellos pontífices un verdadero sacerdocio, ó eran mas bien una especie de magistratura auxiliar, una dege-

neracion del antiguo sistema de castas, un cuerpo privilegiado ó una rueda importante de la máquina política, que se iba lentamente desgastando? No es fácil dar respuesta concluyente á tal pregunta: pues la que más lógica y fundada parece tiene tambien sus puntos vulnerables.

El que hoy no se conserven monumentos religiosos, no es verdaderamente prueba de que no existiesen; pero tampoco deja de ser extraño que conservándose tantos vestigios de edificios, tantas dedicaciones de estátuas, tantos monumentos conmemorativos y sepulcrales, no haya llegado hasta nosotros un solo altar indubitado, quedando varios de Singilia, Nescania y otros puntos comarcanos. ¿Era Antikaria un pueblo de escépticos, de filósofos, de indiferentes, de sibiritas ó de conservadores de las primitivas tradiciones religiosas? No falta quien cada una de estas soluciones apoye; pero entra en estos dictámenes por mucho más la fantasia que los elementos sólidos de una critica severa y concienzuda. ¿Será, quizás, que aquellos pontífices, cuyas creencias íntimas no pueden comprobarse, aunque sus tendencias prácticas puedan presumirse, aquellos legionarios de ignoto ó dudoso origen, por mas que haya quien sostenga, que «colonia de Carios fué Antequera» (31) y aquellos terratenientes con los que los nuevos colonos vendrian á amalgamarse, llegarían á formar un conjunto, abigarrado en un principio, y homogéneo luego, al desgastarse por el contacto los puntos más culminantes de cada una de aquellas peculiares fisonomías? Sabido es que del choque de la fé, la duda y la incredulidad resultan ineludiblemente modificaciones en cada una de esas direcciones del pensamiento humano, y á veces una diversa corriente, mezcla de difícil análisis, procedente de los tres manantiales primitivos. Tambien, cuando diversas creencias chocan y una de ellas no triunfa presto, las disidencias surgen primero, vienen en pos las transacciones, aparece la tolerancia, asoma el cansancio y llega el indiferentismo en más ó ménos dilatado período de tiempo. Al chocar en este pueblo de tan original fisonomía la dudosa, y tal vez abigarrada, religiosidad de los legionarios, la manera de ser jurídico-religiosa de los pontífices y las creencias indígenas más ó ménos influidas por la preponderancia romana, ¿no

pudo resultar del choque, al andar de los tiempos, un estado de cosas, en el que, predominando la tolerancia ó la indiferencia, el politeísmo romano viniese á ser un verdadero pantheon mítico para soláz de artistas y poetas, las primitivas creencias un recuerdo, y los mandatos religiosos una mera fórmula oficial, y como tal obligatoria en el fuero externo, interin desplegaba libremente su vuelo la conciencia individual? Insoluble problema, en cuyos espacios puede tambien volar á su sabor la fantasia; pero no la razon aplicar con segura mano el delicado escalpelo de la crítica histórica.

Las barreras de lo desconocido detienen á cada monumento el paso al historiador, al mismo tiempo que abren anchas y prolongadas sendas al poeta.

Divaguen estos por ellas en buen hora: distinto es el rumbo que debe seguir el mero narrador de hechos y expositor de fenómenos, trasmitidos desde remotas épocas por los documentos, por la tradicion y por las ruinas del pasado: páginas ya elocuentes, ya borrosas, en las que á veces puede practicarse fácil lectura, á veces solo traducir como se traduce el texto de un idioma poco conocido, y á veces tambien interpretar, como se interpreta un confuso geroglífico. Y puesto que en la esfera religiosa, tal vez divagando, hase dicho ya lo suficiente, conviene reanudar el interrumpido relato y concluir de reseñar todo lo que al elemento militar concierne, durante aquella oscura evolucion histórica de nuestro pueblo, que arranca en la república y se nos pierde cerca de los últimos tiempos del imperio.

Ya en estos no tenía, ciertamente, Antikaria el prestigio guerrero que en más remotas épocas parece ostentar; pero conserva, no obstante, algo de su mermada preponderancia, puesto que en ella queda establecida una *mansion militar* importantísima. Eran estas *mansiones* parages designados, previo un detenido estudio de sus condiciones, en algunos pueblos por donde pasaban las vías del imperio, con objeto de que las legiones y aún los mismos emperadores tuviesen, cuando necesario fuera, cómodo y seguro albergue donde aposentarse. Es de presumir, atendida la vasta organizacion militar de aquellos tiempos, lo numeroso de las legiones y

la concentracion de fuerzas que en determinado punto solia con frecuencia verificarse, que estas mansiones fuesen capaces y bien acondicionadas para recibir tan numeroso contingente, y fuertemente defendidas para todo evento. Que la de Antikaria fuese importantísima bastan á probarlo, sin necesidad de acudir á otro orden de razonamientos, las condiciones topográficas de la localidad, lo inexpugnable de sus defensas y la circunstancia de ser en aquellos tiempos un punto estratégico de gran consideracion, por unirse en ella el camino directo de Aguilar con la calzada de Cádiz á Córdoba, teniendo igualmente via expedita para Málaga por el Valle de Abdalazís. Pertenece, pues, la mansion militar antikariense al camino de Cádiz á Córdoba, en cuya importante via precedíala la de Barba, que doctos antiquarios modernos suponen inmediata al actual pueblo de la Pizarra, y la seguía Ángelas, que los mismos autores creen estuvo cerca de Castil-Anzul y próxima á la via de Antikaria á Aguilar (22) Hay tambien quien opina, y no sin sério fundamento, que tocaba igualmente en Antikaria la interesante y curiosa calzada de Aratíspi (Cauche), de la que hace pocos años aún se conservaban notables vestigios en algunos puntos no distantes de la actual poblacion ni del camino que desde ella se dirige hoy á Antequera.

Resulta de lo dicho, que, aunque mermada, Antikaria conservó largo tiempo su importancia militar, efecto, quizás, de sus condiciones estratégicas y guerreras y de la circunstancia de confluir en ella las vias militares que reseñadas quedan.

Otro de los puntos de partida que suelen tomar los antiquarios para calcular la via de la localidad que estudian, es la acuñacion de medallas en ella: Acerca de este punto la opinion fué unánime durante algun tiempo, y se creyó como cosa indubitada la existencia de medallas antikarienses. Fundamentó esta opinion, y dióle todo el carácter de indiscutible, la seria afirmacion del P. Flores, cuya competencia en la materia nadie por aquel entonces atreviérase á poner en duda. El docto Sanchez Sobrino, en su Viage Topográfico, afirma haber visto esta medalla en el gabinete del P. Flores, y depone con la energia de una conviccion pro-

severos torreones, que junto á la cacería del Águila, asiento probablemente de fastuosa villa de opulento patricio; igual en las rientes llanuras de Serrato, parage de pintorescas casas campestres, que en las pedregosas vertientes de la Peña de los Enamorados, asiento de atalayas y castillejos roqueros: En cien parages más, cerca y lejos de la poblacion, en el llano y en la montaña, hacia todos los vientos se dilata complicada ramificacion que va á enlazarse y confundirse con las que parten de Singilia, Nescania, Osqua y Aratispí, municipios todos comarcanos, y dentro del término los des poblados donde algunos de ellos se asentaron.

Oportuno es ya dar razon y noticia de estas antiquísimas poblaciones, cuya existencia corrió las mismas vicisitudes que la de Antequera, cuya historia es parte de nuestra historia y cuyos valiosos restos encontraron reposo y custodia en nuestra ciudad querida, que, mas afortunada que ellas, logró sobrevivirlas y heredarlas en los últimos siglos. No hay efecto sin causa: ¿cuál es la de esta supervivencia en favor de Antequera? Apelar á la Providencia ó á la fortuna, para explicarla, es gastado é ilógico recurso: los fenómenos son el resultado de una evolucion que se realiza previa una ley: todo tiene su razon de ser: no comprenderla no es motivo para negarla: el arcano es lo desconocido, pero no lo absurdo. Para descifrar el que ofrece Antequera, al destacarse como robusta torre en medio de arruinados palacios, como bien alimentada hoguera á cuyo alrededor yacen antorchas apagadas entre frias cenizas, como fornido campeón que aún permanece de pié sobre el campo de batalla, mientras en torno suyo solo existen cadáveres, quizás pueda marcharse por buena senda, poniendo al servicio de una investigacion concienzuda, como principales factores del problema, las condiciones topográficas de la localidad, la posicion estratégica de la plaza, lo inexpugnable de sus defensas, las espesuras de los bosques que la circunvalaban, los inexcrutables laberintos de las sierras en que se recuesta y el carácter indómito y tenaz, que en todas épocas, como si fuese planta indígena de su suelo ó ambiente vital de su atmósfera, se ha manifestado constantemente en sus pobladores. Pero entrar de lleno en esta serie de investigaciones, recor-

riendo con vacilante paso todo el campo de las conjeturas y las probabilidades, no parece lo mas propio, por la estension y por la indole del trabajo, de un libro puramente narrativo, y escrito expresa y exclusivamente para solaz de aficionados y entretenimiento de curiosos; de ningun modo para séria ocupacion de críticos y sábios, como dicho queda en el preámbulo de la obra.

IV.

Singilia.

Adscritos, lo mismo que los de Antikaria, los municipales de Singilia á la tribu QVIRINA, (35) vivieron la vida del lujo, de la opulencia y de los placeres; mucho más ciertamente que los de los otros municipios limítrofes, á juzgar por lo que revelan los fastuosos restos de su pasado esplendor.

El autor del Viaje Topográfico, tantas veces citado, dice lo siguiente: «Singilia en efecto estuvo una legua al Poniente de Antequera en el sitio arriba dicho del CASTILLON, sobre un monte elevado, inaccesible por Levante y Mediodía, parte por naturaleza y parte por industria; pues para este efecto habian tajado una piedra viva por gran trecho. En lo mas alto del monte habia dos grandes y profundísimos algibes ó depósitos de agua llovediza para abasto del pueblo, principalmente en tiempo de asedio, y sobre los peñascos que coronan el cerro, labradas como especie de camas, que serian tal vez, para que sobre las laderas, aunque muy escarpadas, velasen centinelas en tiempo de guerra, sin ser vistos del enemigo. Como á los cuatrocientos pasos de la cumbre descendiendo entre Levante y Norte, habia otro algibe ó sisterna muy grande. Un poco mas abajo se descubre el muro interior que ceñia la Ciudadela ó Fortaleza, dentro de la cual cabrian hasta cuatro ó cinco mil personas. El muro exterior se extendia hacia el Norte y Poniente hasta lo lla-

no de la Vega, y sería capaz de abrigar ocho mil vecinos. Todo el sitio que ocupa el cortijo del *Castillon* es una cadena de sepulcros, que se extiende hacia el Poniente y Norte por mas de cuatrocientos pasos, sin haber apenas palmo de tierra, donde no haya sepultura. Desde el monte hasta el rio *Guadaljorce*, que dista mas de un cuarto de legua, salian dos minas, cuyos vestigios se conocen aún, principalmente cuando está sembrado el terreno. Vense tambien las ruinas de su gran Teatro en el declive del monte, y sitio que los naturales llaman las *Carnicerías*. Se conocen así mismo los vestigios de un gran lago, que pudo ser Naumaquia, situado junto á la fuente, con cuatrocientos pasos de largo y ciento veinte de ancho, que es la misma medida que pone el P. Cabrera. Estaba enlosado este edificio con finísimas piedrecitas de alabastro de diferentes colores, del tamaño de una haba, labradas, y sentadas sobre mezcla con graciosa simetría.»...

«Por todo el sitio que ocupaba la poblacion se encuentran en abundancia fragmentos de toda especie de mármoles y alabastros, como tambien de finísimos búcaros, en nada inferiores á los de fábrica fenicia, que se descubren en Adra, y en otros pueblos de esta Nacion. El acueducto que venía desde el Arroyo del *Alcázar* por la ladera de los olivares de *Solomando*, se conoce todavía, y se encuentra mucho plomo por todo el espacio de su tránsito. Tambien traian encañada otra fuente que llaman de la *Reyna Mora*, y está á la parte del Sur poco distante del *Castillon*. Hállanse con frecuencia por todo este sitio monedas antiguas, lachrimatorios, urceolos, pateras y toda especie de antiguallas.» (36)

Hoy no podría hacerse de aquel parage una descripción tan detallada. El tiempo, el mayor cultivo de los terrenos, las aguas torrenciales y las investigaciones imperitas y frecuentes han removido aquel suelo y borrado muchas huellas. Por eso el autor de este libro ha creído lo mas acertado, para dar á conocer á sus lectores la posición de aquella ciudad antiquísima, transcribir íntegra la reseña que en mejores tiempos pudo hacer de sus restos el concienzudo escritor antequerano que tan minuciosamente los observara.

El momento histórico mas importante de la vida de Singilia es el cerco que la pusieron los moros africanos en los

tiempos de Marco Aurelio; suceso que no hay necesidad de narrar de nuevo. por estar ya consignado en las pág. 72 y siguientes de esta obra.

Ningun otro hecho de importancia histórica se registra en los clásicos de la antigüedad, ni la tradición conserva. Solo el estudio de las ruinas, y especialmente el de los monumentos epigráficos puede suministrar algunos datos para discurrir acerca del opulento pasado de esa ciudad fastuosa y de alguna particularidad extraña y poco conocida, referente à su organizacion municipal.

Acerca de esto último dice el Doctor Berlanga en una obra reciente: (37) «motivos desconocidos obligaron à los habitantes de Barba à trasladarse à Singilia y formar el municipio *Singilia Barba*, conservando una perfecta division entre los unos y los otros moradores, y teniendo cada cual de aquellos pueblos una municipalidad distinta, como sobradamente lo prueba la importantísima inscripcion del liberto C. Sempronio Nigelio, que aún existe sobre el puente de los Remedios en Antequera, y en la que se lee claramente ORDO SINGILIENSIS primero, y ORDO SINGILIENS-VETVS despues.»

«A propósito de esta especialidad, conocida únicamente por la mencionada piedra, cita Hübner el ejemplo de Pompeya y los epígrafes de Valencia, en algunos de los cuales se lee *veteres et veterani*, pero à pesar del respeto que me merece la profunda ilustracion de mi querido amigo, no encuentro entre uno y otro caso la semejanza exacta ni la similitud perfecta. En Pompeya se trata de una poblacion à la que Sylla manda una colonia militar de sus veteranos licenciados, iniciando el sistema de colonias militares que vino à sustituir en general la antigua manera de colonizar que tuvo Roma, y à Valencia Cesar ò Augusto son los que deducen otra colonia de veteranos. Es decir, en el napolitano como en el español, à la antigua poblacion se agrega otra extraña con diversa legislacion y distinta manera de ser, como tambien sucedió en *Interamna*, donde se ha encontrado un epígrafe, en el que se dá indistintamente y à la vez à sus moradores el calificativo de *Municipes* y *Colonos*, mientras en Singilia son dos pueblos iberos diferentes

los que se reúnen, gobernado cada uno de ellos por un cuerpo separado de decuriones, ambos con la categoría de municipio romano. Mas claro, en Pompeya habia municipes y colonos como en Interamna, mientras que en Singilia Barba hubo dos entidades municipales nada mas. En aquellas ciudades, al habitante originario se incorporò el colono extraño; en ésta fueron dos pueblos, del mismo origen, vecino el uno al otro, los que se reúnen, despues ó antes de recibida la municipalidad de Roma.»

Nada, por ahora, es necesario añadir á las indicaciones del docto antiquario, pero conviene que el lector conozca el epigrafe que ha servido de fundamento á sus apreciaciones.

C.SEMPRONio. *lib*
 NIGELIO NI.
 VI.VIR.AVG.IN.COL.PATRICia *item*
 IN.MVNICIPIO.SINGIL.VI.VIR. *aug.*
 PERPETVO.D.D.MVNICIPI. *mu*
 NICIPVM.SIVGIL. HONOREm
 ACCEPT.IMPENSAM.REMISit
 HVIC.ORDO.SINGILIENSIS RECIPIendo
 IN.CIVIVM.NVMERVVM.QVANTVM
 CVI.PLVRIMVM.LIBERTINO.DECREVIT
 ITEM.HVIC.ORDO.SINGILIENS.VETVS
 EADEM.QVAE.SVPRA.IN.VNIVER
 SVM.DECREVERAT.SVO.QVOQVE
 NOMINE.DECREVIT

No es este el único caso de unirse dos poblaciones distintas dentro de un recinto murado, comuná entr ambas. *Urso* y *Genua* revelan otro caso análogo: y ciertamente antes de la entrada de los romanos ya existian poblaciones de esta índole en las tierras hispanas. (38)

En cuanto á su opulencia, son tantos los mármoles, tantas las ruinas que la testifican, que se haria demasiado prolijo un detenido exámen de todos esos restos elocuentísimos. Sus numerosas inscripciones son los únicos anales indubitados en que hoy pueden leerse algunas páginas históricas de aquella ciudad opulenta, que Plinio menciona y cuenta en el número de las que pertenecian al Convento jurídico Cordubense. Por ellas sabemos que ese municipio se apellidaba *statio libero*, dictado que probablemente adoptaria cuando Mataca y Nescania; es decir, durante la dominacion de los Flavios: conocemos igualmente por los epígrafes la dedicacion de varias estatuas, no ya solo á emperadores, sino á distinguidos patricios de la localidad, y aún á ciudadanos que habian sufrido las penalidades de la esclavitud y cuyos méritos personales los habian hecho acreedores á la libertad y á las mas honoríficas distinciones. El liberto Junio Notho es un gran testigo de lo que dicho queda, y á continuacion puede ver el lector las dos inscripciones que nos han conservado la memoria de este personage.

L·IVNIO NOTHO
 ORDO SINGILIENSIVM
 HONORES QVOS CVIQQE
 PLVRIMOS LIBERTINO
 DECREVIT.

L·IVNIO NOTHO
 VI·VIR·AVG·PERPETVO
 CIVES SINGILIENSES·ET
 INCOLAE EX AERE CONLATO

Es decir, que sus compatriotas y el cuerpo municipal honran con las mayores distinciones al ciudadano esclarecido, que antes fuera esclavo.

Tambien de su esposa nos ha conservado el nombre la lápida siguiente:

RVTILIAE PRVCTVOSAE
L·IVNIVS NOTHVS
VXORI

Cinco lápidas más revelan la opulencia y el amor patrio, á la vez que el orgullo de familia, de la alta dama Acilia Plecusa, y conservan los nombres de sus mas allegados parientes. Como quiera que en otro lugar de esta obra han de ir coleccionadas y traducidas todas las inscripciones, á fin de no cansar repetidamente la atencion del lector solo se insertará aquí uno de los mas curiosos de esos cinco epígrafes de familia.

Hélo aquí.

M·ACILIO·FHLEGONTI
SING·BARB·
ACILIA PLECVSA MATER
D·D
HVIC·ORDO SANCTIS
SIMVS·SING·BARB
ORNAMENTA DECV
RIONALIA DECREVIT

Por otro epígrafe conocemos el sepulcro de la distinguida Cornelia Blandina, los nombres de sus padres y algo mas que revela la importancia de la ilustre dama.

Dice así:

CORNELIAE
 BLANDINAE
 SINGILIENSI
 L. CORNELIVS THEMISON
 PATER ET
 CORNELIA BLANDA MATER
 POSVERVNT.
 HVIC ORDO M. M. LIB. SING.
 INPENSAM FVNERIS ET
 LOCVM SEPVLTVRAE DECREVIT

Por estos dos, en fin, se conoce la existencia de altares á Marte y á Diana

MARTI AVGVSTO
 L. IVNIS MAVRVVS LARVM AVGVSTI
 MAGISTER DEDIT
 IVNIA MAVRINA F. DEDICAVIT
 SACRVM DIANAE
 ARAM
 MARIVS.
 V. S. L. M

Hé aquí, por último, el que recuerda la erección de estatua al emperador Elio Adriano, hecha probablemente á raíz de su proclamación por el ejército de Antioquia:

IM·CAES·DIVI·TRAIANI
 PARTHICI·F·DIVI·NERV
 AE·N·TRAIANO·HADRIANO
 AVG·P·M·TRIB·POT·VI·IMP·VI
 COS·III·P·P·M·ACILIVS·C·F·QVIR·RVGA·SING.
 DE·SVA·P·D·D.

Basta por ahora de inscripciones. Las ruinas que aun subsisten en el parage donde se asentara el municipio *Magnò Flavio Libero Singiliense* y aquellas otras, ya barridas de la haz del suelo por el tiempo, por la ignorancia y por la codicia, de las que nos dan cuenta y detallada noticia los M. S. antequeranos, exigen con ineludible derecho algunas páginas en este libro.

Descollaban, no hace muchos años, sobre todas esas ruinas los derruidos restos del célebre anfiteatro, capaz de ocho mil espectadores. De su grandeza y suntuosidad daban sobrado testimonio las anchas gradas subsistentes, los residuos de ornamentacion y el vasto perímetro que determinaba su área. Era de forma semicircular y solidez intachable. Las historias manuscritas de Antequera contienen dibujos á la pluma de este grandioso edificio, pero trazados por tan inexperta mano y con tal ignorancia de las leyes de la perspectiva, que es absolutamente imposible formar por ellos la mas ligera idea del monumento. Hoy, apénas puede comprenderse otra cosa que el esqueleto de su forma exterior; si bien más excavaciones con inteligente direccion practicadas, podrian probablemente poner de manifiesto algunas de sus bellezas arquitectónicas.

No todas, sin embargo, las que en anteriores tiempos hubiera podido ofrecer, á causa de las mutilaciones sufridas en estos últimos siglos. He aquí lo que acerca de sus ruinas dice Cean Bermúdez en el *Sumario de antigüedades ro-*

manas que hay en España: «Señalan toda su forma y descúbrase el medio círculo interior, cuyo diámetro es de ciento siete pies castellanos, sin contar el grueso del edificio. Dos presinciones horizontales dividen las gradas ó asientos de los espectadores en clases, y cuneos que vienen de arriba abajo, compuestos de gradillas, las atraviesan para ir á ocupar los asientos. Se mantienen en la escena, que está al frente, unos arcos con dos zócalos á los lados, y en ellos las basas de las columnas que antes habia. Detrás de la escena y prosenio están los muros de las salas hospitalarias y de otras piezas que servian para vestirse los actores y para otros usos del teatro. Estaba mejor conservado en 1544; pero acabaron de destruirlo para aprovechar sus materiales en el convento de San Juan de Dios de Antequera.»

Otra de las construcciones que por su solidez ha podido legarnos vestigios de su existencia es la naumaquia, de que ya se ha hecho mencion, al insertar el texto del docto Sanchez sobrino. El P. Cabrera y el anónimo de Solana, (que es una re fundicion y ampliacion del primero) hablan extensamente de esta notable construccion, é ilustran sus noticias con pinturas á la aguada y dibujos á la pluma que indican, á más del fuerte muro cuadrangular otro muro interior en la mitad de la laguna, que se extiende ciento cincuenta pasos de Oriente á Poniente. «El agua que entra en ella se traia del arroyo del Alcázar, por donde hoy está la presa y Xavonería, donde se junta el agua que hoy viene á Antequera, y se traia encañada por arcaduces de piedra y argamasa por las laderas de los olivares del partido de Solomando hasta la laguna.» (39) No eran solo arcaduces de piedra y argamasa los que conducian el agua; grandes tuberías de plomo, halladas en nuestros dias, la llevaban igualmente á aquel lago pavimentado de primorosos mosaicos, donde los singilienses se solazarian en las grandes fiestas de la época del imperio, presenciado el poco vulgarizado espectáculo de los simulacros de combates navales.

Durante mucho tiempo, el vulgo llamó á este depósito de aguas *La Fuente de la Reina Mora*.

Quedaban todavia á mediados del pasado siglo vestigios elocuentísimos de otras grandes y suntuosas construcciones,

y entre ellas mencionan algunos escritores el Circo instalado entre el Teatro y la Naumaquia, pero el tiempo ha borrado esos vestigios, y las obras consultadas, para escribir ésta no dan noticia detallada de esas manifestaciones de la riqueza, el lujo y el sibiritismo de los singilienses.

Recientes excavaciones han dado á conocer trayectos de minas, quizás desagüe alguna, de la Naumaquia; quizás parte de las que desde el castillo se dirigian al Gualhorce: medallas y restos de ornamentacion y utensilios aparecen á cada momento; se conoce á ciencia cierta el parage donde subsisten, protegidos por la tierra que los cubre, algunos pavimentos de mosaicos de esmerado gusto; y á ciencia cierta tambien el sitio en que yace una inscripcion, probablemente original é inédita.

El actual poseedor de aquel campo ha practicado ya algunas escavaciones con resultado para el estudio de aquellas antigüedades respetabilisimas, se propone continuarlas, y no es dudoso para cuantos conocen algo nuestra historia, que el éxito ha de responder á los gastos, poniendo de manifiesto, indudablemente, joyas arqueológicas, probablemente artísticas, y quizás tambien algunas de cuantiosa valia. No es esto una suposicion gratuita: esa ciudad, cuyo nombre, segun Plinio (40) procede del vecino rio Singili (Genil) creció extraordinariamente en esplendor y riqueza, como se deduce de las indicaciones procedentes; creció y vivió en el fausto, sin que haya datos históricos que nos prueben su decadencia ó lento empobrecimiento: era rica y opulenta cuando el torrente del Norte pasó como una tromba sobre ella y la convirtió en ruinas vacilantes y en montañas de escombros calcinados: Cuando un pueblo se aniquila, poco ó nada queda en él: cuando perece al hierro y al fuego del bárbaro, la mayor parte de sus tesoros quedan envueltos en sus ruinas y las generaciones que van llegando en pos se encargan siempre de remover las cenizas y encontrar las riquezas sepultadas.

Vándalos, como generalmente se cree, suevos, como afirma un escritor contemporáneo, ó unos y otros con los alanos en sus primeras correrías arrazaron el que antes fuera opulento *flavio libero singeliense*. Y cuando ya los vándalos que

en la Andalucía quedaron, cansados de tanta desolación y ruina tanta asentaron paces con los vencidos, algunas poblaciones romanas tornaron á la existencia: Singilia habia muerto para siempre.

V.

Nescania.

Tambien, como Singilia, créese que pereció el importante municipio de Nescania, que como aquel, estuvo adscrito en sus buenos tiempos á la tribu Quirina y situado dos leguas al poniente de Antikaria al pié de aquella sierra, que andando los tiempos viniera á llamarse de Abdalazís. No faltan autores que atribuyen su ruina á Neron, otros á los moros africanos en alguna de sus excursiones por las costas andaluzas, otros, en fin, suponen que fué una de las ciento cincuenta poblaciones hispanas destruidas por el padre de los Gracos. (41) La verdad del hecho continúa en sombras, y nada, por tanto, puede asegurarse con serias probabilidades de acierto.

Ni Estrabon ni Plinio mencionan á Nescania; y Nescania fué indudablemente un municipio importante, á juzgar por los restos y monumentos epigráficos que aún subsisten.

De éstos han circulado por largo tiempo copias sumamente incorrectas. Los trabajos de antiquarios contemporáneos han logrado restablecer su genuina lectura, y descubrir alguno más, hasta hace pocos años completamente desconocido (42). Por lo curioso del uno y desconocido del otro se insertan á continuacion.

Dice el restaurado.

IOVEN·PANTHEVM·AUG
 CVM·AEDE·ET·TETRASTILO·SOLO·PVB
 L·CALPVRNIVS·GALLIO·ET·C·MARIVS·
 CLEMENS·NESCANIENSES·CV·
 RATORES·IVVENVM·LAVRENSIVM·
 D· D· K· IVLIS·P·SEPTVMIO·APRO·
 M·SEDATIO·SEVERIANO· COS

El inédito.

L·AELIO·QVIRINAE·MELAE
 NESCANIENSI·AELIA
 OPTATA·MATER·STATVAM
 EPVLOQVE·DATO·DECVRIONIBVS
 DEDICAVIT

Por la primera de estas inscripciones se sabe que existió en este importante municipio un templo *tetrástilo* en el que se daba culto á Júpiter Pantheo.

La que á continuacion se inserta nos dá á conocer una dedicacion al genio tutelar del municipio:

GENIO

MVNICIPI-NES

CANIENSIS-LI

CINIA-NIGEL

LA-OSQVEN

SIS-NOMINE

SVO-ET-NOMI

NE-FABI-FIRMA

NI-MARITI-SVI

TESTAMENTO

FLERI IVSSIT

Y la siguiente otra dedicacion más importante y más curiosa á la vez, puesto que se indica en ella el foro como sitio en que habia de alzarse el monumento.

Dice así:

GENIO MVNICI

PI-NESCANIENSIS

L-POSTVMIVS-STI

CO-NESCANIENSIS

SIGNVM CAIRAE PE

CVNIA-SVA-EX-HS

(X) N FLERI ET-NES

CANIAE-IN-FORO-PO

NI IVSSIT-QVOT-DO

NVM-VT-CONSVM

MARI-POSSET-M-COR

NELIVS-NIGER-NESC

H EIVS ADIECTIS-DE

SVO-AD-IMPENSAS

OPERIS HS C..... N

DEDICAVIT

Levantó también aras, de las que ya queda hecha mención al hablar de Antikaria, y erigió estatuas á emperadores, á algunos municipales y á Séneca el filósofo, á ser cierta la inscripción que conmemora, por hoy no se la dá crédito, y la cacareada protección de aquel sábio en favor del célebre municipio ha sido relegada al campo de las fábulas.

Hoy, la que fué importante población romana, no es más que un despoblado sembrado de joyas arqueológicas, en las inmediaciones del Valle de Abdalajís.

Excavaciones bien dirigidas descubrirían, probablemente, riquísimos tesoros de verdadera importancia histórica y arqueológica.

VI.

Aratispi.

A un cuarto de legua próximamente de Villanueva de Cauche, y sitio donde hoy radica el Cortijo de Coche, se alzaba esa extraña ciudad, de la que tan escasas noticias históricas se conservan, y cuyas ruinas y mermados restos acusaban cierta rudeza primitiva, que forma marcado contraste con la fastuosa cultura de Singilia. El ámbito de sus ruinas es poco espacioso, su posición de pésimas condiciones estratégicas, los vestigios de antiguas construcciones, apenas se alejan del área de su recinto; y esto, no obstante, allí se han encontrado joyas de valor material, medallas de oro rarísimas por su tamaño, barros labrados para pavimentos, mármoles de varias clases y labores, grandes basas y capitales corintios de tosca ejecución, abundantes ídolos de barro sin cocer, que el aire pulverizó á poco rato de ser extraídos de un subterráneo, algunos trozos de estatuas, columnas, grandes tableros de piedra y cuatro inscripciones que hoy se con-

servan incrustadas en la torre de la iglesia de Cauché. Asentada esta ciudad en la region de los Túrdules, (43) «desconocida de los geógrafos á historiadores del imperio,» (44) parece haber vivido en una oscura independencia, no obstante los trozos de calzadas que á poca distancia de sus ruinas se han descubierto en los últimos años. Apellidábase República de los Aratispitanos, y no puede hoy juzgarse, por falta de datos, acerca de los lazos que con Roma la unieran.

He aquí ahora sus inscripciones.

La dedicacion al emperador Adriano dice.

IMP

CAESARI DIVI
 TRAIAN-PARTHICI F.
 DIVI NERVAE NEPOTI
 TRAIANO HADRIANO
 AVG PONTIFICI MAX
 TRIB POTEST XII COS III P P
 RES P ARATISPITANA

D. D.

La dedicada á Trajano, es como sigue:

IMP CAESARI DIVI NERVAE F
 DIVO TRAIANO OPTVMO
 AVG GERM DACICO PARTHICO
 PONTIF MAX TRIB POTEST XXI IMP
 XII COS VI PATER PATRIAE OPTVMO
 MAXVMOQVE PRINCIPI CON
 SERVATORI GENERIS HVMANI
 RES PVBLICA ARATISPITANORVM
 DECREVIT DIVO DEDICAVIT

Otra es sepulcral, y por ella consta que L. Licinio Liciniano, natural de Aratispi, vivió setenta y siete años. En los costados de este pedestal hay dos pateras.

La última es una memoria honorífica que á M. Fulvio Sénecion, natural de Aratispi, dedican diecisiete amigos suyos, cuyos nombres constan en la lápida.

VII.

Osqua.

Este municipio, cuya existencia y nombre es tan clara, indubitada y fácil de probar, ha dado, sin embargo, motivo y ocasion á errores arqueológico-geográficos importantísimos; debidos unas veces á la lectura poco meditada de uno de sus principales monumentos epigráficos, y otras á la ligereza con que algunos escritores han tratado el asunto, involucrando las lápidas, atribuyendo á unos municipios las que á otros pertenecian, y tomando por auténticas las que solo eran incorrectas y mal trasladadas copias.

Cean Bermudez en el *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España* dice lo siguiente: « CERRO LEON. Despoblado dos leguas al Mediodía de Antequera, junto á Huerta Solana. Aquí fijan los criticos modernos el municipio de *Antia* de los túrdulos, sobre las ruinas que mantiene, sobre las inscripciones que conserva y sobre las que se llevaron á Antequera. Resta una, que es la más interesante, y sobre cuyo contenido se ha disputado mucho,

GENIO MVNICIPI
ANTIAE..... etc.

Por haber confundido unos el diptongo Æ de la segunda

línea con una K creyeron otros que decia ANTIK, y de aquí dedujeron pertenecer á Antequera.»

No pueden darse mas errores ni mayor ligereza en tan cortas frases. Ya queda demostrado, al hablar de Antikaria, que no ha existido tal Antia, ni tal diptongo Æ en inscripcion genuina. No ha sido jamás traída de cerro Leon ninguna lápida que diga lo que este autor supone: no existe crítico alguno de mediano criterio histórico que tal afirmacion sostenga.

Lo que muchos criticos creyeron, equivocadamente por cierto,, fué en la existencia del municipio de Osone, en el referido paraje, siendo causa de su error la mala lectura de la siguiente inscripcion:

C·LICINIO·AGRINO·
 OSQ·II·VIRº·BIS
 G·LICINIUS·AGRIPPINVS·
 F·OPTVMO·PATRI
 ACCEPTA·EXEDRA·
 AB·ORDINE·M·M·OSQ
 STATVAM·CVM·ORNA
 MENTIS·EXEDRÆ
 DATO·EPVLO·D·D·

No vieron los citados criticos la terminacion de la Q al principiár la segunda línea ni al terminar la sesta, á causa del mal estado de la piedra: creyéronla una O y leyeron en su consecuencia OSOne, en vez de leer OSQua, Y Osqua es su buena y exacta lectura, como á todas horas puede comprobarse con el exámen concienzudo de la inscripcion, que afortunadamente se conserva en poder de personas que aprecian bastanteamente esa joya epigráfica.

La *Historia de Antequera*, escritq por el presbítero don

Cristóbal Fernandez, y publicada en 1842, es indudablemente el libro que mas ha contribuido á propagar el error y hacer creer en la existencia del imaginario municipio *osonense*. Como quiera que esta obra es bastante popular y conocida y anda frecuentemente en manos de doctos é indoctos, á causa de la carencia de otros más concienzudos estudios, se hace preciso citarla para dar á conocer clara y terminantemente sus errores, con mucho más motivo por la circunstancia de apoyar su aserto en la autoridad del docto autor del *Viaje Topográfico*.

Dice el citado presbitero en la pág. 49. «Descubrióse, poco ha, y nos da noticia de este importante acontecimiento el *Viaje Topográfico*, una curiosa inscripcion en el cerro ó monte Leon, huerta de Solana, distante casi dos leguas al mediodia de Antequera, que nos instruye de otro Municipio romano, que hubo en la comarca y es preciso llamar Oso ú Osone.»

Inserta aquí con el error antedicho la inscripción á C. LICÍNIO, y continúa de esta manera.

«La Ejedra entre los antiguos romanos eran ciertos pórticos construidos en lugar público con muchos asientos, donde concurrían los filósofos, rectores y demás candidatos de las ciencias. Parece, pues, dice el citado autor, por esta inscripción, que pertenecía á los ayuntamientos de los pueblos, conceder la Ejedra ó asiento en estos pórticos, y que los que obtenían este privilegio usaban algun adorno, insignia ó distintivo honorífico. Prueba indubitavelmente esta lápida que hubo en esta comarca un gran municipio llamado Oson, y debió estar cerca de cerro Leon, donde se descubren ruínas y muchos vestigios de antigüedad.»

Continúa el autor discurriendo largamente, ó por mejor decir, copiando, sin advertirlo, lo que otros discurrieron sobre este tema; ataca la existencia del otro soñado municipio de *Antia*, y cita la inscripción comprobante del panteon de Agripa, de que queda hecha mencion en la pág. 89 de este libro.

Conviene advertir que entre el tono afirmativo y casi domático del presbitero Fernandez y el mesurado lenguaje del docto Sanchez Sobrinó hay notabilísima diferencia. Este

manifiesta francamente que no ha estudiado el original, y que sus apreciaciones se fundan en una copia de la inscripcion que le trajeron de la huerta de *Solana*, y concluye diciendo: «Yo me inclino á que el Municipio se llamó OSO ú OSONE.» Su apreciacion era aceptable; la base de que partia falsa; pero este error no dependia de él, que no pudo estudiar el monumento, sino de la persona que le comunicó la copia equivocada.

El ilustrado autor de la Historia de Granada incurre tambien en notable error, al ocuparse del despoblado de Cerro Leon, en cuyo parage situa á Antikaria; equivocacion tanto mas reparable por cuanto visitó y examinó todo el perimetro indubitado de esta ciudad, y tuvo á la vista el texto de Sanchez Sobrino, que repetidamente cita, el cual no deja duda alguna en este punto.

Es pues completamente gratuita la suposicion de haber existido en esta comarca un municipio llamado Osone: es igualmente errónea la creencia de los que afirman haber sido asiento primitivo de Antikaria el despoblado de Cerro y Leon el hallazgo de lápidas en aquel parage con el nombre de *Antia* ó *Anti*.

Lo indubitado es que en ese sitio, no lejos de la nueva colonia que actualmente se levanta en las tierras de Sopalmi, existió un municipio llamado Osqua; que en él se ostentaba la estatua alzada al célebre propagador de las vides de Falerno en nuestra comarca, Publio Magno Rufo Magoniano; que existia una Exedra, verdadero templo de la ciencia; y, segun autores varios, el soberbio panteon erigido por Marco Agripa. Niégase hoy, como dicho queda en la pag. 89, la existencia de este monumento alzado á todos los dioses: en contra de esta negativa, afirma uno de los mas antiguos M. S. antequeranos, como si su autor hubiese examinado el terreno, la siguiente: «Los vestigios de este magestuoso templo han sido hallados en lo alto de Cerro Leon, que es una ramificacion de la sierra de Abdalaziz; y donde, segun los entendidos en estas cosas de antigüedad, estuvo un grande municipio de los romanos, á el que M. Agrippa quiso honrar con este edificio construido á similitud del que habia levantado en Roma»..... «todo lo cual

comproba una piedra que se trajo á la ciudad, á donde llegó maltratada por la incuria de los que la condujeron.»

El tiempo y las excavaciones que por algunos aficionados se proyectan, tal vez aclaren lo que en sombras permanece todavía. El terreno es fertilísimo en productos arqueológicos, (si se permite la frase), y por lo que en la superficie y sin cultivo aparece, se puede presumir fundadamente una creciente riqueza, tan luego como se remueva y beneficie con esmero aquel erial abandonado durante un periodo de muchos siglos.

VIII.

Iluro.

Aunque fuera ya de la verdadera comarca antequerana, según los más, este municipio bástulo fenicio, perteneciente al convento Astigitano y adscrito á la tribu quirina, no parecerá fuera de paopósito consignar acerca de él algunas ligeras indicaciones, si se tiene en cuenta que varias de sus lápidas vinieron á Antequera, y que todas las Historias de esta ciudad constatemente se ocuparon de su posición y de su importancia.

Según unos historiadores situó el antiguo Iluro en el sitio nombrado *Puerto Llano* «entre Antequera y Álora, al mediodía de aquella, donde se ven aún grandes ruinas, cerca del cortijo de los *Ojos*, y media legua del Valle de *Abdalaciz*.» (45)

De allí se trajeron á Antequera algunas preciadas joyas arqueológicas y la inscripción siguiente, que fué inscrita en el Arco de los Gigantes.

STATVAM·QVAM
 TESTAMENTO SVO·
 C·FABIVS·VIBIANVS
 II VIR PIERI IVSSIT
 VIBIÆ LVCANÆ· MATRI
 FABIA·PIRMA HERES
 DEDICAVIT

Por otra inscripcion más importante, que á continuacion se transcribe, consta que la corporacion de los municipales de lluro decretó la creacion de estatua á Lucio Aurelio Vero.

IMP·CÆSARI·L·AVRELIO·VERO·AVG·
 ARMENIACO·TRIB·POTEST·III·
 IMP·II·COS·II·PROCOS·DIVI
 ANTONINI·F·DIVI·HADRIANI
 NEP:::·DIVI·TRAIANI·PAR·PRO·Nep
 DIVI·NERV·AB·NEP·RESPVB·ILVren
 SIVM·DECR·ORDINIS·D·D·
 SVB·CVR·VIBI·ANI:::·iani.

No todos los escritores que del asunto trataron están conformes en colocar á lluro en Puerto Llano, poco más de una legua distante de Antequera: el presbítero Fernandez dice á este propósito lo siguiente: «opinamos que el municipio lluro no estuvo distante de la poblacion que hoy llamamos Álora, y aún creemos que es la misma villa mencionada, aunque despues de haber sufrido alguna novedad y

alteracion. Sabido, es que los sarracenos en el tiempo de su dominacion corrompieron la nomenclatura romana que distinguia nuestras ciudades, y que la denominacion con que la sustituyeron conserva algunos vestigios de sus nombres antiguos, que nos iluminan para indagar su etimología; y nada mas parecido á Álora que Iluro.»

«Por otra parte le conviene á esta villa las principales notas con que describe Plinio al vetusto Iluro.»

«Este autor la coloca cerca del mar, situada en una altura empinada, y esta es puntualmente la topografia del castillo de Álora, al paso que es notoria su proximidad á la costa.»

El autor de este libro no ha tenido ocasion de visitar detenidamente esos parages para poder fundar y emitir opinion propia. Juzgue el lector como á bien tenga.

IX.

Astapa.

Autores respetabilísimos (46) incluyen entre las poblaciones romanas de la Bética á esta ciudad, de memoria imperecedera, cuyos municipes, dicen, estaban adscritos á la tribu quirina.

Hase disputado largamente sobre el sitio que ocupára y acerca del pueblo que posteriormente heredara su representacion y nombre, más ó ménos alterado, defendiéndose con desicion suma, ya la correspondencia con la moderna Estepa, ya con Estepona, ya con otros varios lugares, todos situados en una no muy dilatada comarca. (47)

Cuestiones estas de verdadero interés histórico, y no por todos tratadas con la claridad debida, han causado en este punto perturbaciones de no muy fácil solucion, confusion de ideas y multiplicidad de vacilantes opiniones.

Todo esto impone la necesidad de tratar, aunque ligeramente, de Astapa en este sitio, por mas que la Astapa que á nuestra historia interesa, poblacion puramente ibérica, no debiera incluirse con los municipios romanos, previamente reseñados.

Afortunadamente en este punto hay claridad sobrada, y la Historia de Antequera no necesita indagar ni consignar sistemáticos heredamientos, fútiles etimologías y aventuradas correspondencias.

La Astapa comarcana, de la que aún se encuentran vestigios, sucumbió como dicho queda en la pág. 25 y siguientes de esta obra. Nadie pudo, por tanto, heredar de ella otra cosa que sus cenizas y el ejemplo de su heroísmo. Adolece mucho de sistemático y pueril ese afán inmoderado de traslaciones y reconstrucciones de pueblos que cesaron de vivir, sin dejar en pos mas que su memoria, y á lo sumo algunas borrosas huellas de su existencia.

Las de Astapa permanecen medianamente legibles en el parage indicado en la pág. previamente citada; y si con detenimiento se las estudia, el texto de Tito Livio, *Ita Astapa sine praeda militum, ferro, ignique asumpta est*, y el que comienza *nec urbem aut silu....* es muy posible que queden perfectamente comprobados.

Para comprender que nuestra Astapa no puede clasificarse como municipio romano, téngase presente que fué mientras subsistió, enemiga mortal de de Roma, y que el mismo Tito Livio, hablando de su espugnacion y conquista, se expresa en estos términos «Los soldados se abalanzaban á la infausta pira, para disputar al fuego las riquezas que iban á servirle de alimento; pero retrocedían ante los ardores de aquella sinistra lumbre. Fue tomada la ciudad, pero sin botín ni cautivos; el hierro enemigo exterminó los pocos moradores que fueron débiles ó tardíos en darse la muerte.» (48)

Pueblo ibérico, y no mas, desaparece de la haz de la tierra, cuando Roma triunfa.

De sus restos y del parage donde se alzára habla Cean Bermudez en el Sumario de Antigüedades Romanas, mezclando con lo cierto y aceptable afirmaciones aventuradas, que hacen sospechar en aquel autor una involucrada recoleccion de

textos históricos y de noticias verbales, y una poco meditada combinacion de todos esos elementos; dando por resultado oscuridad é incoherencia suma en su relato.

He aquí en extracto lo más aceptable de él:

.....«*Astapa*, de la que han quedado grandes ruinas, sepulcros, una portada..... en un cerro que dicen *Camorrillo*, inmediato al sitio en que estuvo la ciudad, y otras ruinas y trece cuevas en otro cerro nombrado *Camorra*. Era *Astapa* enemiga irreconciliable de los romanos, y por no entregarse á ellos, dice Apiano Alejandrino, que cual otra Numancia arrojó en una hoguera todas sus riquezas, con los ancianos, las mujeres y los niños el 547 de la fundacion de Roma.»..... «Este es el motivo de no tener otras antigüedades..... cu des son una estatua de Hércules colocada en la plaza, en cuyo pedestal hay una *inscripcion ininteligible*:»....

El autor no nos dice, si lo ininteligible de esta inscripcion procedia de su mal estado de conservacion ó de lo desconocido de sus caracteres; omision harto sensible, puesto que, si de lo segundo procediera, éste sería un preciosísimo dato para afirmar rotundamente que la dedicacion no era romana, y conjeturar con fundamento que procedia de poblacion ibérica. Desgraciadamente, aunque el tronco mutilado del Hércules se conserva, de la existencia de ese pedestal no se tiene hoy noticia alguna.

Pero si por este lado hay una sombra densa, difícil de desvanecer en estos momentos, no deja de suministrar alguna luz el estudio de los vestigios y antiguallas que en el parage citado por el Sr. Cean Bermudez se encuentran á cada paso.

Ni una inscripcion, ni un ara, ni un sepulcro, ni un mosaico, ni una construccion, ni un muro, genuinamente romanos, se ha encontrado allí: el paso de Roma por aquellas soledades solo puede presumirse por el hallazgo de alguna que otra medalla: en cambio abundan vasijas de barro calcinado y tosca forma, sepulcros de rudimentaria construccion, extensos villares de mezquinas habitaciones, y restos de cercas, malamente construidas, que á lo sumo podrá juzgarse que fueran parapetos; pero no verdaderas murallas.

En ese mismo cerro del *Camorrillo*, que viene á ser como

la última ondulación de la Camorra por aquel viento, colocan también á la ibérica Astapa otros varios escritores, y entre ellos tres antequeranos: Yegros, Cabrera y el anónimo de Solana; si bien todos ellos conciben con el obligado tema de dar á este pueblo heróico, que sucumbió íntegro, un sucesor ó descendiente en la moderna Estepa. Otro escritor antequerano (49) supone que el pueblo que en ese despoblado existiera fué el antiguo Ostipo.

Esto es todo lo que de Astapa queda, si los datos apuntados son fundamento bastante para ubicar en el citado parage la célebre ciudad, honra de nuestra comarca y de nuestra historia.

Estas y no otras son las poblaciones romanas de indubitada situación y nombre que pueden reseñarse en la comarca antequerana; por mas que algunos eruditos pretendan encontrar en ella el asiento de otros varios municipios.

Sirvió á unos de fundamento la incorrecta lección de inscripciones, que la moderna crítica epigráfica ha restaurado ya por completo. Basáronse otros en el hallazgo de antiguallas y vestigios de grandes construcciones agrupadas en varios parages del término; efímero fundamento, por cierto, que revela el olvido de las fastuosas costumbres de la Rama imperial. La invención de estátuas, columnas, algibes, mosaicos y valiosos restos de ornamentación al lado de espaciosos cementos, no es suficiente indicio, para suponer con ese solo dato la existencia de una verdadera ciudad. Conocida es la decidida protección que los romanos dispensaban á las artes y en especial á la estatuaria; proverbial la suntuosidad de sus quintas y palacios campestres; exagerada y vulgar la narración de las inmensas riquezas que invertían en su construcción y decorado: por eso el exámen de esos mutilados restos solo revela al observador concienzudo la existencia de suntuosas casas de recreo, propiedad de algun opulento patricio.

Para suponer poblacion es necesario hallar algo más en esas ruinas: es preciso descubrir cimientos de grandes recintos, vestigios de murallas que indiquen el circuito de alguna fortaleza, ó importante agrupacion central de ruinas y ramificaciones circundantes, que se vayan perdiendo á medida que se alejan, como se pierden en la distancia los rayos de un foco luminoso.

Solo hay un punto, donde, ya que no la creencia firme, la sospecha por lo ménos no deja de estar medianamente justificada. Es este un parage, cercano al pueblo de Fuente Piedra, donde en estos últimos años han sido descubiertos por un vendedor de antiguallas numerosos sepulcros, abundantísimos barros, en forma, color y calidad diversos, monedas, joyas, fragmentos de mármoles labrados, trozos de mosaicos, restos de estatuas, y pedestales y objetos de hierro; ocupando todo ello una extension de más de dos kilómetros cuadrados, segun calcula el inventor.

De este sitio, ó más bien del mismo Fuente Piedra fué traída, segun unos autores, una lápida, que ha dado motivo á muchos debates y frecuentes dudas, con la inscripcion siguiente:

FONTI DIVINO ARAM

L. POSTHVMIS STVLLIVS

EX VOTO D. D. D.

Cean Bermúdez, Morales y algunos M. S. antequeranos afirman que esta lápida se trajo á Antequera desde Nescania: el autor de las *Conversaciones Malagueñas* sostiene «fué traída del lugar de Fuente Piedra, á tres leguas del Valle de Abdalacis.» Morales añade que estaba junto á una fuente medicinal, casi tan buena como la de Fuente Piedra: otros escritores antequeranos suponen que hubo dos piedras semejantes y detallan el sitio en que fueron colocadas en esta ciudad; pero ni en uno de los que señalan existe hoy lá-

pida alguna, ni la que hay en el otro tienen relación ni semejanza la más mínima con ésta de que se trata. El problema, por otra parte, no entraña importancia tanta, que exija trabajos áridos ni largas digresiones para solucionarlo.

Lo que en realidad atrae la atención del hombre estudioso, que escudriñar pretende los arcanos del pasado, y comprender el desarrollo de aquella civilización ibero-romana, que con pujanza tanta floreciera en esta comarca privilegiada, es la profusión maravillosa de vestigios que á cada paso atraen la atención, despiertan los recuerdos y elevan el pensamiento. Espesos son como las huellas que en polvoroso camino deja impresas el paso de numerosa cabalgata; intactas unas, emborronadas otras por el viento que pasa barriendo la móvil superficie. Apenas puede darse un paso, sin que huellen nuestros pies algún sepulcro, algún marmol, algún mutilado resto de las artes que tanto el pueblo-rey cultivara.

Nuestros más férciles plantíos son verdaderas parietarias arraigadas en interesantísimas ruinas, invisibles para el vulgo y elocuentes para el pensador. Entre las toscas raíces de secular encina, más de una vez se ha hallado aprisionada el ánfora que derramaba la alegría en los festines. Bajo la cepa de viejo olivo, carcomido por los años, ha dejado ver sus artísticas formas y brillantes colores, rico mosaico ó mármoleo pavimento. No hay lluvia otoñal de mediana fuerza que no labe y arrastre algún fragmento ó alguna preciosidad arqueológica, enmascarada con el polvo y perdida entre la hojarasca.

Cuando sobre el revuelto mantel de la mesa del convite el sibarita romano vertía en el último periodo de la embriaguez la vacilante copa del aromático jugo de las vides falernas, el lapso de pocas horas, el calor de las lámparas y la báquica agitación de los comensales presto lo evaporaba en la superficie, dejando apenas vestigios para el ojo poco experto; pero entre las arrugas y revueltos pliegues de la tela saturada, la humedad, el color y el aroma denunciaban, apenas removida, la procedencia, la calidad y la abundancia del líquido vertido. Así es nuestro suelo; Roma vertió en él la anchurosa copa de su civilización; y si el lapso de unos

pocos siglos, y la tea de los bárbaros, y la reja del arado han evaporado en la superficie el jugo vertido, bajo ella hay un subsuelo revuelto y plegado, en el que aroma y colorido denuncian al ménos práctico su procedencia, su calidad y su abundancia.

Enumerar todas las joyas halladas, tratar de reconocer y clasificar las cabezas y troncos de estatuas, que varios particulares conservan, seguir con minucioso análisis los regueros de salpicadas y revueltas ruinas y pretender con todos estos materiales reconstruir el antiguo edificio, empresa es que requiere colosales fuerzas, luengos días de trabajo y un tesoro de paciencia. Y con todo ello, el éxito aún no es seguro. ¿Cómo apreciar con acierto pequeños detalles, cuando hasta la espaciosa y extraña Cueva de las Albarisas permanece soterrada, su entrada obstruida y su recuerdo perdido?

Dió á esta cueva celebridad suma el mal apreciado poema de Rodrigo de Carvajal, popularizáronla los romances históricos de la reconquista, llenáronla de misterios los cuentos populares, saturáronla de terrores los bandidos, y la autoridad ordenó que se obstruyese sólidamente su entrada. Hoy se desconoce por completo,

Parece un hecho fuera de duda, cuando se estudia detenidamente la historia de la reconquista, que esta cueva estaba en comunicacion con el castillo, y que por ella salian los sitiados, tanto para el acopio de sus provisiones, cuanto para dar á la capital los avisos referentes á su apurada situacion é impetrar auxilios y recursos. Niegan algunos historiadores antequeranos la existencia de galeria de comunicacion con la fortaleza; pero Rodrigo de Carvajal en su poema la confirma, los romances moriscos dan cuenta del hecho, y la direccion del subterráneo, segun los que tuvieron ocasion de verlo, lo prueba casi de una manera indubitada.

De romana han clasificado esta construccion algunos escritores, y uno de ellos la describe de este modo: «No de la Naturaleza, sino del Arte, es obra esta cueva, construida de arcilla, con la entrada de cantería.» Acompaña a esta ligerísima indicacion un tosco dibujo á la pluma, en el cual

aparece dividida en seis departamentos correlativos, que son otros tantos rectángulos, en dimensiones y orientacion diversos, puestos en comunicacion por sólidos arcos y pasillos de cantería con elevacion y anchura escasas.

Algunos nichos pequeños y toscos, tallados en las paredes, han dado márgen á la creencia de que esta cueva, en sus primeros tiempos, fué exclusivamente el enterramiento de personajes distinguidos, y que, andando los tiempos, los moros minaron aquel terreno franco, y pusieron en comunicacion con ella su empinado alcázar.

Se proyecta hoy un reconocimiento de esa desconocida construccion, y si, en efecto, éste se realiza, al tratar de la reconquista, ó en apéndice especial, segun la importancia que entrañe el descubrimiento, se dará conocimiento al lector de cuanto se halle y digno sea de especial mension.

Por ahora, de esto y de cuanto á la marcha histórica del periodo puramente romano atañe, dicho queda lo más importante, lo más relacionado con nuestra historia local, lo más claro y definido que, entre las sombras, que esa época envuelven, ha sido posible sacar á luz.

De la vida íntima, de la organizacion, del verdadero estado social de aquel pueblo romanizado, que en esas elocuentes ruinas nos ha dejado algunas rotas páginas del voluminoso libro de su historia, el capítulo siguiente dará cuenta y razon en los términos mas compendiosos, aunque sin omitir lo más interesante.

CAPÍTULO V.

Estado social de Antikaria y su comarca durante el periodo que precede.

Dificilísimo es desenvolver el asunto de este capítulo con la consicion y sobriedad que deben guardarse en una obra de la indole de la presente. Mas difícil aún el darle un exclusivo sabor local, sin estenderse á generalidades; y no deja de ofrecer tambien dificultades de monta el presentar ese estado social, que tanto interesa conocer, en su desarrollo histórico-cronológico.

Á medida que las civilizaciones van siendo mas complejas; á medida que, con arreglo á la ley del progreso universal, se vá pasando de lo uno á lo múltiple, de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, por medio de diferenciaciones sucesivas, que se multiplican sin cesar, y multiplican á la vez en progresion sorprendente los fecundos efectos de las primeras causas, la exposicion y análisis del periodo que se estudia, envolviendo en sí los caracteres del objeto, se hace más complicada y difícil de presentar con la fijeza y claridad necesaria en su conjunto y en sus detalles.

El pintor de ese gran cuadro vacila al intentar los primeros trazos; temiendo de un lado los impulsos del realismo, que pueden hacer su obra monótona y fatigosa por la aglomeracion de detalles y la ausencia ó nebulosidad de la principal figura ó punto central de atraccion; y del opuesto lado la influencia de un exagerado idealismo, que, embelleciendo el objeto capital, deje perdidos entre las sombras accesorios interesantísimos, que tal vez fueran perfectamente necesarios para dar á la obra verdadero carácter, estilo y colorido.

Y cuando en el momento histórico, que se intenta bosquejar, hay una serie de gradaciones sucesivas, y no bien determinadas ni en el tiempo ni en su intensidad, sin verdaderas líneas de demarcacion, donde hacer un descanso, antes de emprender nueva jornada; cuando en ese momento histórico existe un elemento que avanza y otro que retrocede, y el primero parece que todo lo absorbe, y el segundo, sin embargo, no se anula en el fondo, aunque parezca ido en cuanto á la forma; es decir, cuando el elemento ibero se viste el traje del romano, y no puede apreciarse el instante en que ese traje deja de ser disfraz, y se convierte en verdadero vestido; difícil, difícilísimo es desarrollar con acierto y mesura ese momento que empieza por imposicion, continúa por mascarada y concluye por arraigada costumbre.

Púdose fácilmente exponer con claridad, aunque sin arte, el estado social de las épocas que á la romana precedieron: el de ésta, y localizado, cual lo exige el aparecer ya en ella Antikaria con situacion y nombre indubitados, ha de tocar forzosamente en uno de estos dos escollos: ó superabundancia de datos generales, que por lo conocidos parezcan superfluos á muchos lectores, ó tal parvedad de ellos, que casi puedan condensarse en estas ó semejantes frases: «Antikaria, á partir de los primeros tiempos del imperio, fué pura y simplemente un municipio romano.»

Con esto, y con indicar unas cuantas obras de consulta, el trabajo estaba terminado.

Parece, sin embargo, equitativo huir de ambos extremos, hacer por no encallar en ninguno de esos bajos, y seguir entre el uno el otro prudente y mesurado rumbo.

Sirvan de disculpa al desacierto las anteriores consideraciones.

Con el triunfo definitivo de las armas republicanas comienza el lento y trabajoso periodo de elaboracion social en nuestra comarca: se desarrolla enérgicamente durante la guerra sertoriana y se perfecciona, y consolida al advenimiento del Imperio.

Es inútil intentar investigacion alguna de carácter local que à los dos primeros periodos se refiera, puesto que no existen datos historicos de mediana valia, en que apoyar una solución razonable. Antikaria seguiria la marcha de las otras poblaciones de la Bética, hasta llegar como ellas, ó traves de visicitudes hoy desconocidas, á perder su fisonomía primitiva y aparecer en los primeros tiempos del imperio pura y simplemente como ciudad romana.

En estos tiempos es cuando la historia nos dá noticia del municipio antikariense.

Así la encontramos constituida, y así exclusivamente hay que ocuparse de ella.

Cuando los proscritos de Mario y los de Sila derramaron por la Bética, con su propio ideal político, sus respectivas tendencias sociales, sus rivalidades, sus odios, sus pretensiones de raza y sus aspiraciones á la supremacía, el fértil suelo andaluz fecundizó la semilla de aquella planta exótica, que presto ostentó la lozanía de la planta indígena; y aristocracia y plebe, pueblo y patriciado surgieron aquí, como en Roma, con todas sus peculiares preocupaciones, intransigentes tendencias y prolongado rastro de males.

Pompeyo y César, durante la lucha fenecida en Munda, dieron motivo y causa poderosa al desarrollo de aquellas encontradas tendencias, que luego anula por completo el peso del solio de los Césares.

De muchos pueblos de la Bética se sabe á ciencia cierta por cuales tendencias ó por cual representate de ellas tomaron parte en la sangrienta lucha. De Antikaria se ignora

Si estuvo por Sila ó por Mario, si combatió con César ó con Pompeyo, si predominaba en sus moradores la idea democrática ó meramente la republicana; si era el patriciado ó la plebe quien se imponía, cosas son que aun velan densas sombras; sombras; que tal vez nunca se disipen por completo.

Tampoco consta si ya por esta época estaba constituida como ciudad romana, ó era todavía una población ibérica olvidada de la gran república por su escasa importancia, y entregada á su propia gestión y exclusiva custodia. No sería esto demasiado extraño: esta ciudad jamás aparece en los grandes hechos históricos que en su región se desarrollan; jamás se la encuentra tomando parte con otros pueblos en sucesos que afecten los intereses de la comarca; siempre sola en sus grandes hechos, parece como un pueblo aislado, que vive de su propia vida, y tiene su propia historia, independiente y no relacionada con las de las poblaciones regionales comarcanas.

Algunas veces la imaginación se la figura inexpugnable castillo roquero, alzado en la cima de escabrosa montaña, apartado de todo camino, y habitado por una banda de rebeldes, que la sociedad olvida y la historia no menciona. No es esto exclusivo de la época que en estos momentos se reseña: se extiende á las que la preceden y subsiguen, como habré ocasión observar repetidamente en el curso de esta obra.

Por eso tal vez no pueda aplicarse sin riesgo de error grave, á esta ciudad lo que Estrabon afirmaba de la Bética: (50) «Andalucía, dice el célebre geógrafo, tenía todas las costumbres de Roma, y el trato era tan romano que casi ya se habia perdido todo lo español antiguo, hasta la lengua natural, pues todos hablaban latin.»

Pero, si bien Antikaria no revela por estos tiempos su entusiasmo romano; si contempla indiferente el torrente de la lisonja que arrastra á Córdoba, Sevilla y otras ciudades de la Bética, que erigen altares al vencedor, cambian sus primitivos nombres y de cien maneras más revelan su adhesión entusiasta; (51) cuando, ya instalado el imperio, la civilización romana se consolida en la comarca, entonces Antikaria surge en la historia, apoyada en sus mármoles, como im-

portante é indubitado municipio romano.

No hay, pues, que hacer mencion expresa de los tiempos que precedieron á Augusto, en los que gobernadores militares administraban la Bética con régimen arbitrario y despótico: la vida social de Antikaria comienza con el predominio del elemento civil, bajo la paternal solicitud del Senado, en tiempo de César-Octavio, y adquiere toda su plenitud con la plenitud del régimen imperial. (52).

Harto conocida es en todas sus diferentes manifestaciones y esferas la civilizacion creada en Roma y esparcida con sus armas y su propaganda por todas las provincias sometidas á su soberanía: esto hace innecesario el exámen ó reseña expositiva de la manera de ser de una localidad romana en cada una de esas esferas de su actividad: solo la organizacion municipal, que es la que entraña el verdadero interés local, y presenta todavia diversos puntos de vista á los criticos más renombrados, es la que requiere en esta obra mencion expresa é investigacion detenida.

No puede fijarse con exactitud la época en que se constituyera el municipio antikariense, pero parece fuera de duda que se erigió en el tiempo que media desde Augusto hasta Domiciano. (53).

Acerea del régimen municipal y sus diferencias de pueblo á pueblo, sus modificaciones y vicisitudes, se ha disertado tanto, y con tan diverso criterio, que para dar á conocer al lector lo mas esencial é importante que la critica moderna ofrece en la materia, el autor de este libro cree lo mas oportuno trasladar algunos párrafos de una obra reciente, que condensen magistralmente la interesante materia de que se trata.

Dice así la obra aludida: (54) y su autor dispensará al amigo lo estenso de la cita:

«Las investigaciones que tienden á fijar los orígenes de los municipios romanos y sus diversas vicisitudes, son de suma importancia para la historia de las provincias que en otro tiempo formaron parte del imperio, que dió comienzo en Augusto. Distinguidos escritores de otros países se han ocupado de estos estudios, verdaderamente de jurisprudencia clásica.

«Panvini indica que hubo dos clases de municipios; unos que tenían todos los privilegios de la *civitas* excepto el *ius suffragii* y otros que obtenían la *civitas* con el *ius suffragii*. Los primeros, es decir los mas antiguos, carecieron del *ius suffragii*. Los municipes *sine suffragio* tenían todas las prerrogativas de la *civitas* excepto el derecho de votar, y el de ejercer en Roma la magistratura. Los municipes *cum suffragio* tenían todos los privilegios del *civis* que moraba en Roma, excepto la ascripción á una curia, y el poder entrar en los comicios curiados.»

«Sigoní ha dicho, que á todos los municipios se concedió la *civitas*; pero como los derechos de ciudadanía eran diversos, y todos los municipios no obtuvieron la generalidad de aquellos, de aquí sus diferencias. Unos consiguieron el *ius legionis*; y otros todos los restantes derechos, cuya diferencia expresan los antiguos escritores diciendo, que á aquellos fué concedida la *civitas sine suffragio*, y á estos *cum suffragio*. El derecho de votar era el óptimo derecho de la *civitas*, pues el *ius suffragii* traía consigo la inscripción en una tribu, y abría de consiguiente las puertas á la magistratura..... Los municipes sin el *ius suffragii* conservaban sus leyes, los que alcanzaban el *ius suffragii* debían sujetarse á las leyes de Roma..... Durante el periodo mas floreciente de Roma, ó no hubo municipios en las provincias, ó fueron muy pocos,..... pero si estuvo muy extendido en ellas el derecho de ciudad: desde Augusto y sus sucesores se introdujo en este punto como en muchos otros algunas innovaciones, y fueron mas frecuentes en las provincias las colonias y la concesión de la *civitas*, la *latinitas*, y el *ius Italicum*. Las colonias los municipios latinos y de derecho itálico de Hispania..... de que habla Plinio, son de la época de Augusto á la de Tito. Los municipes, mientras estaban en sus municipios, observaban otros ritos religiosos, *sacra*, que los *cives romani ingenui*; y se opina que cuando se trasladaban a Roma abandonaban estos ritos municipales. Alcanzaron el *ius libertatis*, el *ius connubiorum*, así como tambien consiguieron *ius patrie potestatis*, el *ius haereditatis*, el *ius mancipiorum*, el *ius usucapionum*, el *testamentorum*, el *ius tutelarum*, y como consecuencia de la ascripción en una curia

el derecho del censo. Tenía el municipe el derecho de ejercer magistraturas en su municipio y en Roma, La república municipal, como la colonial, estaba constituida á imágen y semejanza de la romana. En general se conocian tres clases de *ordines*; el de los *decuriones*, el de los *equites*, y el de la *plebe*. Los consejos públicos, *publica concilia*, los constituian el *senatus uno*, y el *populus* otro; los magistrados eran los sacerdotes, el dictador, los duunviros, los quatorviros, los censores, los ediles, los cuestores, y los flámines de los municipios, todos los cuales no se encontraban siempre en todos los municipios.»

Spanhen fundándose en los conocidos pasages de Plinio, reconoce que hubo municipios *civium romanorum* y añade que existieron unos que tenían el *ins legionis*, y otros que alcanzaban todos los derechos del ciudadano romano, y entre ellos el *ius suffragii*..... Duda si los municipios, despues de obtener el *ius suffragii*, eran despojados de sus leyes y quedaban sujetos á las de Roma.

Heineccio enseña que los municipes eran *ciudadanos romanos*, porque gozaban de muchos derechos y privilegios que eran solo propios de los ciudadanos romanos, pero no eran *cives ingenui* como los que habitaban en Roma, ni gozaban del *iure optimo civitatis*, mientras no trasladaban su domicilio á Roma, Usaban de sus leyes propias y de sus instituciones, que se decian leyes municipales, y no podian ser obligados á recibir las de Roma, sino por voluntad propia, en cuyo caso los pueblos que así lo hacian se decian *fundi facti*. No perdian su autonomía aunque se les concediese el *ius suffragii*. Eran partícipes de los cargos militares con el pueblo romano, pues servian en las legiones con los ciudadanos, la república municipal estaba constituida á semejanza de la de Roma. con un *ordo amplissimus, sanctissimus, nobilissimus splendidissimus* sus *virii perfectissimi et principales*, sus *conscripti*, sus *duumviri* sus *aediles*, sus *cuestores*, sus *censores*, llamados tambien *quinquennales* y sus *flamines, municipales*; tenían sus *publica vectigalia*, y votaban las leyes como en Roma.

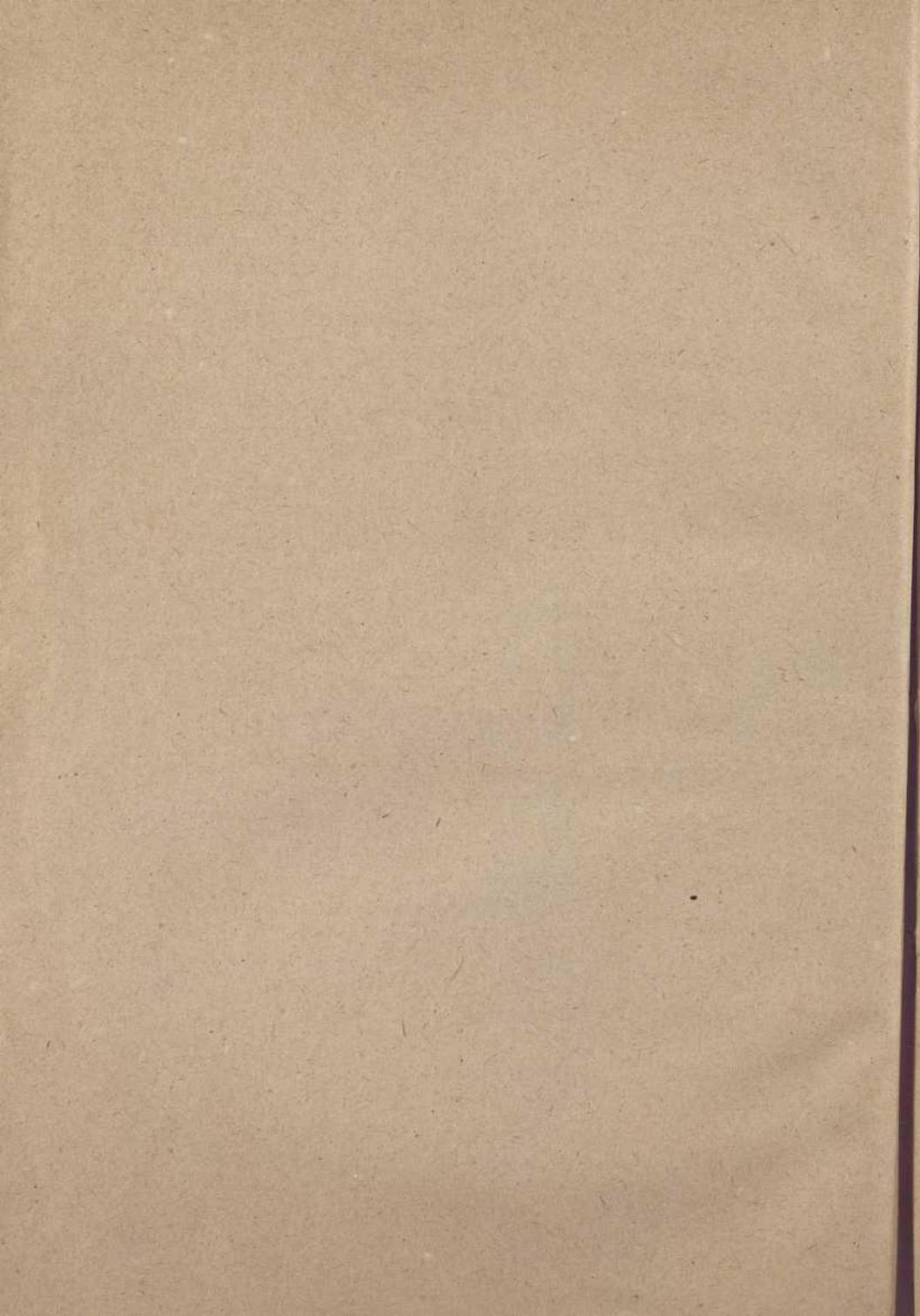


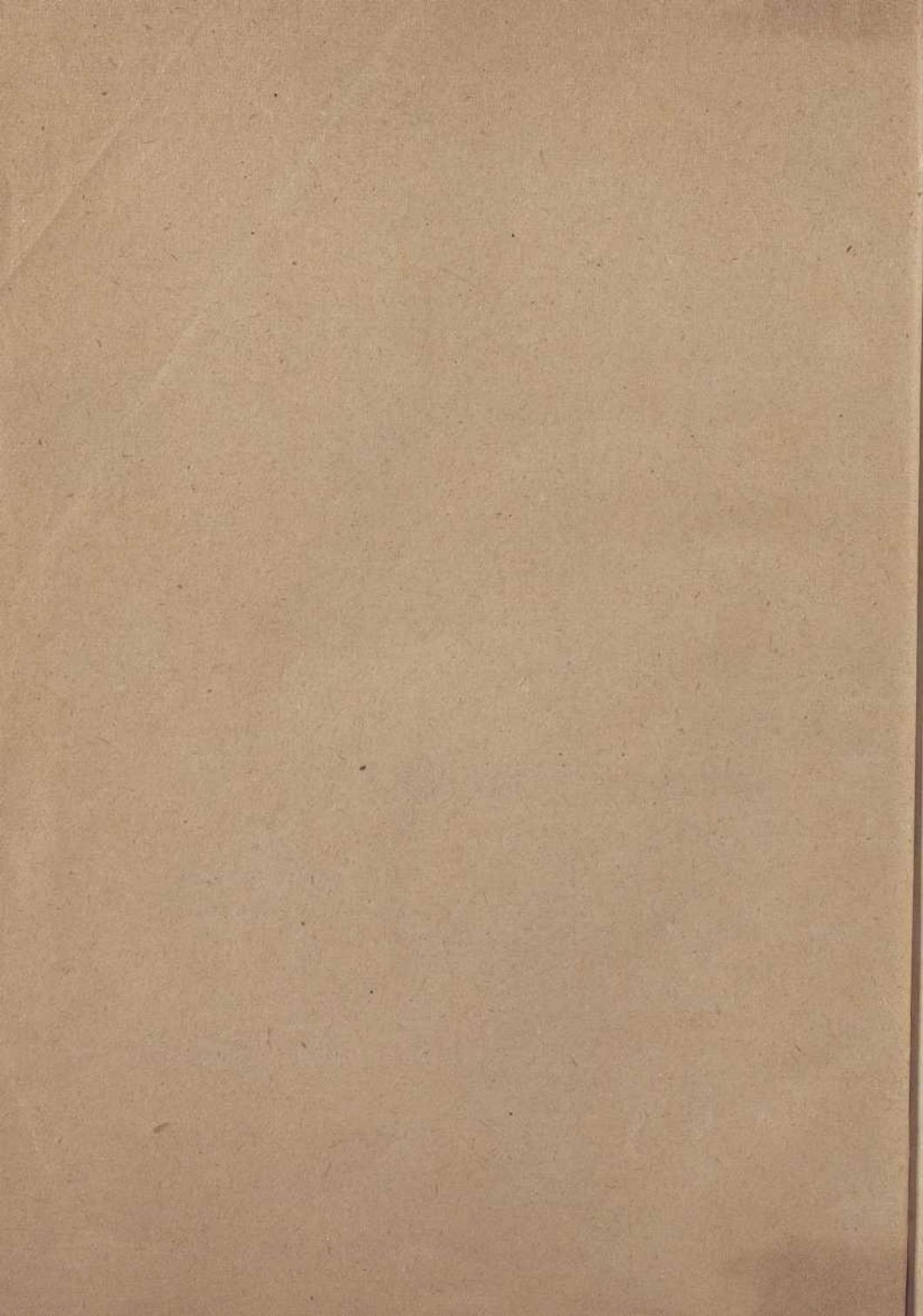
«Otton escribe que los municipios eran las ciudades que tenían una república separada de la romana, y que ésta la había admitido á los cargos civiles. Los primeros municipios fueron *sine suffragio*, quienes no podían desempeñar las magistraturas en Roma, y si solo servir en las legiones, y recibir en ellas los honores, no como los auxiliares, sino como los *cives* y entre ellos. Despues se crearon los municipios *cum suffragio*, que gozaban del óptimo derecho de ciudad, el censo, los tributos, el poder aspirar á los principales honores, y si alcanzaban el *ius domicilii* se igualaban en un todo á los *cives romani*. Los municipios conservaban sus ritos religiosos, *sacra*, aunque se trasladasen á Roma. Dada la ley Julia, se igualaron los derechos de los municipios en el Lacio, y despues de la guerra social los de los de la Italia. Los municipios usaban sus leyes propias y tenían el derecho de vestir la toga.

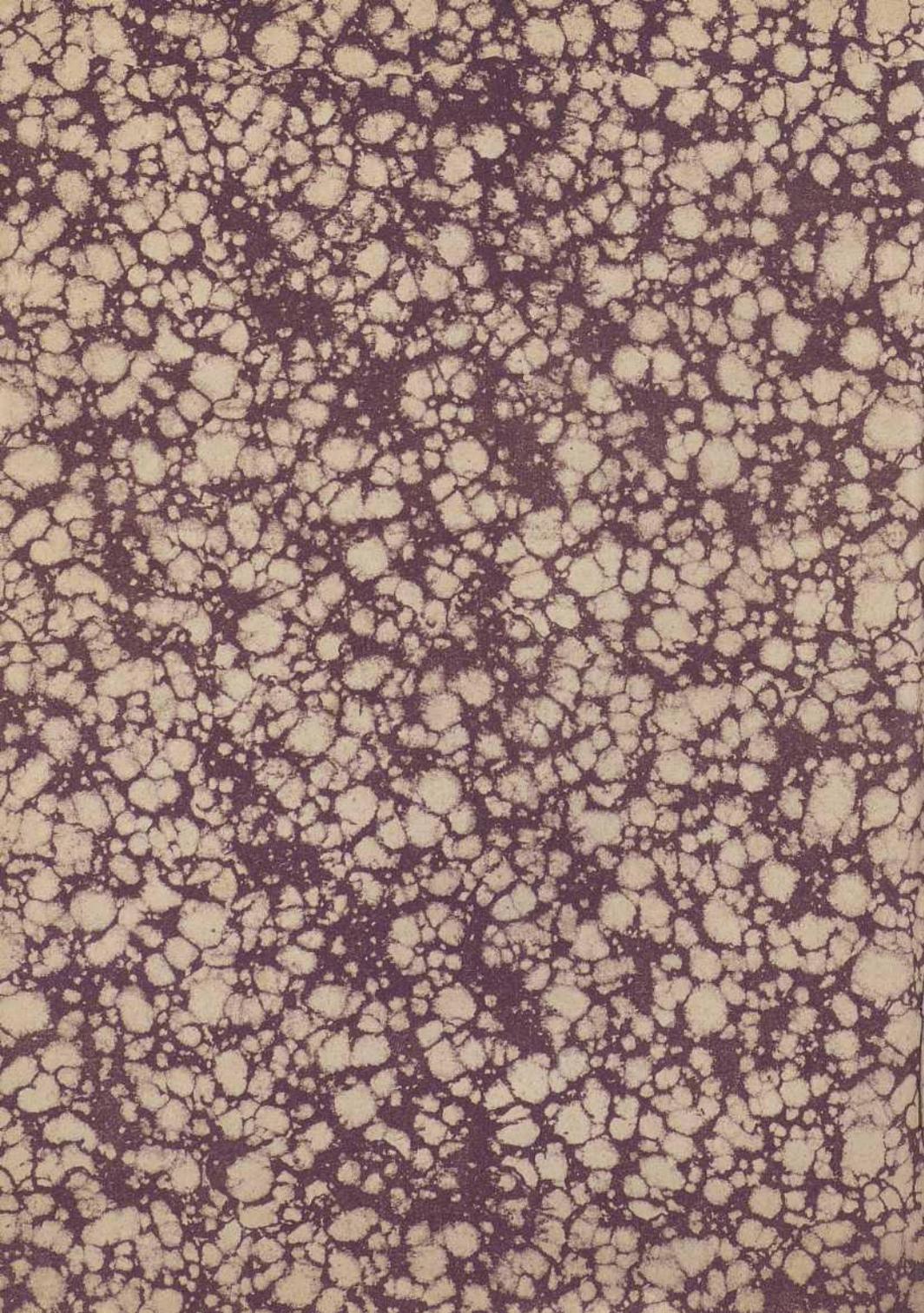
«Roth estraña que crean muchos que los municipios conservaban su república, sus reuniones populares, y principalmente sus leyes..... La nueva *civitas* no abolió en los municipios lo que la antigüedad había constituido. Primeramente, no solo los pontífices permitieron, sino tambien prescribieron, que continuasen con la religion que habían recibido de sus mayores, así que, se dejó á los municipios sus flamines y sus sacerdotes. No se privaron de sus magistrados, ni de sus senadores, y solo se alteró, que los que antes tenían el mando de la república, suprimida ésta, administrasen la *re privata* de la ciudad, por decirlo así. No se mezclaron los bienes de los municipios con las rentas del pueblo romano, sino cuidadosamente se separaron, reservando las rentas de éstos; sobre ellas parece que tuvieron amplia facultad de decidir y resolver los senadores que se llamaban decuriones, jurisdiccion exigua y casi nula.»

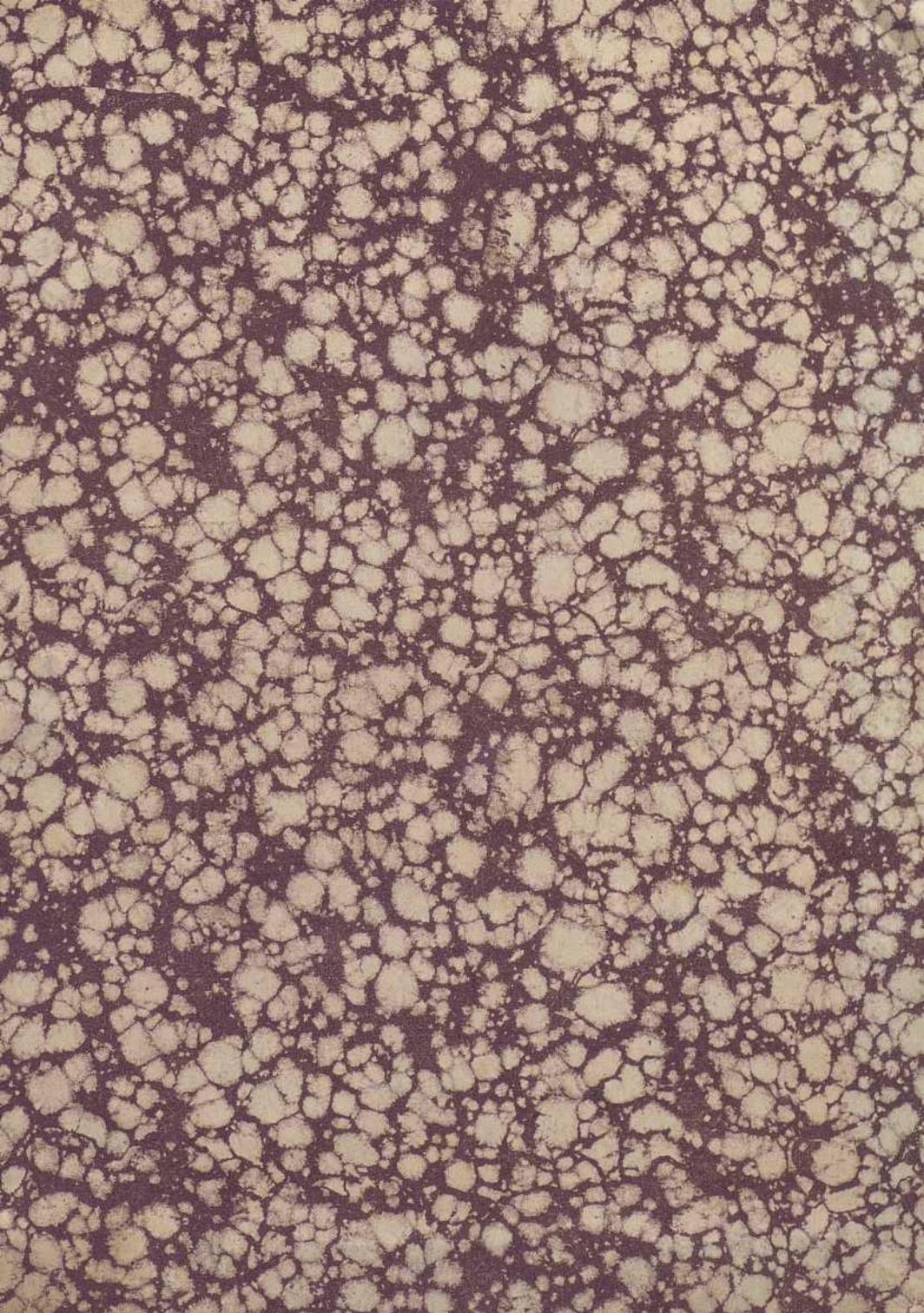
«Dirksen define el municipio, la poblacion que usaba de la *civitas romana* conservando sus leyes propias.

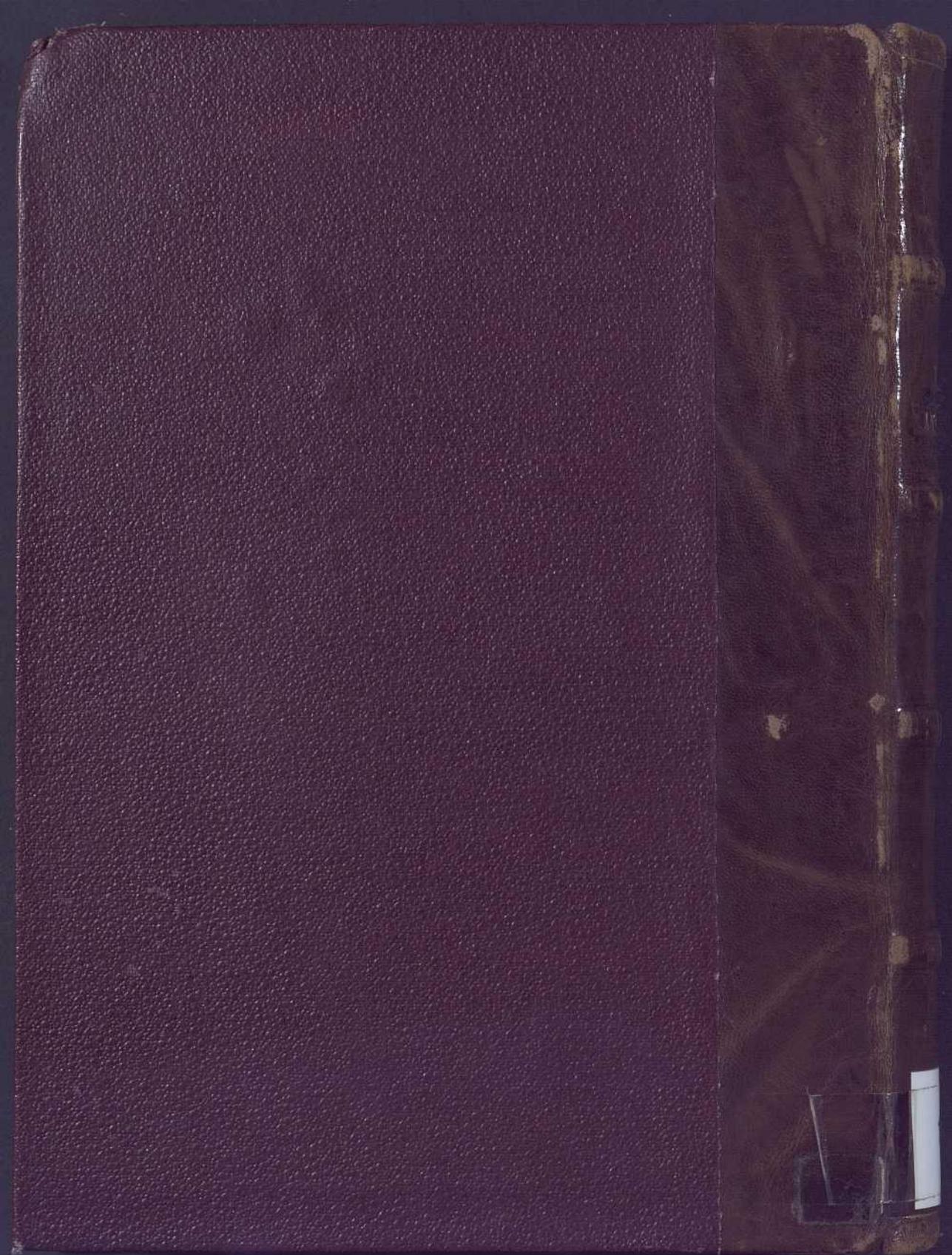
«Marezoll tambien afirma que los municipios eran ciudades que usaban de sus derechos y de sus leyes y al mismo tiempo tenían sus magistrados, creados por los municipios, y el derecho de formar una república. Los municipios no solo podían











VARIOS
ANTEQUERA

1241